

DROGAS
usos, lenguajes y metáforas

DROGAS

usos, lenguajes y metáforas

Rodrigo Tenorio Ambrossi

© Editorial El Conejo

© Editorial Abya Yala

ISBN: 9978-87-225-6

Derecho autoral: 017219

Depósito legal: 002252

1ra. Edición Editorial el Conejo
6 de Diciembre 2309 y La Niña, 3er. piso
Telf.: 222 79 48 - 222 79 49 - Fax: 250 10 66
Casilla: 17-03-4629
e-mail: econejo@attglobal.net
www.editorialelconejo.com

Ediciones Abya-Yala
12 de Octubre 1430 y Wilson
Telf: 2506251 / 2506267 / Fax: 2506255
Casilla: 17-12-917
e-mail: editorial@abyayala.org
www.abayayala.org

Impreso en Quito-Ecuador
Abril-2003

DROGAS
usos, lenguajes y metáforas

Rodrigo Tenorio Ambrossi

EDITORIAL
EL CONEJO



a:
Xavier,
Lorena y
Santiago

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN | 11 |
| CONSTRUCCIÓN DE SABERES Y SENTIDOS | 17 |
| Para olvidarse de toda melancolía | 20 |
| En pos de lo letal | 34 |
| El arribo a otros mundos | 43 |
| Nos pegan con un chicote | 47 |
| La desesperanza y la muerte | 54 |
| Han fallado a sus padres | 56 |
| La construcción de los sentidos | 61 |
| Las nominaciones mágicas | 65 |
| ENTRE EL PLACER Y EL SUFRIMIENTO | 68 |
| Bienaventuranzas indispensables | 70 |
| Un mundo mal organizado | 78 |
| Exitaciones ilimitadas | 84 |
| En pos de gozos infinitos | 90 |
| Así tienes relaciones | 96 |
| Dar más de lo que se puede | 99 |
| Para reír, llorar y olvidar | 105 |
| UN MUNDO EN CONFLICTO | 112 |
| Usadores y criminales | 114 |
| Se le abrían los huesos | 120 |
| El otro lado del mundo | 127 |
| Ética del control | 132 |
| La ruptura del tabú | 136 |
| Enemigos del estudio | 141 |

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Las vías Al poder y la libertad | 145 |
| Los elogios de la cieguera | 149 |
| El mito de las adicciones | 152 |
| Sobre los tratamientos | 158 |
| BIBLIOGRAFIA | 161 |
| NOTAS | 165 |

INTRODUCCIÓN

Las drogas han llegado a formar parte de uno de los discursos más poderosos luego de la Segunda Guerra Mundial, mucho más que el del comunismo que originó la Guerra Fría y que, pese a su inmenso poder, perdió casi toda su fuerza con la caída del Muro de Berlín.

A partir de los años sesentas, se inician las transformaciones radicales en la sexualidad en lo que terminará constituyendo, con el feminismo, las únicas verdaderas revoluciones del siglo XX. Las construcciones teóricas sobre la libertad, la sexualidad y los nuevos estilos de vida no fueron suficientes para hacer presencia. Entonces los cambios recorrieron dos vías con el propósito de llegar a todos: una conocida, la música, y otra vía casi desconocida en las prácticas sociales comunes, la droga. ¿Se produjo allí una nueva intencionalidad al elegir lo prohibido para escandalizar? Tal vez. Pero al enfrentar de otra manera la sexualidad que pertenecía a los dominios del tabú, el uso masivo de la marihuana quizás reforzaba un nuevo estilo de vida que escandalizaba a la sociedad cuya mojigatería e hipocresía no desapareció con la Gran Guerra. De hecho, no solamente se proclama el derecho a la sexualidad como lo propio y privado, sino que las nuevas generaciones se enfrentan a una moral que había guardado silencio ante la barbarie de los genocidios sistemáticos.

Todo cambio importante es producto de la conflictividad de los sujetos y de las sociedades e implica enfrentamientos y rupturas de los patrones consagrados por las tradiciones acríticas. La propuesta no fue implantar y legitimar el amor libre y el uso de las drogas. Si los dos se unieron fue porque se trataba de rescatar lo placentero de la sexualidad y legitimarlo en los ejercicios de la cotidianidad. Se pensó que también la droga realizaba ofertas de placer. Si se unían las dos nuevas realidades, las experiencias terminarían siendo inno-

brables. De esta manera la droga se convirtió en el portaestandarte de los nuevos movimientos que proclamaban el amor libre, el derecho al placer como parte de la vocación hedónica del ser humano, y que exigían libertad y autonomía en un mundo regido y organizado por los adultos con principios y normas caducos.

Fueron inútiles los esfuerzos del poder civil y religioso para deslegitimar la libertad de la sexualidad. Cuanto más que, de una u otra manera, terminaba beneficiando a todos, y de modo muy particular, a las mujeres que empezaron a tomar en serio el tema de las equidades. Cuando los jóvenes norteamericanos dijeron no a la guerra de Vietnam, el mundo que se inauguraba era irreversible. Pero con las drogas las reacciones fueron diferentes. De una callada tolerancia, por la novedad, poco a poco se pasó a la total persecución a causa de la complejidad del creciente narcotráfico.

Al abordar el tema de las drogas, se comenzó singularizándola y sobrentendiendo en el término droga series de múltiples realidades que, si bien pueden interrelacionarse, pertenecen de suyo a órdenes distintos. Se habló de la droga en singular, como si se tratase de un gran universal que no exigía distingos de ningún orden. La segunda limitación fue analizar las relaciones entre las sustancias, los productores, los que las procesan, los traficantes, los blanqueadores, las autoridades corruptas y los usadores con una lógica elemental de causa-efecto.

Esta relación lineal se ha constituido, probablemente, en una de las razones de mayor peso para el fracaso de las denominadas campañas antidroga. En efecto, leyes y organismos de control persiguen y castigan el cultivo, el tráfico y el consumo prácticamente en un solo acto porque consideran que se trata de una cadena perfectamente bien constituida. ¿Cuál de estas realidades forma el primer eslabón de la cadena? Pregunta sin respuesta, salvo que se pretenda recurrir a los simplismos que han terminado haciendo mucho más daño que la misma droga porque han originado abusos de todo orden infligidos a los usadores por considerarlos los causantes de los tráficos.

Es indiscutible el mal que el tráfico de drogas ha hecho a la humanidad en los últimos cincuenta años. Pero quedarse ahí es mirar de manera ingenua y miope un problema cada vez más complejo. ¿Por qué no preguntarse si las drogas no representarían, acaso, el punto de convergencia de la conflictividad de los nuevos ordenamientos subje-

tivos y sociales? Ese punto que en épocas pasadas fue ocupado por otras realidades como, por ejemplo, la religión, los Santos Lugares, la evangelización a los infieles, el comunismo. El ser humano como sujeto y la sociedad como organización de la colectividad viven en permanente discordia, en una suerte de desadecuación básica como condición para existir, para sostenerse en el tiempo y para crecer, ¿no se habrá convocado a las drogas para dar cohesión a los desórdenes del mundo y de los sujetos?

No se puede, pues, hablar de la droga como de un ser de quien se dice siempre lo mismo. No existe la univocidad en los términos y menos aún en algo en lo que están involucrados sujetos y no cosas. Destruir las plantas de coca, de marihuana o de amapola se convirtió, desde hace mucho tiempo, en la alternativa fantástica para quienes creen que así desaparece la manzana de la discordia. Se podría preguntar al mito: ¿qué debió haber hecho Eloím ¿no plantar el árbol del Bien y del Mal, no hacer a la mujer, no crear a la serpiente, no colocar en el ser humano el gusano del deseo y de la inconformidad?

¿Qué es la droga, cuál es su cuerpo y su verdad? La droga es muchas realidades que se convierten en objeto de miradas y de deseos que construyen léxicos nuevos que la nombran como *perica*, *grifa*, *nieve de navidad*, *éxtasis*. De esta manera se forman lenguajes apropiados destinados a construir verdades igualmente nuevas.

De origen desconocido, droga significa ardid, trampa, mentira, también medicamento y sustancia tóxica. El mundo occidental y, por ende, los países latinoamericanos han caído en su trampa y son víctima de su ardid. Todo esto significa y muchísimo más. Por ejemplo, para los responsables de la ley, señala a la causante de males de toda índole, un crimen de lesa humanidad que debe ser eliminado a toda costa. Mientras tanto, para los usuarios la marihuana es la maga que provoca el apareamiento de experiencias placenteras, pues por su mediación se construyen espacios de paz que no se consiguen en ninguna otra parte. Se logra escuchar los sonidos de todos los silencios o las cadencias ocultas tras las notas de lo vulgar o la posibilidad de caminar las rutas de nuevas libertades.

En definitiva, la droga es una inmensa metáfora que representa al mundo contemporáneo, sus contradicciones y maldades, sus éxitos innombrables y sus virtudes que hacen la vida de todos, sus ofertas de igualdades incumplidas, las felicidades vendidas a través del mar-

keting y las logradas con la moneda de las ternuras, los dolores de los pobres y las soledades de los que trabajaron una vida entera para morir de miseria en una ancianidad propositivamente desprotegida. Es la metáfora de la corrupción que ha invadido todos los ámbitos del poder y de la justicia.

“Bendito Jahvé Dios por el vino que alegra el corazón del hombre”. Se decía que las penas con vino y pan son buenas. Dicen que las nuevas generaciones se construyen con una forzosa fobia al sufrimiento, a la carencia y la frustración. Quizás por eso se anticipan a las penas, les ganan unos metros y unos días en los espacios de las velocidades imaginarias. Y cuando los dolores llegan, se encuentran armados para enfrentarlos, no les retan a los antiguos duelos masoquistas ni los ensalzan para transformarlas en virtud. Colocados tras la balaustrada de lo mágico en el que todo es posible y tangible, exorcizan las penas y las introducen en los ritos mágicos de ceremoniales universales para hacer con ellas transubstanciaciones inusitadas. Mujeres y varones usadores de todas las edades y condiciones son el sumo sacerdote y, al mismo tiempo, la ofrenda sacrificial. Como decía el indio brujo don Juan a su discípulo, con el “humito” se crea un mundo en el que tú eres el poder, la fortaleza y la felicidad.

Cuando se escucha no a mí sino a la razón, es sabio convenir que todas las cosas son una, decía Heráclito. Pero no es así pues las cosas son distintas no solamente entre sí sino distintas consigo mismas. Por eso no es dado pensar que existe una sola verdad sobre cada cosa y, menos aún, que alguien posee esa verdad para transmitirla a los otros. Esto acontece con esa realidad denominada drogas cuya presencia asusta e invita, crea rechazos y amores, produce discordias y construye cercanías. Realidad eminentemente mimética pues no solamente es camuflada por los traficantes de todos los modos que la imaginación construye, sino que toma todas las formas que los usos demandan.

Por lo mismo, existen innumerables formas de acercarse a eso que no habla por sí mismo pero que puede ser tomado para construir saberes y verdades contingentes. Es lo que pretende este texto: echar miradas sobre ciertos aspectos de su presencia y de su movimiento en el mundo de los adolescentes y los niños. Miradas que han pasado por la palabra, no porque sea la única forma de saber sino apenas la elegida para que pueda ser hablada, leída y escuchada por muchos.

Se han producido reflexiones desde diferentes ángulos sobre esos lenguajes con los que se han comprometido los usuarios y también los que están fuera de los usos pero que los analizan, los valoran o los condenan. Nadie es neutral, porque no hay neutralidad en los juegos de los lenguajes cuando se los entiende como dichos a otros a quienes se llega para recibir como respuesta otros lenguajes.

Las cuestiones sobre la propia vida, los avatares de la comunidad, el placer, el dolor y la esperanza, son más cuestiones de arte y de filosofía, y menos de política o de ciencia. Porque la verdad no está ahí afuera esperando al científico, es necesario, como dice Rorty, crear proposiciones en tanto elementos de los lenguajes. Es esto lo que se pretende en este trabajo, no descubrir la verdad sino construirla mediante la elaboración de giros en torno a la cosa droga y a los sujetos que están cerca o lejos de ella.

Las drogas en sí mismas no incluyen a algo en particular, ahí está, por ejemplo, la marihuana condenada a muerte, esperando su ejecución mediante alguna inyección letal. Pero tampoco excluyen a nada ni a nadie. En algún lugar se encuentran los traficantes formando parte de una mafia feroz altamente organizada. Por las calles andan los *brujos* que la venden a unos muchachos y chicas a quienes la sociedad los denomina adictos, enfermos o viciosos. Son estos los que hablaron estos relatos y que se denominan usuarios porque es lo único que hacen, usar la representación mágica de la marihuana para fines que ellos determinan y que no se encuentran previamente en la marihuana como cosa.

Desde esta perspectiva, se han dejado de lado términos como consumir y consumidor no solamente por la carga ideológica que soportan, sino porque se desea descubrir los diferentes juegos de lenguaje que se producen con otros términos. Consumir sugiere el agotamiento de la cosa en el acto de la consumación, su desaparición y, además exige cierta adecuación lógica entre la cosa y su destino dado en el consumo. El pan se come, se consume, se agota, fenece casi en una sola línea, la del hambre. Aunque no sólo de pan viva el hombre, porque el hambre es innumerable: de amor y de saberes, de ternuras y de límites, de placer y hasta de dolor.

Los usos rompen esta linealidad y construyen redes con otras relaciones todas ellas produciendo efectos de significación que no están en la cosa sino en el sujeto que usa la marihuana, por ejemplo, para

hallar paz o fortaleza para amar o para delinquir o para calmar el hambre. Entonces la marihuana ha devenido o pan o compañía o vigor. Todo depende del uso, es decir, de la advocación producida por el sujeto.

En consecuencia, como diría Foucault, con los usos y las drogas se han creado dispositivos de saber que este trabajo pretende explicitar. Pero también inmensos dispositivos de poder tanto por quienes la producen y la trafican como por quienes la persiguen. Unos y otros no han podido dejar de lado a los usadores que han terminado siendo el queso en un sánduche no desprovisto de elementos claramente perversos.

Para conocer de estos imaginarios, las producciones lexicales y los juegos de lenguaje se realizaron entrevistas semidirigidas y algunos grupos focales a chicas, muchachos, niñas, niños papás, mamás, profesoras y profesores de Loja, Latacunga, Portoviejo, Guayaquil, Santo Domingo de los Colorados y Quito. Hablaron sus lenguajes y construyeron este relato.

Los testimonios han pasado una y otra vez por un ensayo que busca ser más hermenéutico que doctrinario. Por lo mismo, se han respetado, de la mejor manera posible, las formas de los lenguajes originales. La escritura de Saramago ha inspirado la forma de presentar los testimonios, como si se tratasen de decires no terminados y que reclaman más textos para construir más verdades. Por esta razón, en los testimonios, no se han utilizado los puntos seguidos ni los puntos al final de los párrafos que han sido remplazados por comas. Estos otros textos son los de los adolescentes y niños, mujeres y varones, que hablaron pero también y sobre todo los de aquellos que podrían hablar, de manera indefinida, en este relato.

Quito, junio del 2002

CONSTRUCCIÓN DE SABERES Y SENTIDOS

En general, las aproximaciones que se realizan a las drogas y lo que implican en la sociedad contemporánea suelen sostenerse en el hecho de que sobre ellas se ha dicho todo o casi todo. Una cadena de principios obvios, por una parte, y de prejuicios, por otra, determinan que las personas y la sociedad sepan de antemano lo que son tanto esas sustancias malas y dañinas como los consumidores, gente viciosa y más o menos descarriada.

Frente a este posicionamiento, es necesario poner límites a las palabras desde construcciones diferentes que revelen nuevas formas del ser de las drogas y de sus usuarios. Ingresar como si se conociese tan poco que los encuentros pudiesen transformarse en un auténtico descubrimiento. Es indispensable polemizar, interna y externamente, con esos saberes prefijados que obligan a ir de forma constante a las consideraciones y a los conocimientos denominados *primigenios* en los que se sustentan los saberes sociales.

Es probable que uno de los más significativos cambios que se han operado en el pensamiento contemporáneo sea haber aceptado que la verdad requiere ser construida y no hallada porque no se encuentra en los interiores profundos de los sujetos ni en la realidad de las cosas. Guardando las respectivas distancias, sobre esas sustancias, usos y usadores se podría decir lo que afirma Umberto Eco sobre el ser: toda afirmación debe estar sujeta a revisión pues no puede ser tomada sino como meros supuestos ya que el saber es eminentemente conjetural: “Cualquier intento de decir algo sobre lo que es estaría sujeto a revisión, a nuevas conjeturas sobre la conveniencia de usar una u otra imagen, o esquema. Muchas de nuestras pretendidas representaciones quizás serían incompatibles entre sí, pero todas ellas podrían decir una verdad propia”¹.

Como no ha acontecido con otras realidades sociales, en torno a las drogas se han construido mundos imaginarios pero sobre todo mundos hechos de realidades duras hasta el punto de llamar a algunas de ellas drogas duras. Esta dureza ha determinado que lo imaginario haya quedado absorbido por lo real con lo cual se ha reducido la posibilidad de crear, imaginar e interpretar.

Desde esta perspectiva, la droga es un ser que posee verdades que los otros deben conocer. Quizás este ha sido el principio que ha guiado todos los acercamientos al tema y también todas las comprensiones de quienes viven de manera permanente u ocasional en su territorio.

Las verdades sobre las drogas se construyeron hace mucho tiempo, verdades intocables porque se sostienen en la droga misma y en los discursos del poder político, económico y moral. Revisar esos dichos implica, casi siempre, enfrentarse al poder, cuestionar los regímenes de la verdad y de la moral.

Para abordar de otra manera este tema conviene entrar sin recelos, con vigor, para habitarlo, al “fascinante reino imaginario en el que nadie posee la verdad y todos el derecho de ser entendidos”, del que habla Milan Kundera. Un reino regido por el principio de la tolerancia, reino de la novela y de los juegos de lenguaje, pero con suficiente cautela porque “sabemos que el mundo en que se respeta al individuo (...) es frágil y perecedero”².

En las últimas décadas, se ha pretendido destruir las denominadas mitologías sociales y personales que han sostenido el cuerpo, el espíritu, la presencia, los fantasmas de las drogas a lo largo de los siglos. De pronto, con la segunda mitad del siglo XX surgen presencias y voces nunca antes vistas ni escuchadas. Los medios de comunicación y los discursos oficiales no saben cómo abordar una nueva realidad que aparece en América ni poseen los léxicos y los conceptos para explicar lo nuevo. Los grandes desconciertos que se producen en los espacios del poder moral, político y religioso devienen angustia que es manejada desde el rechazo violento a eso que pretende apropiarse de las nuevas generaciones.

Solo más tarde se comprendió que el hipismo era mucho más complejo y definitorio que un pasajero movimiento de jóvenes desalmados y desorientados que, rechazando los principios de la ética social, se dedicaban al amor libre y a consumir toda clase de drogas para

huir del único mundo bueno y verdadero, movidos por una esencial cobardía cuyo paradigma fue su rechazo a ir a morir, sin pena ni gloria, en la guerra de Vietnam. ¿Se trataba del inicio de una nueva era? Las drogas, el rock, los pelos largos, el amor libre no eran pretextos sintomáticos de una juventud desorientada, sino las señales del nacimiento de una nueva cultura.

Se trataba de un movimiento tóxico destinado a dañar los principios y la tradición de una sociedad sostenida a lo largo de veinte siglos en las enseñanzas de un cristianismo cerrado sobre sí mismo y condenador de todo lo que contradijese sus intocables y dogmáticos principios.

Casi de forma inmediata las drogas fueron colocadas entre los enemigos más perniciosos de la sociedad, equiparables a las herejías de la Edad Media y al comunismo ateo en la Guerra Fría. Tanto así que, de repente, se criticaron y condenaron muchas prácticas de culturas ancestrales que utilizaban ciertas sustancias como elementos fundamentales en sus ritos religiosos. Esta fue la ruta tomada por muchos sociólogos, antropólogos y profesionales de la salud como puede apreciarse en el siguiente texto de Olievenstein: “Los tóxicos de los tiempos antiguos se circunscribían a espacios reservados, pero nunca salieron de sus muros”³

Para entonces se desconocía que la toxicidad de un producto se desprende de una relación y de un uso mas no de la sustancia misma. De la expresión de Olievenstein se deduce que las sustancias utilizadas antes en actos ceremoniales y ahora en prácticas sociales prohibidas son tóxicas por sí mismas, que siempre lo fueron y que lo seguirán siendo, sin remedio. Desde una concepción metafísica, las cosas son malas per se y no por los accidentes que la sociedad les añade.

¿Son banales los calificativos? De ninguna manera. Las cosas por sí mismas no poseen cualidades intrínsecas. No existe lo intrínseco. La bondad de las cosas no les pertenece sino que se desprende de la relación con lo humano, con las producciones del lenguaje que dan cuenta de los procesos comunicacionales hechos también con prejuicios muchos de los cuales se esconden tras los bastidores de aparentes científicidades.

Nada es banal y menos aún las etiquetas colocadas sobre las cosas, las personas y sus actos. Con frecuencia, se utilizan palabras,

frases, expresiones como si fuesen marcas indelebles con el fin de señalar los posicionamientos sociales sostenidos en éticas y creencias que no han pasado por el tamiz de la crítica.

Para olvidar la melancolía

Una nueva era requiere de un nuevo aire que no corresponde únicamente a posiciones mentales o actitudinales destinados a promover una benigna tolerancia de lo nuevo como para que las relaciones no se deterioren. Esta actitud condujo a que la sociedad, a través de sus instituciones, empezase a preocuparse de las drogas y de sus consumidores. Si las primeras eran malas y tóxicas, por definición quienes las consumía debían ser considerados, por lo menos, como intoxicados necesitados de tratamientos de desintoxicación. Este sería el punto de partida de Olievenstein.

Es probable que las posiciones sociales eminentemente persecutorias y condenatorias partan del presupuesto de que en las drogas se encuentran las verdades de las dependencias, del mal y de las intoxicaciones. En ese afuera de los otros se hallan los denominados consumidores, dependientes o adictos para los cuales no existe el reino de las utopías sino los errores, los males y las maldades.

Las usamos porque a veces nos hacen distraer la mente, y nos olvidamos de los problemas, nos olvidamos de toda melancolía, Para estar alegre, contento, riéndose porque uno pertenece a un mundo bajo, ¿sí comprendes?

El testimonio es un chico de diecisiete años. La utopía de los adolescentes es que *a veces*, no siempre, de vez en cuando, les sea dado distraer la mente, hacer paréntesis para encerrar en ellos, por momentos, el malestar de la vida, las melancolías que horadan la existencia sin que los otros, los de afuera, se den cuenta. ¿Cómo llegar a esa melancolía y darle la cara sino desde construcciones utópicas que dejen de lado los prejuicios de una moralidad cerrada sobre sí misma y las certezas de verdades no cuestionadas?

La utopía de la solidaridad, como indica Rorty, no es un hecho por reconocer sino una meta que alcanzar. ¿Es posible olvidarse de las melancolías con alegrías que surgen de los bajos mundos de lo prohibido? Para que no aparezcan como espurias, las alegrías deberían

surgir de causas buenas, legítimamente valoradas por la sociedad. Esta utopía únicamente se alcanzará “por medio de la capacidad imaginativa de ver a los extraños como compañeros en el sufrimiento. La solidaridad no se descubre, sino se crea por medio de la reflexión. Se crea incrementando nuestra sensibilidad a los detalles particulares del dolor”⁴. Seguramente es esto lo que reclaman las nuevas generaciones aherrojadas a un mundo en el que no impera el orden de los conceptos o de las exigencias moralistas sino, por el contrario, el dolor y hasta la desesperanza. *La usan para calmar los dolores, Ellos fuman para que se adormezca el cuerpo y no sentir los dolores,*

“Quién se ha curado alguna vez de su tristeza”, sentenciaba P. Verlain. Una enfermedad crónica que acompaña la condición humana pero a la que, parecería, no tienen derecho algunos grupos sociales y menos aún los niños, los muchachos y las adolescentes marginados de la economía de mercado, de las normas rígidas de las éticas sociales que no hacen distinciones, de los regímenes familiares y educativos que ni detectan ni aceptan las diferencias. Como si la amargura perteneciese a los grandes a los que han vivido lo suficiente para saborearla desde sus grandes frustraciones. Ni la adolescencia ni la infancia legitiman el dolor.

Entonces, dicen los usuarios, podrías tocar una puerta, ingresar y hacer algo para que la marihuana primero permita llegar a los sentidos de las cosas, incluyendo tu melancolía y, luego, puedas arribar a un mundo sin tanto problema. No te intoxicas sino que te liberas.

No intoxicarse por ese motivo. La marihuana vuelta-⁵ te vuelve como bonito, te hace ir al sentido de las cosas, El sentido se te va, pero sabes lo que ves por tus ojos, Ves lo que ves, algo normal, Eso cuando estás con la marihuana en el cerebro, Te olvidas de estar hablando como estoy yo ahorita conversando con usted, Si me hubiera pegado una de esas notas, le hablo unas palabras, después me atranco y no sé qué más hablarle,

La existencia es contingente como todo lo que la rodea y la hace. Como señala Rorty, las cuestiones que tienen que ver con la cotidianidad, las relaciones sociales, el sentido de la presencia del ser en el mundo, tienen menos que ver con la ciencia y la misma filosofía que con el arte o la política. Quienes creen que la verdad se encuentra fuera de los sujetos y en las cosas construyen modelos de supuesta rigurosidad científica para descubrirla. Esos modelos se contraponen a

los órdenes metafóricos de los lenguajes que son los responsables de los sentidos de la vida. El mundo en sí mismo, sin el concurso de las proposiciones que sobre él construimos, no es ni cierto ni falso, simplemente es como objeto posible de conocimiento. “Decir que la verdad no está ahí fuera es simplemente decir que donde no hay proposiciones no hay verdad, que las proposiciones son elementos de los lenguajes humanos, y que los lenguajes humanos son creaciones humanas”⁶.

Pero los dolores, las penas pueden producir otra clase de seguridades internas que se opongan de manera frontal al sentido de la contingencia y que hagan que parezcan inamovibles. Cuando la gente, por ejemplo, habla de que su vida es un infierno, quizás quiera referirse no tanto a la intensidad de las penas que soporta sino a su eterna permanencia en lo cotidiano. Toda idea de eternidad es insoportable porque contradice la condición humana sostenida en lo efímero y contingente.

Por lo mismo, hay que poner fin a los sufrimientos de la manera que sea. Y para ello se puede acudir a la droga, no por vicio, que es la explicación corriente, sino como estrategia de sobrevivencia, como lo presiente una profesora que sospecha que los sufrimientos pueden llegar a ser insoportables para una niña o un adolescente por razones absolutamente subjetivas. Sobrevivir es la tarea cuando los caminos de la cotidianidad se angostan, cuando angustian, cuando las personas sienten que todas las rutas conducen al abismo del sufrimiento.

Seguramente la droga es un refugio de algo que ellos no quieren vivir, Así cubren su desesperación, Creo que tratan de no vivir esos momentos reales de desesperación,

Esto supone que los léxicos deberían ser los adecuados para construir verdades en tiempos y en espacios específicos. Los léxicos no están ahí fuera y desde siempre esperando que los utilicemos para aprehender sentidos y significaciones establecidas. Lo lexical se convierte en parte fundamental del sentido y dimensión de la epocalidad. Lo insoportable del sufrimiento no nace del sufrimiento mismo sino del sujeto que no lo soporta. La sociedad no capta este principio, por eso rechaza que un niño no quiera padecer solo la separación de sus papás o el maltrato de una profesora y que quiera verse acompañado por una droga para soportarlo.

En el siglo XIX, las sociedades retoman el antiguo uso del opio para luchar en contra del dolor físico, pese a toda la sacralización del sufrimiento realizada por el cristianismo. Lo hacen porque el dolor no podía ser tomado como una condición necesaria de la existencia ni siquiera para llegar a la perfección propuesta en la Edad Media. Juan-Jacques Yvovel⁷ cita un texto de Ferdinand de Guérand, un monje trapense, conocido en la tercera edición (1840), de *Aspiraciones a los sagrados pies de Nuestro Señor Jesucristo* que se basa en el principio religioso y médico incuestionado según el cual “el dolor, por más terrible que sea, conlleva una útil virtud, ya sea como señal de un desorden que exige atención ya sea como demostración de las energías vitales”⁸.

Aún ahora, cuando una de las grandes tareas de la ciencia y la tecnología consiste en erradicar el dolor, persisten partes de ese antiguo discurso sacralizador del sufrimiento, sobre todo del llamado espiritual provocado por la soledad, los silencios y las distancias, los abandonos, las carencias y la muerte. Espiritual porque fortifica el espíritu. Por eso no está bien que se trate de apaciguar, menos aún con drogas, las melancolías de las cotidianidades que, con frecuencia, se han vaciado de significaciones válidas y confiables.

A las drogas se las colocó en el campo del derecho penal. Esta ubicación construyó léxicos propios cuya significación ha sido determinante. Para entonces, las drogas hablaban unos supuestos lenguajes que debían ser aprendidos por la sociedad, los profesionales y por una población denominada población en riesgo. ¿Riesgo? Sí, el riesgo de no escuchar y entender con claridad y exactitud ese discurso de las drogas para así rechazarlo.

Cuando un papá dice que hay chicos que fuman marihuana tan solo para jugar a la pelota y que con eso se sienten felices, rompe la verdad de ese discurso de la marihuana que nada tiene que ver ni con la alegría ni con el juego. Para este papá, los chicos del barrio han construido nuevos léxicos para sus cotidianidades en las que el juego es importante. Nada tiene que ver este uso con el del deportista que está compitiendo por una medalla olímpica y que busca ponerse en ventaja frente a otros. El léxico acá remite a otros significados legitimados por realidades imaginarias. Los chicos han construido, como en muchos otros casos, una relación metafórica con el “humito”, según la expresión de don Juan⁹. Se trata de relaciones que no tienen que

ver con el podio, la medalla ni, sobre todo, con el engaño porque todos se encuentran en la igualdad de condiciones.

En este sector hay chicos que fuman droga para jugar pelota, Son jóvenes que solo fuman droga para jugar pelota, y así se sienten bien jugando,

Al comentar a Feyerebend y a Nietzsche, Eco pide aceptar la pérdida de los significados trascendentales. Es necesario ir a las ficciones organizadas por el lenguaje si se trata de entender la realidad. “Lenguas diferentes organizan la experiencia de forma diferente. (...) la cosa en sí es inasible por parte de quien construye el lenguaje”¹⁰.

Las nuevas verdades no se entienden con léxicos que remiten a sentidos trascendentes que no aceptan nada que se ubique fuera de su red de significación. Desde estos lugares seguros y estáticos habla un profesor con juicios y prejuicios sostenidos más en una moral que en otro tipo de conocimiento. Porque sus representaciones son seguras, las de los muchachos y chicas son aparenciales, ficciones puras, como sus músicas, sus bailes y sus modas estrambóticas. Puesto que su verdad no es imaginativa sino racional, se siente habilitado para calificar de necia la imagería de los otros. La única verdadera realidad es la suya, las de los otros son apenas fantasía inútil. ¿Por qué esas imaginaciones tontas pueden valer más que la realidad que los ojos ven?, se pregunta.

Nosotros pensamos que es un desfogue aparente en la imaginación tonta de la cabeza de ellos, Otros les influncian para que hagan lo que quieran con la auténtica realidad, para que se involucren en un mundo de fantasías, Pero fantasías perjudiciales, Porque hay fantasías excelentes con las que puede vivir el ser humano, Pero esas son fantasías que, a la larga, van a perjudicar al niño y al adolescente,

Algo se conoce por libre e imaginativa metáfora, dice Nietzsche. Cuando lo dicho vale únicamente por lo dicho o por quien lo dice, que es la posición del profesor, entonces se puede estar seguro de la existencia de fantasías excelentes cuyo destino se desconoce aunque se podría pensar que no sería sino otra fantasía.

La verdad es algo más que una enunciación sostenida en la autoridad de alguien o de algo. Pero esta afirmación debe enfrentarse al axioma de las certezas que enfrentan la volatilidad de la subjetividad a la dureza veraz de la ciencia que lo prueba todo. La verdad “es una

hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos (...), ilusiones de las que se ha olvidado que lo son”¹¹

Los ideales de las personas no son, en última instancia, más que metáforas, construcciones lingüísticas en las que el deseo oficia el papel de pitonisa que asegura el éxito y justifica el origen. Grandes o pequeñas, coherentes o en hilachas, pero así y todo metáforas capaces de organizar los días, los actos y los pasos. Y son tanto más sólidas cuanto más el lenguaje las hace cercanas y distantes a la vez. Los adultos de hoy se han convencido de que en su adolescencia tuvieron ideales por los que luchar, mientras que las actuales generaciones no luchan por nada.

Fácil afirmación que desconoce el sentido de la existencia, la realidad de la epocalidad que no podría sostenerse de modo alguno sin ideales. La fantasía, ayer y hoy, ha sido siempre la escenificación de lo desiderativo. Para el discurso social, el uso de drogas sería la demostración más consistente de que mujeres y varones adolescentes e incluso niñas y niños carecen de ideales, de proyectos, de una visión de futuro que dé sentido a la vida. Pero nadie se pregunta cuáles deberían ser esos ideales o por qué es cada vez más difícil construirlos y hacer de ellos el meollo de la cotidianidad.

En casa, mamá y papá dan cuenta de las confusiones en las que viven al tener que enfrentar nuevas realidades que no entienden porque la única entrada que la sociedad les ha impuesto es la del mal. Sospechan que en el uso de drogas debe darse una búsqueda de algo social que de modo alguno tiene que ver con los ideales de antes. Cuando no se ve la verdad como producto de construcciones, las afirmaciones surgen como agua de manantial con la pretensión de que a su paso se develan las verdades que niños y adolescentes de ahora no pueden ver porque han cerrado los ojos de manera propositiva. El discurso oficial coloca a los usuarios en una intencionalidad tan profunda y efectiva que sería difícil encontrar en los actos más deliberados de las personas adultas.

Saben que es malo, Saben que les pueden afectar mental y físicamente, Pero puedo decir que buscan algo más social, Antes nosotros teníamos algo por qué luchar, Antes la vida era más dura, El trabajo era más difícil, se comenzaba a trabajar desde más joven, Uno veía por uno mismo.

En cambio ahora, no sé si los padres hacemos mal dándoles todo lo que quieren, O sea uno quiere darles quizás lo que no se tuvo en la niñez, Y así se les hace la vida más fácil, Entonces como que no tienen por qué luchar, no tienen metas y encuentran esas salidas algo más excitante,

Un testimonio lleno de lugares comunes que la sociedad ha construido para protegerse del poder de los que vienen atrás. Tan solo desde una posición ciega se puede afirmar que el mundo de los adolescentes está sembrado de flores como si para ellos no existiese la pobreza, como si viviesen al margen de los efectos nocivos de las crisis económicas y morales. Por otra parte, ¿cómo entender que en la sociedad contemporánea se dé una fuerte tendencia a la febocracia que echa por los suelos estos posicionamientos de los adultos?

Ni las fantasías ni el lenguaje poseen un carácter utilitario. No cumplen un rol en el sentido que utiliza Edward Bullough y que le permite marcar las diferencias entre el teatro y la vida real. Las fantasías no sirven para algo. Son, están allí formando parte de la existencia, haciendo los lenguajes e incluso sosteniendo la existencia. Más aún, la existencia como tal, es decir, como ser-en-el-mundo de Heidegger o como principio de placer y la compulsión a la repetición de Freud, no es más que una construcción fantasmal. Lo trágico no se explica por oposición a lo idílico sino por sí mismo.

“Lo que nos parece excepcional en las figuras trágicas – aquello que les hace radicalmente distintas a las personas con las que podemos cruzarnos en nuestra existencia cotidiana – radica en la persistencia de una dirección, el fervor de un ideal, de una fuerza rectora constante que se encuentran muy por encima de las posibilidades del hombre común”¹².

Lo trágico no está en que el muchacho se drogue hasta los extremos de su propia tolerancia porque su novia se fue con otro, sino en que los de su casa se vean obligados a encadenarlo. Lo trágico es una de las expresiones de la conflictividad que el muchacho no trató de eliminar con la sobredosis. Como se verá más adelante, se produce un uso fantástico para enfrentar el hundimiento del abandono y de la miseria de haber sido dejado por otro. Janeth, una muchacha de catorce años, indica que es difícil manejar los conflictos derivados de las relaciones amorosas: para alguien significará el enfrentamiento a lo trágico vivido desde lo imposible e inaceptable de la existencia. La

tragedia es el final que, en este caso, se ubica en las cadenas con las que conducen a un profesional al muchacho. Posiblemente, la sociedad ve el exceso de droga y no el exceso de agresión en esas cadenas que se justifican por la maldad que brota de suyo del uso de drogas.

El se drogó porque la chica se había casado con un amigo de él mismo, Y él de despecho se había ido a drogar, Y entonces los familiares le amarraron con cadenas para llevarle a un psicólogo o algo así,

Tal vez algunos usuarios de drogas se perciban a sí mismos como Prometeos encadenados a los sentidos trágicos y absurdos de la existencia y, al mismo tiempo, a la fantasía redentora de sí mismos. Personajes inaccesibles cuando las rutas de su aproximación le son ajenas y que nada tienen que ver con los encantamientos de sirenas. No existe un universo del éxtasis al cual estarían invitados a vivir los usuarios para desde allí afrontar los problemas. En ese mundo de Prometeo se producen otros códigos que regulan las antiguas y las nuevas relaciones. Por consiguiente, es inútil, como pretende Mattioli, tratar de llegar allá embarcados en los códigos y léxicos comunes. Por otra parte, parecería que en ningún momento se ubican en el vórtice de lo absoluto como para sentirse dioses ni siquiera en el mejor de los vuelos. “El se construye otro mundo en el cual el lenguaje tanto como la filiación y las limitaciones de la sociedad no poseen ningún sentido. En el mundo del vacío, él es un dios”¹³. Sin embargo, es probable que el uso de drogas tenga que ver con los procesos destinados a desdivinizar el mundo y los sujetos luego de veinte siglos de un cristianismo excluyente y que propuso ver la voluntad de Dios en particular en las calamidades, en las angustias y en la muerte.

La sociedad tenía que encontrar una explicación para los usos o consumos, como se dice comúnmente. Y la mejor explicación la halló en la fuga cobarde de la realidad de un mundo que no es un jardín de rosas o que sí lo es cuando los chicos y las muchachas supuestamente tienen todo: un hogar organizado, vivienda de lujo, autos, viajes, vestidos y diversiones.

Por otra parte, desde fuera, se ha pretendido que el mundo, la adolescencia y la niñez tengan sentido preestablecido y normatizado. Quizá las nuevas generaciones se han enfrentado a ese sentido y lo han rechazado, no para dejar sus existencias vacías de significación sino porque han descubierto que esas realidades no poseen un senti-

do predeterminado sino muchos otros que los adolescentes e incluso niñas y niños están dispuestos a construir y no a descubrir. En otras palabras, la sociedad les obliga a que encuentren en la casa, la escuela, la iglesia el sentido de la vida. Pero allí no hay nada que descubrir. Allí y en todos los lugares imaginarios y simbólicos de lo cotidiano hay que construir significaciones. En algún momento de este enfrentamiento lógico pueden hacer de la droga un útil aliado.

Por otra parte, el sentido puede ser algo absolutamente trivial como el sabor de los días, su lado chévere, con eso basta, comenta Isabel, una chica de dieciséis años. Descubrir que todo es ético y pleno, ¿no constituirá, acaso, el mejor hallazgo de toda existencia?

No sé, con las drogas es buscar lo pleno, Más que buscarle un significado a la vida, nos divertimos, Es pleno y todo sabe rico, Cuando fumamos, estamos felices, pasamos bien,

Entonces nuestro estilo de vida cambia un poquito, porque las cosas como que se relajan, nos preocupamos menos de las cosas, Hay cosas que nos cansan, pero igual tenemos que estar con nuestros papás, qué más nos queda, igual vamos al colegio, pero estamos bien, Hay algunos que son más problemáticos, pero eso no depende de las drogas sino de cada persona, de cómo esté pasando,

Desde siempre, cada ser humano busca un poder que le permita colocarse sobre las cosas, dominarlas. Conocer las fuentes del bien y del mal es la base de la condición humana. ¿Es la droga el camino para llegar al paraíso de los poderes absolutos? Carlos no habla de ser dios, tan sólo de hallar ese algo de importancia en una sociedad dedicada a los desconocimientos. Tener un algo de presencia ante los otros, cuando los regímenes políticos pretenden globalizar hasta las penas. Resultan difíciles y hasta invivibles los anonimatos porque tienen que ver con la destrucción. Para evitarlos se crean señales, se construyen signos semióticos que puedan llegar a los otros y originar presencias. Posiblemente esta sea la real importancia, tener un algo de importancia ante los otros. En los usos, parece fundamental la construcción de significados que puedan ser entendidos por otros y que construyan nexos relacionales.

A veces tienes ganas de experimentar, Y las drogas son una de las cosas que puedes experimentar, Y eso te hace diferente a los demás,

Porque el hecho de que tú fumes y que seas pelón, que seas el más

fuerte, el más chévere, a veces te coloca en una posición jerárquica favorable dentro de tu colegio o simplemente dentro del grupo de gente que frecuentas,

Es indispensable para el sujeto no solamente establecer relaciones sino, sobre todo, saber de sí mismo en espacios y tiempos propios. No se trata de un reconocimiento imagógico que conduce a la conciencia de sí y en el cual el otro hace de espejo. El saber de sí se produce en una posición referencial con otro que se evidencia a través del poder que posee el lenguaje de redescribir esas presencias y crear, como dice Eco, “importantes cosas nuevas y diferentes”. Lo nuevo y diferente es el otro, la existencia del otro en el mundo y no una repetición serial en un universo especular. Así se rescata al otro como diferente y similar sin que ello implique la existencia de un modo correcto y único de estar en el mundo. ¿Qué acontece para que innumerables chicos y muchachas busquen en la droga el camino para este reconocimiento, para lograr el sentido de ser y de existir en el mundo? Así se expresa Marco de catorce años:

Bueno, hay otros que consumen droga y que dicen que es para tener su propia vida, vivir como quieren, haciendo lo que a ellos les interesa,

Se trata de un intento de inclusión en la sociedad excluyente. Los aparatos y los regímenes políticos y económicos están destinados a producir y sostener las separaciones entre los grupos sociales cuyas marcas fundamentales están dadas por lo económico. En otras palabras, las exclusiones están ya dadas cuando llega a formar parte de la sociedad un importante segmento de la población. Como parte de un intento de inclusión, crean sistemas que los representen en la sociedad excluyente. Mientras para los usuarios se da una búsqueda de inclusiones, para los adultos, ellos son los que de manera propositiva buscan excluirse. Este distinto punto de vista nace de una diferente concepción de lo que significa inclusión y exclusión para los dos grupos.

Se dan, pues, dos discursos diferentes porque los léxicos y los significados no son los mismos. Mientras chicos y muchachas no ven oportunidades sino repeticiones y agravamientos de las mismas carencias, los adultos consideran que las nuevas generaciones desprecian las oportunidades que la sociedad les ofrece.

Con las drogas se excluyen, hay una autoexclusión, sobre todo en

cuanto a las oportunidades que la sociedad les presenta, incluso las pocas oportunidades que les ofrece,

Para los adultos, lo cierto se encuentra del lado de la sociedad. Para los adolescentes, la verdad pertenece a la experiencia existencial y lingüística de su mundo cada vez más angustiante. Quizás, sin saberlo experimentan la sensación existencial de que el mundo les aplasta hasta la destrucción y que, a lo mejor, la única manera de evitarlo es mediante alguna droga. *La droga da más valor para cualquier cosa*, dice Leonardo un chico de diecinueve años. Valor para vivir en su sistema de contradicciones que les conducen a los límites de la tolerancia.

Hay niñas que se van de su casa, ya están enseñadas a irse y usar drogas para que no les peguen en la casa, porque de todo les reclaman el papá y la mamá,

Parecería que no es posible dominar el mundo construyendo un yo más poderoso porque el mundo al que se enfrentan es demasiado complejo e ignoto. Se ven las cosas externas pero no los hilos internos que mueven los sistemas persecutorios, los regímenes que hacen de la pobreza y de los abandonos una condición para dominar. Con la droga, niñas y niños hacen frente al papá, a la mamá, a la escuela, pero no consiguen dar la cara al mundo que es demasiado inmenso que se camufla gracias a un mimetismo que ha ido construyendo a lo largo de los siglos.

Para los Estados, los gobiernos, las instituciones sociales, las familias, lo único que está de por medio es el vicio que encadena y envilece. Nunca las angustias insufribles, los desapegos mortíferos, las indiferencias que serruchan la poca solidez de la existencia. Basta que sean niños o adolescentes para que tengan asegurada la felicidad, a lo mejor la estúpida seguridad de la inconsciencia. Tal vez, todo lo que se quiere es que la droga construya un poderoso yo capaz de ganar la batalla al poder del mal. Pero el yo es igualmente mimético, transitivo y contingente.

En estas confrontaciones se construyen los discursos contradictorios de los adultos que, primero, reconocen que buena parte de las nuevas generaciones carece de referentes y, segundo, que califican como problema de autoestima la búsqueda de un protagonismo mínimo en un mundo en el que el anonimato se convierte en norma. ¿Cómo

dar protagonismo a las chicos y muchachas cuando no hay espacio para ellos, cuando los sistemas educativo y familiar se sostienen y organizan en las palabras, deseos, normas y verdades de los adultos?

En el siguiente el testimonio de Angel, un profesor de provincia, se puede ver con claridad este mundo de proposiciones contradictorias con las que los adultos reconocen a los adolescentes. Sospechan que los consumos remiten a algo más que la realidad física y que, de hecho, poseen sentidos figurativos, pero una especie de miopía les impide recorrer las rutas figurativas para construir nuevas verdades y llegar así de distinta y mejor manera al objeto de sus críticas.

Yo creo que lo hace por un sentido figurativo, Es por querer ser protagonistas, por querer ser tomados en cuenta, Hay una baja autoestima de los chicos, Entonces al fumar se sienten un poco más reconocidos como que tienen más importancia,

Es duro el texto de Rorty, pero su dureza facilita la comprensión de las redes lingüísticas que han tejido niños y adolescentes en torno a la droga: Dios y el mundo ejercen poderes sobre los seres humanos, ambos poseen el poder de destruirnos.

“El mundo puede aplastarnos ciega y calladamente; la muda desesperación, la aflicción mental intensa, pueden causar nuestra anulación. Pero esta especie de poder no es la especie de poder de la que podamos apropiarnos adoptando y, con ello, transformando su lenguaje, identificándonos así con el poder amenazante y sometiéndolo a nuestro más poderoso yo. Esta última estrategia es apropiada solo para hacer frente a otras personas; por ejemplo, a los padres, a los dioses o a nuestros precursores en la poesía. Porque nuestra relación con el mundo, con el poder brutal y el simple dolor no es una relación de la especie de la que mantenemos con las personas”¹⁴.

Los usadores, incluso niños, ven en la droga una suerte de promesa. No se sabe exactamente qué, pero hay algo especial que promete cada una de las drogas, desde una especificidad eminentemente mágica: no es lo mismo fumar marihuana, pegarse un pistolazo o inhalar cemento de contacto. La promesa corresponde a una demanda presente aún antes de que el usador se acerque al acto mismo del uso porque entre usador y droga median construcciones discursivas previas. Por ejemplo, alguien puede buscar libertad sin necesidad de evidenciar la demanda porque la libertad ya está en los juegos de len-

guaje previos organizados en torno a esas sustancias.

Ángel no puede pasar por alto el hecho de una demanda de libertad realizada a la droga y que podría transformarse en libertinaje al perder su control. Parecería, sin embargo, que el informante construye la verdad en ese poco de libertad que mujeres y varones adolescentes exigen a una sociedad que se niega a sostener relaciones equitativas. Ese algo de libertad los adultos la toman como libertinaje. En consecuencia, es la sociedad la que parte de un conflicto íntimo con la libertad. La sociedad, a través de sus regímenes políticos, económicos, educativos busca el dominio y no la liberación. Por eso habla de libertinaje cada vez que ve un gesto de autonomía.

Yo creo que pueden ser un poco más libres, pues dicen las cosas que quieren, pueden actuar dentro del libertinaje total, Pero por otra parte, me parece que quieren estar a la par con lo que los demás hacen,

No existe contradicción alguna entre libertad y dependencia. Lo que une los términos y los hace coherentes es la autonomía. Pero de esta libertad no se predica de igual manera para la totalidad de los sujetos pues cada uno es colocado de distinta manera por y con el otro en el camino de la libertad. Lo cual permite entender que siempre será posible distinguir tanto la representación de la dimensión como el ejercicio de la propia libertad. Desde las diferentes formas del poder, la libertad del inferior siempre ha sido calificada como libertinaje lo que ha terminado justificando que el poder sea más restrictivo. Se habla de libertinaje en los usuarios de drogas para justificar e inclusive a exigir mayor control y castigo por parte de las autoridades. Entonces la idea de lo figurativo en los usos pasa desapercibida o pierde por lo menos gran parte de su valor referencial y explicativo de hechos complejos como el uso de drogas.

Esto lleva a pensar con Wittgenstein que no existen lenguajes privados, que los sentidos que se producen en los usos de las drogas tan solo podrán adquirir significación relacionándolos con otros significados derivados de esos mismos usos y no construyendo paralelismos entre lo que se dice en el escenario de los usos y en el de los no usos. En esa especie de totalidad imposible del lenguaje de los usuarios se podrán entender sus sentidos. “Tal como nunca podemos abrazar (sexualmente o de otra manera) a una única persona, sino que abrazamos la totalidad de su novela familiar, nunca podemos tampoco leer a un poeta sin leer la totalidad de su novela familiar”¹⁵. Los usuarios,

de la clase que fuesen, construyen léxicos y lenguajes que exigen ser entendidos a través de esas mismas construcciones y no tan solo mediante los léxicos de los no usadores y menos aún de quienes, desde el poder, autorizan la crítica.

La libertad no es otra cosa que la posibilidad subjetiva de elegir sus propias dependencias¹⁶ porque de esta manera se transforma en sujeto de su propia enunciación en la cual se hallan comprometidos los deseos. ¿Por qué, en un momento dado, una chica puede optar por fumar marihuana, por ejemplo, y no salir con su enamorado? La elección puede parecer bizarra, pero responde a una lógica en la que la seguridad del acompañamiento juega un papel importante en un momento determinado. No se compara ni se pone en la misma balanza la droga y al enamorado sino significaciones nuevas de las dos realidades distintas destinadas a producir placer. Así habla Sandra de dieciséis años:

Porque la droga te acompaña, no te hace sentir mal, Con el enamorado se sufre y se está pendiente con quién estará, La droga en cambio está al lado de una y no hay problema,

Es probable que el más significativo acto de libertad del sujeto sea su opción por lo placentero. Pero tanto el objeto de placer como la experiencia placentera pertenecen por entero a la subjetividad pese a que se hayan construido códigos destinados a legitimar los objetos de placer, su elección y las formas de experimentarlos. La cultura occidental cristiana ha invertido siglos en la vigilancia de lo placentero y en su castigo. Sin embargo, no resultan comprensibles estas codificaciones cuando de por medio están las subjetividades relacionadas con realidades eminentemente figurativas a las que pertenece el orden del placer. Posiblemente el vigilar y castigar de Foucault tenga que ver con la posición antihedónica de la sociedad occidental poscristiana.

El objeto de placer debe mantenerse en un perenne estado de mutación para asegurar su capacidad donativa en cada relación con el sujeto. Se da, pues, una perenne innovación destinada no solamente a asegurar sino a legitimar la relación sujeto - objeto. Parecería que es este aspecto el que posee la droga y que prima sobre cualquier otro, como lo señala un niño de doce años:

Es que les gusta, es que cada vez les hace sentir bien a ellos, Así co-

nocen siempre otras cosas con las drogas,

Es difícil no ver en este texto la complejidad de la relación eminentemente lexical del sujeto con esos objetos. Se dan juegos de lenguaje que organizan las proposiciones hasta producir efectos de una verdad que se resiste a transformarse en un universal.

En pos de lo letal

La contingencia norma los lenguajes lo cual implica que, si bien las cadenas significantes pueden sostenerse a través de los tiempos, no así los significados que mutan de manera permanente. La primera razón para esta movilidad de los significados radica en el hecho de que la verdad no está en las cosas sino en las construcciones de la subjetividad en tanto describen al mundo desde distintas perspectivas. Se mencionó antes la propuesta wittgensteiniana de desdivinizar el mundo y el lenguaje. Su efecto es precisamente el sentido de lo contingente que acompaña a todo lo humano mucho más que a lo natural. Si los significados cambian, se modifica igualmente la producción de la verdad que dependerá de los léxicos utilizados en las proposiciones.

“Hay verdades, dice Rorty, porque la verdad es una propiedad de los enunciados, porque la existencia de los enunciados depende de los léxicos, y porque los léxicos son hechos por seres humanos”¹⁷. El saber es producto de construcciones proposicionales destinadas a aprehender las cosas, los seres que se dan en el mundo subjetivo y extra-subjetivo con su lánguida debilidad, como decía Nietzsche, en tanto aparece siempre como mudable. El ser y las cosas ya no pueden ser vistos como plenitud inamovible, como siendo lo mismo siempre a través del tiempo. Vattimo ve al ser más bien “como fractura, ausencia de fundamento, en definitiva, pesadumbre y dolor”¹⁸.

El conocimiento responde a un ejercicio a través del cual el sujeto gira hacia las cosas, se inclina para capturarlas en signos, representaciones, nociones o conceptos. Captaciones, descripciones del mundo, producción de sentidos y de significaciones que se organizan en registros imaginarios y simbólicos.

Acercarse al fenómeno de la droga y a sus usos implica, pues, desplazarse por su realidad, sin simulacros. Algo así como desfasarse de

sus contextos ideológicos y también políticos pero sobre todo lexicales. Podría decirse que esto supone llegar a sus espacios desconocidos hasta, como diría Deleuze¹⁹, tener piedad por lo real, por el mundo y por el tiempo que parecen tan obvios que ya nadie quiere decir más de ellos puesto que todo está dicho.

Nada está dicho, todo está diciéndose. Y aquí radica la gran diferencia entre una perspectiva que trate de entender lo que acontece con la droga y sus usuarios en la actualidad para construir nuevos saberes y verdades y otra que parte de los saberes y verdades establecidas como textos más o menos canónicos.

La filosofía, la hermenéutica y la semiología contemporáneas exigen no caer en las repeticiones sino, por el contrario, caminar el camino difícil de las nuevas interpretaciones mediante el análisis lexical. La propuesta de Eco es clara: “Si es un principio hermenéutico que no hay hechos sino sólo interpretaciones, ello no excluye que nos podamos preguntar si existen, por causalidad, interpretaciones –malas–”²⁰. Se puede, en consecuencia, afirmar que todo lo que acontece con la droga y su entorno no es más que interpretación realizada mediante lenguajes cuyas significaciones mutan de manera permanente.

En 1989, el grupo de C. Bui Art²¹ escribió un artículo titulado *La droga: falsas certezas o verdadera ignorancia* precisamente para colocar sobre el tapete el complejo tema de los significados en un léxico eminentemente polisémico y cambiante a la vez. Por ejemplo, el término toxicomanía contiene en su raíz el término *tóxico* que igualmente se halla en la palabra con la que se designa al consumidor. Se da, pues, un uso del lenguaje en el cual se hace evidente la presencia consonante de un objeto en la representación del objeto.

Que existan palabras equivalentes en el lenguaje común (*tóxico*, *drogas*) no significa que designen o se refieran a las mismas cosas.

“Cada término puede dar importancia muy particular sobre uno o varios elementos del dominio que abarca. Cuando se dice *droga* se designa un efecto incluido, la lógica de un uso; cuando se hace referencia al término *tóxico* se refiere a un carácter intrínseco del objeto, independiente del uso que se haga. Así, la heroína puede incluirse en las dos categorías, la televisión solamente en la primera mientras que el cianuro únicamente en el segundo.

“En consecuencia, si se desea intervenir sobre una población, es

indispensable respetar previamente las relaciones que allí se establecen entre diferentes contextos y diferentes acepciones de los términos”²²

La DEA de los Estados Unidos, por ejemplo, interpreta la cocaína como tóxica, social y moralmente mala. Desde esta interpretación, no solamente que ataca y condena su producción sino que, además, se propone eliminar del planeta la planta que la produce. En consecuencia, realiza inmensas y cuestionadas campañas de eliminación de las plantaciones de coca en Colombia y en Bolivia. Para los campesinos bolivianos, la interpretación es radicalmente otra. La coca es una planta sagrada ligada a los mitos de origen de la cultura. Por lo mismo forma parte de la cotidianidad pues allí se revelan sus poderes. Por otra parte, desde que se instauró el narcotráfico, la coca se transformó en una fuente de ingresos para sus exiguas economías.

Con Eco, el problema consistiría en conocer de la mejor manera posible los criterios que permitan distinguir entre sueño, creación poética o el vuelo que experimenta un usador de cocaína y las afirmaciones más o menos aceptables sobre las cosas del mundo físico en el que vivimos.

¿Qué reglas nuevas podría utilizar la comunidad para hablar de usos legítimos y condenar el uso de una droga en otro escenario? Hace falta la construcción de nuevos cuerpos de saber para entender textos como el siguiente producido en un grupo focal. Qué se necesita, ¿una epistemología o una hermenéutica que se despliega entre paradigmas que no se dejan valorar con ningún tipo de conformidad?²³ Si se abandona todo dogmatismo, social, político o psicológico, el texto exige interpretaciones, al modo psicoanalítico, que permitan introducirse en la *letalidad*, en el sujeto como usador y en las sustancias utilizadas como rutas hacia la muerte. Es eso lo que los informantes pretenden hacer: producir un texto interpretativo y, además, obligar al otro a que se introduzca allí para construir sentidos.

¿Por qué hay quienes usan drogas para sentirse mal? Depende del estado de ánimo, Hay personas que son masoquistas, Entonces ellos lo buscan una droga más fuerte, más letal, Porque son masoquistas saben que les va a hacer daño, Entonces ellos quieren sentir su cuerpo como que explota, como que van a volar, van a explotar,

Lo primero que estas nuevas proposiciones exigieron fue salir de la ruta trillada del consumo para ingresar en la del uso. No es cierto

que todas los caminos conducen a Roma, y si algunos lo hacen, nunca llegan a la misma Roma que ofrece el palacio del Vaticano o la que rememora a los gladiadores del Coliseo saludando su muerte con el *Ave Caesar, qui morituum sunt te salutant*²⁴.

La idea del consumo tiene que ver, primero, con la caducidad de la cosa que se desgasta, se daña o termina desapareciendo o transformándose. O bien remite a un sujeto que utiliza algo y que luego lo abandona, como cuando se dice de Pedro que es un consumidor de periódicos. O también puede referirse al acto por el cual algo se integra a la vida, como cuando alguien consume leche. En general, parecería que una cosa determinada exige o promueve un consumo más o menos específico como el auto para transportar personas de un lugar a otro.

Con el concepto de uso las cosas son distintas pues se da una nueva creación de sentido que se produce entre la cosa, el sujeto y una finalidad que no se halla directamente ligada a la cosa misma sino que surge de construcciones lexicales e imaginarias del sujeto. El ser de la cosa se reconstruye en tanto está destinado a un propósito que, en algunos casos, tan solo queda como presentido. Una aspirina, por ejemplo, desde la química es una tableta que contiene ácido acetilsalicílico que se usa como analgésico para cierta clase de algias. Pero alguien puede utilizarla para calmar, ya no una cefalea, sino el dolor de su angustia, de temores insoportables. Con pequeñas o grandes dosis de aspirinas, ciertas personas consiguen vivir una cotidianidad que, de lo contrario, se habría hecho añicos hace rato.

Mediante este nuevo uso, la aspirina-nombre (no el ácido acetilsalicílico) ha cambiado su sentido, se inscribe de diferente manera en la red de las significaciones y permite que se establezcan nuevas formas relacionales no solamente entre el sujeto usador y la aspirina sino entre él y otros que también la utilicen para tratar esas algias que no constan en el vademécum médico sino en los diccionarios existenciales de los sujetos sufrientes. La aspirina se ha convertido en metáfora y solo así ha logrado ingresar en la red de significados de su usador.

En consecuencia, se ha producido una especie de negociación con el significado original que, para algunos, implicaría que los significados ya no sirven para explicar las cosas tal como las entendemos. Pero no se trata, como anota Eco, de un problema con el significado que

seguirá siendo, más o menos, el mismo sino con el sentido. Los significados poseen cierta estabilidad lingüística. Al modificarse los sentidos, las palabras adquieren otros valores de significación dentro de diferentes enunciados lo que, entre otros efectos, permite la construcción de metáforas.

El último testimonio exige cierto trabajo hermenéutico porque se trata de un relato eminentemente metafórico que el mismo enunciador se encarga de aclarar cuando dice que todo *depende del estado de ánimo*. Ni la psicología ni el psicoanálisis pueden definir lo que es estado de ánimo puesto que, por lo común, se trata de un modo de estar temporal en relación con cualquiera de los innumerables afectos. El relato se sostiene en esta primera metáfora que podría evocar situaciones anímicas relacionadas con la tristeza, la angustia, la desesperación, afectos a los que se trataría de acrecentar con una posición masoquista.

Las drogas son letales, parece ser el enunciado inicial transformado en principio indiscutible. Pero la muerte que la droga invoca debe responder a un conjunto metafórico en el que se involucran cotidianidades familiares, sociales, educativas, religiosas. Nada es absolutamente letal por sí mismo, sin embargo también es cierta la proposición contraria que toda droga lo es en algún nivel que el usador quiera entenderlo como tal. Como se trata de un juego de lenguaje, el testimonio habla de buscar *una droga más letal*, es decir, existen no solamente diferentes maneras de morir sino, sobre todo, diferentes estados de muerte en los que ya cuenta para nada la lógica formal de las oposiciones.

En otro lugar se analizará el tema de la muerte. Por de pronto, se trata de entender para qué el sujeto requiere la más letal de las drogas, qué mal habita su existencia que tan sólo puede ser destruido mediante semejante pócima. Así como existen innumerables formas de matar también son incontables las razones de morir. Existen vidas muertas y muertes que resucitan, metáforas todas que dan cuenta de las formas de estar en el mundo y de existir en la existencia.

La imagen es que la droga se introduce en el cuerpo y lo hace explotar, como si se tratase de una granada. Los mexicanos, por ejemplo, poseen una expresión que escenifica la explosión interna o social. *Explotó como ejote* quiere decir que algo vino a contradecir las verdades, los sentimientos y a echar por los suelos el edificio de las verda-

des, las creencias o los sentimientos. Es un cuerpo despedazándose en partes imaginarias, volando por los aires, a lo mejor en busca de consistencias nuevas, de reencarnaciones que provoquen verdades inaugurales.

La idea del despedazamiento, relativamente frecuente en los testimonios, no puede dejar de evocar el tema de las identidades. En el fondo, es como si se tratase de una pasión por la aniquilación del cuerpo que es la identidad. “Sin la fe en que nuestro rostro expresa nuestro yo, sin esa ilusión básica, sin esa protoilusión, no podríamos vivir o al menos no podríamos tomarnos la vida en serio”. La explosión del cuerpo es enfrentamiento a la vida y a la muerte, es la pasión que las hace y que, en el caso del testimonio, no se encuentra circulando en lo cotidiano. A falta de vivencias que apasionen, es preciso ir a la letalidad de una sustancia para poder vivir la vida apasionadamente y lograr identidad, esa identidad con frecuencia en conflicto e inclusive en quiebra. El texto de Kundera continúa: “Y no bastaba con que nos identificáramos con nosotros mismos, era necesario que nos identificáramos *apasionadamente*, a la vida o la muerte. Porque solo así podemos considerarnos no como una de las variantes del prototipo hombre, sino como un ser que tiene su propia esencia irreemplazable”²⁵.

Desde los usos, las relaciones con las drogas son tan variadas no solamente porque dependen de cuantos usuarios existen sino, sobre todo, de cuantos deseos e innumerables afectos movilizan sin tomar en cuenta los deseos inconscientes que, sin lugar a duda, serán también determinantes y que exigen otro relato distinto a este. A los usos corresponden usuarios que arman escenarios en tiempos y espacios específicos, que organizan ritos, compañías o soledades, cercanías o distancias, que convocan coros fantasmales. El consumidor, en cambio, produce otra imagen casi como la de un actor pasivo que está siendo actuado desde fuera. El consumo se cierra sobre sí mismo, lo que no acontece con el uso.

En consecuencia, es necesario que el deseo officie el rito aunque con frecuencia se disfrace de cualquier otro personaje de los tantos que acuden a la cita. Los discursos oficiales casi de manera sistemática han dejado de lado al deseo que ha sido sustituido por el vicio, los malos amigos, la corrupción social. En última instancia, es el mal que habita el mundo como las personificaciones del mal de las nove-

las de Úrsula Leguin y que acompañan al hombre para ponerle trampas que le hagan perder su capacidad de producir sentidos con los nombres verdaderos de las cosas. Mediante la presencia del deseo, la droga deja de ser una sustancia cualquiera, materia pura y, sobre todo una sustancia vedada y bastarda en el concierto de los hijos legítimos de la naturaleza.

El testimonio de Patricia, una profesora, conduce el discurso a los lugares de los deseos. Para ella lo prohibido incita el deseo, lo acrecienta y quizás lo transforma en incontenible. La imagen mítica del fruto prohibido que surge del árbol del bien y del mal y que se transforma en la causa del deseo y de la perdición.

Sí, la sociedad prohíbe el uso de estas sustancias pero ellos las usan por curiosidad, Por querer saber qué se siente, Para sentirse bien, Porque hay un dicho que dice que lo prohibido siempre es lo mejor, es lo más sabroso,

Hablar de deseo implica construir otras verdades con derecho a aparecer en los lenguajes porque ellos se encargan de hacer explícito el compromiso del sujeto que deja de ser víctima del mal. El deseo es, en última instancia, lo que provee sentido de ser y de inmortalidad al sujeto que, una vez que deseó, ya no puede dejar de hacerlo incluso cuando, desde ese mismo deseo, se suicide y quede atrapado en el seno de *la más letal de las drogas* que no puede ser otra cosa que el deseo que es pulsión de vida pero que también conduce al sujeto a los territorios del dolor, la angustia y el sufrimiento que se encuentran más allá del placer, como dice Freud²⁶.

¿Qué se desea? Cuando se trabaja sobre la droga, sus consumos y sus consumidores, la mirada y las palabras se dirigen a la droga para interrogarla sobre los porqués de su transformación en objeto de deseo, de un deseo tan particular que es capaz de conducir a la muerte al deseante. Pero las drogas, como el mundo natural, carecen de palabra, no hablan y, por lo mismo, no van a responder nada. Con frecuencia la sociedad ha colocado palabras en las drogas hasta obligarlas a que construyan múltiples relatos que, por supuesto, no son sino los discursos preelaborados por los interrogadores y que responden a los sus procesos ideológicos, a los prejuicios de verdades impermeables a la influencia de otras verdades.

El deseo posee su contrapunto original que es la ley encargada de prescribir el orden y de castigar los desórdenes, señala lo permitido

y lo prohibido como si se tratase de rieles sobre los cuales debería movilizarse la vida para ser eficiente y honorable. Sin embargo, es inevitable el enfrentamiento originario entre el sujeto y esta ley, y en este enfrentamiento no queda otra alternativa que hacer evidente lo que está prohibido, tal como puede verse en este discurso de un adolescente de catorce años.

No nos dejan ni a mí ni a nadie, pues a nosotros no nos importa nada de lo que digan o no digan y ni queremos que nos digan nada, Queremos que se queden callados como si no les importara nada,

Si no se dijese nada, se callaría el deseo porque si lo prohibido no lo fuese en tanto deseado, la prohibición redundaría en la cultura y en la economía de las subjetividades. En otras palabras, existe un deseo previo a la prohibición y no, como decía Lacan, una prohibición y solo ella que causa el deseo. El testimonio al respecto es explícito en su sencillez: nosotros deseamos (la droga, por de pronto) pero entonces asoman ellos (la ley) a prohibirnos. Lo único que queremos es que se callen, que no nos digan nada y que nos dejen con nuestro deseo.

Se prohíben las drogas y sus usos luego de que ya habían sido buscadas y experimentadas. Es decir, cuando ya se han creado en el sujeto (a veces desde niño) espacios en los cuales los usos efectuados por otros hacen referencia a experiencias que hablan de lo placentero, del poder o de la libertad. El sujeto posee referencias que se transforman en realidades eminentemente incitativas. Así se entiende el siguiente testimonio de Manuel, un chico de dieciséis años, quien dice que las chicas ya llevan el deseo por dentro porque, previamente, han mantenido relaciones discursivas con usadores:

Ellas dicen que lo hacen porque lo llevan por dentro, Que eso es súper bacán en ese momento,

La prohibición acelera y acrecienta el deseo hasta hacerlo incluso incontrolable, y también podría originarlo. Así se entiende que las chicas y los muchachos sientan que algo les conduce a la droga, algo que llevan dentro y que no es otra cosa que el deseo. En este sentido podría entenderse que lo prohibido atrae, fortifica el deseo y lo torna irresistible. Por lo mismo, no se busca la droga como objeto sino en tanto antigua promesa cumplida en otros, en los pares que han confiado en ella. Se podría afirmar que las nuevas generaciones se inscriben en tempranas promesas que los discursos han creado sobre las drogas. No es la droga la que promete sino los decires de los otros, sus

experiencias atravesadas por los juegos de lenguajes. Desde esta posición, María, una profesora, trata de entender el hecho de que chicas y muchachos vayan tras la droga pese a que está prohibida:

Porque, según los comentarios de ellos mismos, dicen que lo prohibido es lo más interesante, Lo interesante para ellos es conocer, saber la vivencia, salir de este mundo de pura violencia y entrar en un mundo de paz,

Así se repite el mito de la pareja original que quiso saber sobre el bien y el mal, sobre la vida y la muerte, sobre los goces y los sufrimientos como condición para sostenerse en su humanidad. Al comienzo, Dios prohibió el saber porque los conocimientos son fuente de poder y dominio, de libertad y autonomía, de placer y donación.

Para la sociedad se trata del vicio, de una mala voluntad y casi de una mala naturaleza de las nuevas generaciones que han perdido los valores tradicionales. De esta manera zanján el problema de la relación de los sujetos con sus deseos, con lo prohibido y la ley. Porque este aspecto fundamental desaparece de todo análisis, se persigue a la droga y a sus usadores con las mismas o similares actitudes con las que se enfrenta a los delincuentes. De hecho, en tanto transgresores de normas, entran en el terreno de lo delincencial o, por lo menos, en el de esa inmoralidad que justifica el rechazo social.

Existen juicios previos que dan cuenta de una moralidad y de una ética preestablecidas llamadas a juzgar todo acto sin ningún discrimin a través de grupos que se autoproclaman defensores de los principios y valores sociales. Cuando en estos grupos se presentan contradicciones entre esta ética proclamada y su vida privada, el problema se zanja, de una vez por todas, acudiendo al poder²⁷. Así opinan dos papás que pertenece a dos ciudades muy distintas como Quito y Loja.

Creo que a todos nos llama la atención lo prohibido, Pero en nosotros la prohibición entra en los valores, Pero ahora han bajado bastante los valores, Ven lo que la televisión muestra en otros países, y entonces ellos acá hacen lo mismo y no les importa ya nada, ya no creen en nada, así son,

A ellos no les interesa nada, Han perdido la moralidad, la vergüenza, Solo quieren seguir en su propio mundo,

La filosofía contemporánea del deseo insiste en la subjetividad de los encuentros que se producen entre el sujeto y el objeto deseado.

Más aún, para algunos, como Lyotard, el deseo incluso se separa de la ley y se torna algo eminentemente productivo hasta el punto de existir únicamente en tanto agenciado, maquinado. “Es, dice Jacobo Muñoz comentando a Lyotard y Deleuze, un proceso que ocurre en un plano de <consistencia> inmanente –el <cuerpo sin órganos> de Artaud recuperado por Deleuze y Guatari, la <gran película efímera> de Lyotard– recorrido por partículas emitidas y flujos conjugados, esto es, por flujos que unas veces se agotan, se congelan o se desbordan, y otras se conjugan o se separan, por continuos de intensidad, por bloques de devenir que se evaden tanto de los objetos como de los sujetos. No hay, en efecto, sujeto ni objeto del deseo: su única objetividad son los flujos”²⁸. Flujos continuos que, de alguna manera, podrían equiparse a la energía libidinal psicoanalítica que catectiza los objetos para provocar el movimiento del sujeto.

El arribo a otros mundos

Para Freud, la vida humana termina siendo una suerte de fantasía llevada a los extremos de tomarla en serio, tan en serio que así se hacen las historias colectivas y personales. Calificó a la histeria como la enfermedad de las añoranzas que coloca al deseo fuera del camino de las realizaciones. Con la causalidad psíquica y la represión, Freud nos obligó a mirar hacia atrás con el propósito de encontrar entre los vericuetos de los días los sentidos del presente. En cierta medida, no quiso que mirásemos el futuro porque, de ser posible, podríamos definirlo en tanto repetición, con las variaciones y ropajes necesarios, de lo pasado reprimido.

Asusta volver la mirada atrás porque hay un consistente temor de encontrarnos, de manos a boca, con los imposibles prohibidos, con las hazañas y los héroes que explican los sufrimientos, las nostalgias, los equívocos y las verdades de hoy. Freud²⁹ invitó a analizar los sueños no para identificar los imaginarios que se encuentran edificando el futuro sino para recorrer el pasado y hallar las huellas y hasta el cuerpo de nuestros deseos en tanto reprimidos. El sueño es una realización de deseos infantiles. ¿Hasta qué punto aún buscamos que se realicen esos deseos de las primeras edades? ¿Es que el ser humano no tiene otros deseos que esos que fueron ferozmente reprimidos por una

conciencia moral que actuó sin contemplación de ninguna índole?

El deseo es como la pulsión de Freud, fuerza, energía, e implica una economía libidinal destinada a su construcción y realización. Esta economía pone de manifiesto lo que hay de pasional y pulsional en los actos y en las reproducciones imaginarias. Así visto, el deseo es todo menos una idea o una representación mental de un objeto aunque se trate de un objeto considerado como fuente de placer y de gozos. Desde esta perspectiva se habla de un deseo <agenciado> y, como lo señalaba Muñoz “su captación o concepción no podrá ocurrir nunca al margen de un determinado agenciamiento”³⁰.

El deseo no es, pues, una actividad inútil, no es deseo de puro reconocimiento según la propuesta hegeliana. Se trata de un agenciamiento que puede terminar siendo incluso colectivo pese a que exija acciones y conexiones específicas en cada sujeto. De esta manera los agenciamientos movilizan la territorialidad, las construcciones imaginarias, las organizaciones simbólicas, los afectos y hasta los devenires de lo que cada sujeto es en tanto desea. Imposible aceptar que puedan darse imaginarios y juegos de lenguaje sin la presencia activa del deseo.

A la sociedad de los adultos le es difícil pensar y menos aún aceptar que en los usos de drogas puedan darse deseos legitimados desde la cultura. Como se trata de una actividad prohibida, esos deseos son espurios y destinados a un mal que posee mil rostros. Por otra parte, desde la ilegitimidad del deseo, aquello que se busca jamás será obtenido sencillamente porque o no existe o se busca en un lugar equivocado, tal como dice Virginia una maestra para quien no hay salida alguna que no sea lo tétrico y fatal.

Yo creo que ni las niñas ni los niños ni los adolescentes van a encontrar nunca lo que buscan en las drogas, Tal vez estén buscando sentirse bien, pero luego eso trae como consecuencia que los violen, o que se hagan delincuentes, o ser maltratados o tener una sobre dosis y morir,

Para los adultos todo uso es contradictorio y absurdo puesto que se realiza sin razón alguna, salvo que se trate de alguna motivación inconsciente carente de sentido. Sin embargo, no pueden dejar de reconocer que seguramente se produce una experiencia de bienestar que no encuentran en los actos y circunstancias de la cotidianidad. Una experiencia que de todas maneras debe ser descalificada por ile-

gítima.

No se dan cuenta que al consumir, las drogas les están haciendo morir lentamente, A no ser qué, que la droga les haga sentir tantas cosas, algo que haga que se sientan bien, que se sientan volar,

Las penas descarrían al ser humano, lo vuelven cada vez más ex-céntrico a sí mismo y a los otros. Se tambalea la referencialidad cuando la tristeza y los sinsentidos se apoderan de la cotidianidad. El deseo no es huida que busca la desaparición del mal sino creación de otro deseo válido para la creación de paréntesis simbólicos en los cuales las separaciones y las pérdidas encuentren algún tipo de alivio, como dice Geovanni:

A veces usamos por un familiar que se ha muerto, Tal vez ella ha perdido a su enamorado al que lo quería bastante, Porque todos somos seres humanos, no somos de fierro, Tenemos sentimientos, Las penas nos descarrían, Entonces pensamos que tomando alcohol o fumando droga estamos bien y nos desahogamos.

Sin sus agenciamientos, los deseos se transformarían en enunciados vacíos, pues se referirían a objetos inexistentes que terminarían haciendo del deseo y del ser humano actores de una charada deshumanizante. Si Eco habla de pactos necesarios para poder hablar del ser, puesto que existe una sobreabundancia lingüística de seres, Lyotard propone una multiplicidad de contratos igualmente lingüísticos que den cuenta de los deseos.

Los límites del deseo no puede ser sino otro deseo porque si el objeto logrado pudiese satisfacer de manera íntegra un deseo, ya no habría nada más que hacer ni razones suficientes para vivir. De ahí que la existencia se desarrolle como cuerda que se extiende sabiendo que siempre es posible dar un paso más hacia delante en la ruta del deseo. Si los usos no se situasen en este camino, sería vano todo intento de aprehender sus significaciones. Las experiencias no se repiten, ni se siente siempre lo mismo. Como en el siguiente relato de Pedro, de Portoviejo, que habla de cómo sus pares recorren ese camino buscando y hallando porque, de lo contrario, no tendría sentido formar parte de un grupo de usuarios si entre todos no estuviese de por medio el deseo de estar en otro mundo, más mágico, menos real que el que poseen en la cotidianidad doméstica o social.

¿Por qué mis panas usan? Yo les hago esa pregunta para ver si es-

tán conmigo, Y me dicen que se sienten bien, más tranquilos, más serenos, que no quieren tener problemas con nadie, Porque para ellos estar grifo es estar en otro mundo, en otras cosas, y así,

Si las cotidianidades internas y externas no se hallasen construidas desde la conflictividad del ser, con límites y huecos de desesperanza o si no se experimentase que, de alguna manera, se está en el mundo como efecto de un escupitajo, según la expresión kunderiana, la vida sería un paraíso demasiado soso y chirle. Porque tempranamente se descubren las inconsistencias existenciales, las fallas geológicas en las formaciones lógicas de las verdades sociales y familiares, a los nueve o diez años, como dice Pedro que ahora tiene dieciséis, ya es buena edad para buscar otros mundos.

Yo le digo, la primera vez que yo fumé marihuana, yo me sentí que estaba en otro mundo, las cosas las veía diferentes, que yo de pronto tenía no sé qué, me daba hambre desesperada, que me quería comer todo lo que encontraba, Desde que empecé a fumar la marihuana me hace ver de otra forma el mundo,

El deseo, en tanto posible, es esperanza y, al mismo tiempo, decepción por cuanto nunca será totalmente colmado. Con la droga se camina hacia la construcción de un universo regido por códigos que aseguren la estabilidad de lo placentero, de la libertad y de la autonomía. Desde luego que cada sesión podría considerarse como un intento en el levantamiento de esta topología eminentemente libidinal y, al mismo tiempo, como actos siempre inconclusos, puesto que se trata de una tarea de nunca acabar. Esto determina que se intente una vez más, con otros medios que pueden ser el uso de otra sustancia, de otra compañía, de distinta hora, o de espacios inaugurados para el efecto³¹.

Cuando Olievenstein pone al sujeto a elegir entre la vida o la muerte, que equivale a la droga no-droga, se ubica en una moral maniquea pues presupone de entrada que la droga es la muerte y, por lo tanto la destrucción del deseo. Esta postura eminentemente reduccionista desconoce que la misma vida, tanto como la muerte y el deseo forman parte de los presupuestos que sostienen el pluralismo de los juegos de lenguaje de la visión wittgensteiniana del mundo. La desesperanza no nace de la nada sino del fracaso de toda esperanza, como cuando se franquean, de una vez por todas, las puertas del infierno.

¿En dónde está el infierno? Para Olievenstein, en la droga que no

tiene nada más que ofrecer que no sea la destrucción del sujeto y de los valores. Para J-P Sartre, el infierno es el otro. Tal vez desde la propuesta sartriana, para sus usuarios el infierno se encuentra en un mundo cruel en el que se habita, tal como lo señala, con una sencillez lexical impresionante, un muchachito de diez años y que trabaja y vive en las calles, desde los cinco años, acompañado de sus mejores amigos, el cemento de contacto y el aguardiente.

¿Por qué los niños y las niñas usan lo que está prohibido? Porque a la gente no le importa que yo no coma, que mis papás no coman, No les importa que ellos nos peguen para que vayamos a trabajar y no traigamos harta plata, Por eso tomamos y fundeamos,

Este niño no acusa a alguien en particular, ni siquiera justifica el uso de sus drogas en los golpes que recibe en su casa cuando no trae suficiente dinero. El término *gente* se refiere a la sociedad en su conjunto, al mundo que comprende las familias, los Estados, los gobiernos, las leyes, los derechos proclamados, las proclamas por los derechos. ¿A quién le importa? Esta pregunta es más honda que una simple queja pues se refiere a la posición que un grupo inmenso de niñas y niños ocupa en el mundo de las indiferencias. Este niño no hace otra cosa que hablar del estado de conflictividad en el que se encuentran quienes habitan el reino del desamparo.

El alcohol y el cemento de contacto no han llegado de la estratosfera ni del supermercado de la maldad ni del continente de los deseos perversos. Asomaron como producto de la conflictividad en la que se desenvuelven las realidades sociales.

Como señala David, un muchacho de catorce años, los conflictos terminan siendo *entre uno mismo*, entre yo y yo mismo. Lo que le lleva a afirmar que los chicos de su barrio no usan drogas por los problemas en sus casas sino, *porque uno mismo quiere*. Es decir, se trata de algo que acontece en la mismidad de un sujeto enfrentado a la alteridad que no se agota en los otros seres domésticos pues abarca a todos con los que el ser construye su referencialidad.

De esta manera se pretende salir de la pasividad de una relación causal de tipo lineal que determina que algo se haga porque hay una causa externa que actúa de manera directa y más o menos ciega. Se trata, pues, de un conflicto de la mismidad que pierde piso frente a una alteridad elevada a la categoría de norma universal.

Nos pegan con el chicote

Esta relación mecánica causa – efecto es típico de la sociedad que no se autoriza a construir otras miradas. Así se descartan las acciones de los deseos y las producciones fantasmales e imaginarias de los sujetos. Como para la maestra Virginia, si una chica proviene de una buena familia, caracterizada por el orden, las buenas relaciones interpersonales, los respetos y las normas, no pueden darse usos de drogas. Consume la que tiene un hogar desorganizado, sin buena comunicación y sin un papá pendiente de sus hijos.

Este pensamiento reduccionista tiene, sin embargo, el poder de explicar todo mediante un sistema de ocultamientos que favorecen a la sociedad que se ve obligada a insistir en la instauración de severos regímenes de control. El hogar, la familia, la casa aparecen como entes omnipotentes capaces de decidir los futuros de las personas. Organizadores mágicos de destinos irreversibles suficientemente poderosos como para soportar todos los avatares de la existencia. Estas realidades domésticas producen y portan la verdad.

¿Qué por qué las niñas y las adolescentes usan drogas? Pues creo que todo depende del medio de donde procedan, Porque si tú vienes de un buen hogar, si tus padres te han inculcado y tú vas aprendiendo que eso es malo, yo creo que difícilmente, ni porque pases por los problemas más difíciles del mundo, como que uno no es capaz de consumir droga,

Parecería que la calidad de un hogar se determina por su capacidad de normatizar sobre el bien y el mal desde una perspectiva maniquea. Con esta división, para la profesora, parece absolutamente imposible que una chica que ha sido colocada, desde el inicio, en el bando del bien llegue a consumir alguna droga. La idea del bien se ha convertido, por obra y gracias de estos constructores sociales, en la más segura de las vacunas.

Pero si tú vienes de un hogar donde todo es problema, donde te insultan, donde el padre da mal ejemplo, Y vienes y te reúnes con otros amigos que son casi de la misma condición y lo que te inducen es la droga, Yo creo, entonces, que todo viene de la mano: los problemas del hogar, como te tratan el padre, la madre, Y eso es lo que hace que el niño, el adolescente, la mujer, el hombre consuman drogas,

El testimonio es terminante: en la sociedad existen dos modelos de familia cada uno de los cuales producirá o no usuarios. Las drogas invitan al banquete de la perdición a todos los chicos y chicas. De ahí que el *casi*, en la oración *casi de la misma condición*, utilizado en el testimonio sobra, es apenas un pequeño respiro en el discurso, un subterfugio del lenguaje para que el enunciador tome fuerza antes de pronunciar la sentencia inapelable. Eco diría que la maestra se ve impelida a realizar negociaciones consigo misma para que el sentido del *casi* sirva para mantener su posición que no acepta excepción alguna.

Las personas como la maestra desconocen el sentido de la contingencia del mundo y el de la libertad. Para el mundo de la maestra, la vida triunfa en la medida en que supera el tiempo y hace que sus verdades perduren para siempre. Desde ahí se contemplan realidades, se hablan verdades, se juzga y se sentencia. Allí no hay lugar para la construcción de historias diferentes.

Se insiste en la estabilidad emocional de la pareja parental que se transforma en fuente de seguridad y de buentrato. De lo contrario, los conflictos de la pareja se transforman en agresiones de todo orden a los hijos, *es el maltrato físico, psicológico, sexual*, señala Patricia, profesora. El mundo ha cambiado y las formas de construir pareja y de vivirla ya no responden a los modelos de antaño: deberían casarse de la misma edad, ambos deberían ser profesionales. El uso de drogas es uno de los efectos más perniciosos de estas alteraciones de forma y de fondo.

En las últimas décadas se ha hecho de la comunicación el punto de partida del bien o del mal en las relaciones. Parecería que la comunicación se ha reducido al hecho de intervenir con discursos o de analizar los principales acontecimientos de lo cotidiano. La familia que no habla lo suficiente está mal y se convierte en caldo de cultivo para todos los desórdenes. De esta manera la complejidad de los actos comunicacionales se ve empobrecida en sumo grado, pues se dejan de lado otras formas de relación que implican cercanías y que se convierten en mediadores de ternuras, respetos, consideraciones y equidades. Johnny papá dice: *Los hijos no son escuchados ni comprendidos*, Se da un paso más para llegar al extremo de la despreocupación total y del abandono que se expresan a través de dos indicadores básicos: el maltrato y el quemeimportismo.

El siguiente testimonio no encaja en ese discurso sin sospechas, rígido y absoluto. Acá lo contingente parece tomar el lugar de las normas. Como los poetas de los que hablaba Nietzsche, estos muchachos no se sienten “destinados a pasar nuestra vida consciente intentando escapar de la contingencia en lugar de reconocerla y apropiarnos de ella”³². Podría leerse el texto únicamente desde lo que la coba produce y no desde los juegos de lenguaje que los chicos construyen en esos mundos denominados bajos y a los que no llegan ni la mirada ni el oído de los otros que están arriba en el lenguaje de las buenas costumbres. Por eso se los puede comparar con los poetas de Nietzsche porque, para dar cuenta de la contingencia de su mundo, son capaces “de narrar la historia de su propia producción con palabras que antes nunca se han usado”³³.

¿No están ahí, acaso, las normas, las exigencias para que se cumplan los límites? ¿No es del fracaso de estos principios de lo que hablan Pedro de dieciséis años y sus panas?

¿Por qué vamos a la droga? Cómo decirte, ¿sabes qué, loco? Yo ya estoy cabrero³⁴ en caleta porque están que me hace pito mi veterana porque no trabajo o porque solo ando en la calle, Se me hace que ya me quiero sacar a otro lado, ya estoy cabrero, Ya, así dicen unos panas, ya porque no tienen trabajo y la mamá o el papá los repelan no más allá, Y ya los panas se ven como resentidos, y ya uno se busca las drogas,

En todo esto es inevitable una inmensa dosis de ironía llamada a amalgamar los lenguajes, los léxicos, las representaciones y las experiencias. Supuestamente, la mamá quiere evitar que su hijo consuma drogas y le exige que trabaje. La sociedad hace rato que se ha olvidado de ofrecer puestos de trabajo a chicos y muchachas. Mamá y papá los empujan a la calle, pero se enojan si pasan mucho tiempo fuera de casa. La sociedad los califica de vagos. Ellos responden que se encuentran entre la espada y la pared. Eligen una salida que no es la droga sino la rebeldía, es decir, el camino de deseos llamados a contradecir las contradicciones de los otros.

Ningún sujeto puede constituirse en el lugar de la repetición de los deseos de los otros, dentro de una infinita cadena especular³⁵. A través de la oposición, el sujeto busca elementos que lo identifiquen en su subjetividad diferenciada. Hay un terror a sentirse en el mundo como una simple réplica de otros iguales. Este terror moviliza de-

seos y construye tanto expectativas como espacios y tiempos subjetivos para ser en el mundo. Es fácil hablar de la rebeldía sin causa de las mujeres y varones adolescentes. Resulta mucho más complejo entender la necesidad de la diferenciación como condición indispensable de la existencia.

Este es el sentido contemporáneo de la diferencia. Como señala Rorty, Aristóteles estaba feliz de reconocerse en un mundo más amplio y poderoso que él mismo. El temor del sujeto contemporáneo es “a terminar en un mundo así, en un mundo que uno no hizo, en un mundo heredado”³⁶. Para las muchachas y chicos de los estratos populares y pobres las alternativas de crear su propio mundo son reducidas porque el mundo se cierra sobre sus existencias lo que les obliga a repetir. Parecería que los usos de drogas podrían convertirse en una de las rutas para caminar hacia la no repetición.

No son los conflictos entre la pareja lo que les molesta sino el que su presencia pase desapercibida en tanto sujetos en libertad y actores de sus deseos. Rechazan los insultos porque están dirigidos a minimizar y a destruir identidades, a desbaratar los edificios metafóricos de sus interpretaciones del mundo. *Hablan palabras demasiado ofensivas contra un joven*, dice Geovanni. Las palabras significan y producen efectos de significación.

La conflictividad de las relaciones toma cuerpo en la oposición de las presencias, de los deseos y de imaginarios que se cruzan y que se hieren porque no encuentran punto alguno de empate. Mientras entre el policía que patrulla una zona residencial y un vecino del lugar se entrecruzan miradas claras y seguras de apoyo y confianza, entre un chico pobre que aparece en ese momento y el policía se produce otra clase de miradas cuyos códigos de interpretación ya están dados de antemano y que se sostienen en la sospecha.

En este punto coinciden, entonces, el enojo de la mamá porque el hijo no trabaja, vive en la calle y que puede caer en las drogas, y la mirada del policía que quiere un delincuente. Para el muchacho, la mirada de sospecha cae sobre él y lo convierte en sospechoso. ¿Por qué el policía quiere un delincuente?

Imagínate, me gusta utilizar los pantalones anchos, camisa ancha, mi gorra hacia atrás, No soy nada (no soy ladrón), Primer ejemplo,

Camino por el centro de la ciudad, Allí se encuentra gente con corbata, mejor vestidos, por decir, más serios, Segundo ejemplo,

¿Y qué sucede? que el patrullero que pasa ya te está viendo como delincuente, que tú ya estás viendo algo, algo quieres robar, ¿qué pasa entonces? que en ese rato tú eres nada,

La señal de la sospecha destruye las pocas certezas, hace nuevas verdades descalificadoras del ser que debe enfrentarse a la nada. Probablemente, para volver a ser debe cumplir, actuar el mandato de la mirada del policía que, en el fondo, quiere que ese sea un ladrón para detenerlo y convencer al vecino del lugar de que la policía sirve para algo.

De esta manera se dan los pasos necesarios para construir usados, ladrones y buenas gentes. No se trata de un simplismo nacido de una escena que se produce en ese momento. Se trata de miradas y decires repetidos día tras día, generación tras generación, imagen tras imagen en la televisión.

Nosotros somos interactivos, somos rebeldes, No nos gusta que nos presionen, por eso, ¿con que tú crees que soy un ladrón?, pues ahora robo con más ganas, ¿con que crees que soy un fumón? entonces ahora fumo con más ganas.

Ese es el caso, Tú al principio no eres nada (ni ladrón ni fumón), Pero la sociedad hace que te llenes de coraje: ahora que me tratas mal, ahora vas a ver lo que hago para que hablen con gana,

Los problemas aparecen cuando las metáforas se materializan y se tornan actos, cuando las amenazas de la mamá o del papá se convierten en expulsiones reales. Cuando la mirada del policía traspasa la moda que inscribe a un chico en un espacio propio de sus imaginarios personales y colectivos, lo acosa, le amenaza, hace que huya, lo detiene, lo transforma en ladrón y le acusa como tal. Como señala el testimonio, entonces las realidades ocupan el lugar de los imaginarios, y las actuaciones se convierten en sustitutos de las metáforas que permitían estar de una manera especial en el mundo. Es lo que narra Javier, un chico de doce años.

Entonces les botan de la casa, A un amigo le botaron, y él se tiró así a la perdición, digamos, así a robar, a fumar, a beber,

Si en el un extremo de la relación se pierden los sentidos metafóricos del lenguaje, el riesgo es que lo mismo acontezca en el otro extremo. La incomprensión no es un afecto sino una posición mental pues significa cerrar la posibilidad de ingresar en los lenguajes del otro descalificándolos de antemano. Estas descalificaciones originan

desconciertos y, sobre todo, actuaciones uno de cuyos objetivos puede ser una gesta destinada a medir fuerzas. En esa lucha, parecería que gana el débil, el niño o la adolescente, pues termina haciendo su voluntad que no consiste en otra cosa que en actuar el objeto de la prohibición. Es lo que dice Marisol:

No nos importa la prohibición de usar drogas. Porque cuando no nos comprenden, hacemos lo que nos da la gana. Ya no hacemos caso, Nos sentimos libres, independientes,

De esta manera, para saber del mundo, chicas y muchachos deben optar por descentrarse del mundo normatizado por los adultos como, por ejemplo, mediante la droga. Como la posición intransigente de los otros atenta en contra del sistema de significaciones de una adolescente, ella se ve en la necesidad, casi imperativa, de usar una droga con el ánimo de hallar significaciones sustitutivas que le permitan el gobierno de lo cotidiano. Una sustitución nada ajena a la ironía pues se producen cambios de una dependencia por otras aunque, desde el discurso, se tenga la sensación de libertad y autonomía. Precisamente, el sentido de uso es lo que permite que una droga sirva para que una adolescente, con pobres o débiles referentes, logre otras estabildades.

Tal vez el único que conoce la droga en su verdad sea el que la usa puesto que, como el fantasma, es una realidad mimética. De la misma manera que el único que puede dar fe cierta del dolor no son ni el látigo ni el verdugo, sino el cuerpo lacerado de un niño para quien los signos de la paternidad y la maternidad se quedan sin los sentidos originales de la ternura que son sustituidos por otros que, pese a la violencia, le permitan sobrevivir a la desesperanza. Así y todo, los adultos se preguntarán escandalizados por qué los niños de seis o siete años deambulan con su tarro de cemento de contacto por las calles amplias o angostas de las ciudades del país. Si no, que le pregunten a Andrés lo que sabe de él y de sus pares de su ciudad:

Papá y mamá nos pegan con un chicote y nos mandan a lustrar o a hacer cualquier cosa, cualquier mandado, y quieren que traigamos artísima plata, Y unas veces algunos señores no se dejan lustrar, Normalmente nos mandan, Y de allí nos pegan porque no traemos bastante plata,

Posiblemente si se le reclama, el papá se justificará con los versos de Bion que se citan más adelante. Este es el problema de las signi-

ficaciones que el sujeto buscaría en la droga porque, tal vez para él, el mundo de su cotidianidad aparece demasiado mimético y huidizo. Tal vez para el que hace del uso una alternativa de vida, el acercamiento a los seres y a las cosas no sea posible sin que en ello no se ponga en juego su identidad.

La desesperanza y la muerte

No se ha entendido bien el principio de la causalidad psíquica propuesto por Freud. Puesto que el inicio de las historias personales se ubica en la familia, se ha aceptado a pie juntillas que la causa primera de todo lo que acontece en la vida de niños y adolescentes debe buscarse en las relaciones primarias. Pero el concepto de familia que se maneja para estas causalidades se reduce al espacio físico del *domus* a las acciones y relaciones de la mamá y el papá con sus hijos e hijas.

Aunque parezca contradictorio, no son precisamente las hijas y los hijos quienes van a esos orígenes sino los adultos. En términos generales, cuatro serían las causas familiares que motivarían el uso de drogas: los problemas en la comunicación, la inestabilidad de la pareja, el maltrato y el abandono. Los dos primeros afectarían a todos los estratos sociales. Mientras que el maltrato y el abandono serían típicos de los grupos más desprotegidos de la sociedad.

Para el profesorado, los desórdenes familiares explican casi todos los usos. El colegio no es más que el lugar en el que se explicitan los conflictos que se producen en otros escenarios, especialmente los familiares. Nunca dudan de esta verdad: *La causa está en la desorganización de la familia, el núcleo familiar inestable*. A causa de la crisis económica, la inestabilidad familiar se ha vuelto intolerable hasta el punto de provocar su total resquebrajamiento.

No faltan padres que cuestionan sus relaciones con sus hijos. Consideran que se ha vuelto difícil querer a hijos e hijas a causa de los cambios, de los nuevos estilos de vivir la cotidianidad que contradicen las antiguas normas. Entonces, dice un papá, no es cuestión de dinero puesto que hay familias con una excelente situación económica y que pasan por el problema de hijos consumiendo drogas.

Conocemos familias con dinero y que no tienen ninguna necesidad, pero con problemas de comunicación, de amor, Pero ya no se sabe cómo querer a los hijos, es difícil, es difícil.

Pero hay algo más, algo social, porque hay familias que quizás tienen problemas y sus hijos terminan en las drogas, pero también conocemos otras familias en las que, aparentemente, no tienen problemas y pasa esto, Yo insisto en que debe haber algo que estamos haciendo mal los padres.

Ni las relaciones ni los afectos son incondicionales. La gratuidad no pasa de ser una fórmula social que pretende negar que todo se da a cambio de algo. Dar y recibir forman una unidad inquebrantable porque, de otra manera, los afectos se agotarían en sí mismos y no cumplirían su función de producir significaciones destinadas a construir, proteger y fomentar las relaciones. El amor sin interés no es más una enunciación romántica.

Por lo mismo, son necesarios diferentes lenguajes y metalenguajes, nuevas formas de mirar y de escuchar, de acariciar y de crear cercanías en las relaciones intrafamiliares que den cuenta de ternuras, respetos, exigencias y los límites. Parecería, en consecuencia, que esta sería una de las tantas fuentes de conflicto. Lo cual, sin embargo, no explicaría por sí solo los usos de drogas.

Solamente desde esta carencia de nuevos estilos se entendería el discurso de Kelly, una mamá para quien, parecería que la verdadera enfermedad no está en el uso de drogas sino en la ausencia de una nueva mirada en papás y mamás que llegan al punto de ni siquiera darse cuenta que tienen hijos adolescentes o, simplemente, hijos.

Es un descuido de los papás: no nos damos cuenta de que tenemos hijos jóvenes, Entonces (...) no tenemos el cuidado necesario, Aunque estén criados con el padre y la madre, se les da poca importancia en todo,

Cuanto más dispares y alejados, más difícil e incomprensible se hace la comunicación. Los chicos y chicas quieren pasar cada vez más tiempo con sus amigos y amigas entre quienes hablan lenguajes similares, se usan signos cuyos sentidos ingresan en las redes productoras de significaciones que dicen de la presencia subjetiva y colectiva en su mundo.

Es que no hay un acuerdo entre el padre y el hijo, El padre tiene una visión diferente a la que tiene el hijo, Y desde allí viene la ruptura en la comunicación,

¿Se trata de un sistema causal o solamente de un escenario necesario para que la familia, la sociedad y las drogas, con su tropel de

realidades y fantasmas, se presenten para hablar de sus complejidades? Condenados a ser libres, decía Sartre, condenados a elegir sin saber exactamente qué y para qué. Cuando ya no hay nada que elegir, mueren el deseo y la libertad. Hay papás y mamás que se apropian de la libertad de sus hijos adolescentes o niños porque se creen sus dueños tal como enseñaba la vieja tradición occidental.

No aceptan la libertad de una, Los padres mandan a hacer lo que quieren, tratan de escoger las amistades, quieren escogernos todo, Por eso nos salimos de la casa. Ni los hijos ni las hijas, ninguno quiere estar con ellos por ese maltrato,

Pese a que se vive en un siglo recién inaugurado, no faltan quienes creen poseer el título de propiedad de sus hijos. Ciertas corrientes psicológicas se encargan de justificar esa apropiación con los argumentos de la salud, la estabilidad y la libertad del sujeto.

Los mensajes de los versos de Bion, que cita Chbani,³⁷ constituyen un ejemplo claro de cómo para este psicólogo, que es maestro de otros psicólogos, el mundo sigue siendo rígido e inquebrantable, sostenido en una lógica que posee las preguntas correctas y exige las respuestas correctas. Las respuestas correctas ya constan desde siempre en los códigos inquebrantables de la tradición que cierran los caminos de la libertad. Desde este modelo, a las nuevas generaciones les corresponde repetir verdades absolutas de generación en generación, desde un rancio moralismo lógico.

Tengo seis honestos servidores
que me enseñaron todo lo que sé
se llaman qué y por qué y cuándo
y cómo y dónde y quién.

Los envió por tierra y por mar
los envió al este y al oeste.

Pero después que han trabajado para mí
a todos ellos les doy descanso

Han fallado sus padres

La droga representa un sistema de fantasmas pese a que se ha intentado convertirla en una realidad pura con el ánimo de desterrar de ella todo posible encuentro y reproducción de los imaginarios de

los sujetos y de las sociedades. En algún momento de los intercambios personales, el sujeto se relaciona con la droga en sus imaginarios, en los mundos de sus órdenes y desórdenes. Nadie se lanzaría a un uso, ni por primera vez, si antes no hubiese tenido ya cabida en las redes de los significados propios y de las significaciones construidas por él mismo mediante otras significaciones ya elaboradas por otros que le palabrean sobre ella. De hecho, salvo las actuaciones puras en las que la mediación de la palabra ha quedado extraditada por el peso de los actos, la droga ha dejado de ser real para transformarse en significado e interpretación, un doble juego, semiológico y hermenéutico a la vez, pero indispensable para que se dé un uso.

Se trata, pues, de efectuar el fantasma en el mimo que por una vez, la primera vez, lo produce. Es decir, pensar el acontecimiento y el fantasma que lo anida referidos al sujeto que lo va a usar sin el cual la droga no sería nada. De lo contrario, la relación sujeto-droga estaría desprovista de imaginarios que son los que, al fin y al cabo, se encargan de construir los sentidos de las experiencias. Más aún, aquí radica el verdadero sentido del uso y de su diferencia radical con el consumo.

La sociedad también construye fantasmas con el cuerpo de las drogas destinados a mantenerla a toda costa en el mal. Así se construyen los seductores casuales, los malos amigos, los perversos traficantes que regalan dosis iniciales. Sin estos personajes-fantasma, nadie la probaría por vez primera ni, menos aún, volvería a ella. A esto se refiere esa preparación que recibe una niña y que cuenta Johana:

Los amigos preparan a las niñas diciéndole que las drogas le hacen sentir bien y que les permiten hacer luego lo que les da la gana,

El acto puede resultar aún más sencillo y directo, tal como suele acontecer en ambientes en los que los formulismos han perdido vigencia. Se usa la primera vez *Porque los grandes dicen*, (Andrés, diez años), es decir, porque hay alguien mayor que lo ha experimentado, lo comenta e invita. Para un niño de siete años, otro de nueve es ya un mayor que puede enseñar.

Pese a que las dinámicas personales que provocan los encuentros con la droga se relacionan con las representaciones sociales, los adolescentes se ven impelidos a repetir el discurso oficial cuando hablan del mal amigo. De esta manera se construyen defensas que protegen de las culpas que de ninguna manera desaparecen por decreto de na-

die. El mal amigo es un personaje bizarro, el héroe de un relato que carece de sujeto definido, es el héroe de un sueño. El mal amigo es cualquiera, en última instancia, es el mismo sujeto, es decir, la compleja compañía de sus deseos.

El texto de Geovanni es bastante abarcativo y pretende describir un proceso en el que los deseos de una chica son actores y víctimas a la vez. Sin embargo, en la sencilla complejidad de la historia se hacen evidentes los fantasmas que representan a la chica, al indispensable mal amigo y a la droga y que hacen su entrada triunfal cuando el informante dice que, en general, casi todos los de su barrio usan alguna droga con lo que el fantasma del mal amigo adquiere el verdadero sentido.

En general, casi la mayoría de niños y niñas usa drogas, Porque a veces los padres les dejan salir, Le dicen, mami, mami, me voy a un baile que mi amigo me invitó, La mamá como, a veces, las quiere mucho, dice váyase, mi hijita, váyase dice, al baile,

Cuando ahí, en esos bailes, hay malos amigos, En todo siempre tiene que haber un mal amigo, Entonces, cogen y le dan drogas, Así comienzan a frecuentar y a frecuentar (el uso), O tal vez en una cita como de ir a comer, De ahí viene algo más, el baile, Y de ahí viene el alcohol, viene la droga,

A la mayoría de las muchachas les gusta andar en discotecas, andar por ahí jodiendo con los enamorados, Y, de repente, por ahí un amigo le ofrece drogas en ese baile, Y se acabó, Y vuelta la mamá ni sabe lo que pasa,

La última frase suena a moralista, a una queja por el descuido de la mamá y la desprotección de la hija. Pero también pretendería señalar que los saberes de la mamá nada tienen que ver con los de su hija, que una y otra caminan por léxicos, lenguajes y realidades diferentes. Desde fuera, se dice que el usador o el *adicto* se pierde, se anula en el consumo. Quizás podría verse desde la otra perspectiva, es decir, desde aquella que permita adivinar, sentir o sospechar que ese sujeto quiere librarse del laberinto de sinsentidos del mundo de la cotidianidad. La droga le proporcionaría rutas hacia significaciones que no encuentra en su vida diaria normatizada de conformidad a los principios de la sociedad o tal vez perdida en un caos por falta de normas, de privaciones extremas y de ausencias de esperanzas.

Para los adultos, existiría un escuadrón tétrico y perverso de chicos y chicas vestidos de falsos amigos cuya misión no sería otra que la inducir a los usos como si en ello obtuviesen algún tipo de ganancia. Posiciones maquiavélicas de otros que están a la caza de sus posibles víctimas. Como dice una profesora, esos falsos amigos están listos para aprovechar que la chica pasa por una depresión para caerle encima con la oferta milagrosa de la droga y dañarla para siempre.

No faltan los que dizque son amigos, A lo mejor esta persona está en un momento de depresión y es presa fácil para caer en ese tipo de vicios,

¿De dónde obtendrán esos falsos amigos tanto poder de convencimiento? ¿Por qué la palabra de la chica habrá perdido su poder de decidir desde su libertad? Lugares comunes destinados a simplificar la complejidad de la existencia humana. En los criterios repetidos de manera acrítica se determinan los sistemas de formación de estas prácticas del lenguaje en tanto estrategias discursivas que desconoce “el juego secundario de las opiniones”, según la expresión de Morey³⁹. Dos juegos diferentes e incluso opuestos que construyen saberes y actitudes opuestas. El texto de la profesora da cuenta de que se han construido lo que Michel Foucault denomina los “universales antropológicos” y que no producen otra cosa que escepticismo.

Con este universal antropológico del mal amigo, se han resuelto los problemas. Sobra que se busquen las razones por las que un niño de ocho años se fue de la casa y nunca regresó sino que se quedó atrapado en el “vicio” y *el niño no quiere saber nada de regresar,*

No existe fatalismo, pero tampoco una relación serial de causas y de actores que, como demiurgos, están destinados a controlar el mundo. Para el ejercicio de la vida, bastan los escenarios de lo cotidiano en el cual se crean y recrean saberes y se producen los juegos de los lenguajes, como en el relato de Javier de dieciséis años y que tuvo su primera experiencia a los once en los patios de la escuela.

Fue un primo mío que me dijo, Vamos por acá, y como yo le veía una persona sana, yo le dije, Vamos, Y él me llevó a una cancha, Y me dice, Sabes en verdad, Javier, que yo fumo la marihuana, y yo quiero que tú fumes porque esto es algo rico, tú te vas a sentir bien, en otro mundo, Y, bueno, para salir de la duda yo le dije, Sí, primo, vamos, preste para hacer,

No se da iniciación alguna que remede el ingreso a una cofradía de usadores o fumones. Lo cual no quiere decir que los inicios sean siempre del todo improvisados. Existen acuerdos, se hablan entre amigas y amigos, para hacerlo luego del colegio, en la fiesta, en la casa porque ahora no están papá y mamá o en el paseo o luego del cine. Pese a ello, en el fondo prima la espontaneidad que es más evidente en el caso de los niños que trabajan en la calle en donde todas las cosas, y no solamente el uso de drogas, se dan porque se dan, porque están ahí y no es necesario ir a buscarlas en supuestos lugares secretos.

Las cosas se dan sin conflictos. *Primero da un dolor de cabeza, De allí huele rico y ya, Pero si le pones “fresco solo”²⁴⁰, huele más rico todavía*, cuenta Andrés que tiene diez años. La droga es una maga que posee todos los poderes del mundo: ¿qué quieres tú? Dime, eso te doy, alegría, paz, aliviano tus penas o tus culpas, pongo luz en tus sombras o compañía en tus soledades, te elevo si te sientes demasiado enraizado en tu mundo, amplío tus pupilas para que puedas mirar la amplitud del universo y ver cosas que nadie ve, puedes conocer a Dios y al Diablo, porque para el usador está Dios, y para la sociedad el Diablo.

Todo depende del problema, se sienten aliviados de un peso, A veces les marea, a veces les da risa y no importa lo que digan las gentes (Johana).

Cuando le di la marihuana la primera vez a mi amigo, veía cosas raras, Se portó de otra manera, no habiendo nada, se imaginaba cosas, que allá estaba el diablo, que estaba el demonio, (Pedro, 16),

A un montón de gente no le coge la primera vez, No pasa nada, sobre todo la marihuana, Pero yo por ejemplo, yo la primera vez me pegué marihuana, me cagué de risa, y siempre es un cague de risa (Isabel, 16),

Al final de esa primera experiencia –comenta Johana– queda un sedimento que, posiblemente, será el armador fundamental de los malos viajes, de la necesidad de triquearse y de las angustias que, en muchos casos, sirven para saberse existiendo entre lo contingente y lo absurdo. La droga es siempre una impostora.

Luego sentir una tristeza porque se les ha fallado a los padres, Y segundo porque creo que ellos (usadores) también piensan que están haciendo un error en su vida,

La realidad no resulta de una experiencia. Pero esto no implica que se la pueda explicar, explicitar, señalar como si se tratase de una experiencia. Tal vez así se vive la relación con la droga en tanto usable o poseída para usos eminentemente metafóricos.

La construcción de sentidos

Preguntarse sobre lo que es droga resulta casi inútil puesto que desde hace cinco décadas no se ha dejado de hablar de ella de manera tan abierta que, parecería, todo el mundo sabe de qué se habla. Se parte, pues, de presupuestos que no han pasado por el tamiz de un análisis crítico que pueda desbrozar las ideologías para construir nuevas verdades. Por lo general, se ha entendido por droga a la sustancia que, como dice la Organización Mundial de la Salud, una vez que ingresa al organismo es capaz de modificar su sistema nervioso y alterar las conductas de la persona. Una definición demasiado genérica y centrada en una cosa que ingresa y produce cambios observables en el comportamiento en un medio social cualquiera.

¿Y lo no observable, como aquello que se refiere a experiencias internas sostenidas exclusivamente en imaginarios que arrebatan al sujeto en un tiempo mágico que responde no a la lógica de ningún reloj sino a la lógica fantasmal de los deseos? El conductismo es mecanicista y se caracteriza por dejar de lado la mayor parte de las realidades de la subjetividad que tienen que ver con la cultura, por ejemplo, cuyos efectos no pasan por lo registrable.

En 1989 ya pretendí sacar a la droga de la materialidad de una sustancia a la que se le conferían discursos, deseos, llamamientos, amores y violencias para ubicarla en las realidades mágicas y simbólicas tanto de la sociedad como de los sujetos. Sin embargo, los intentos no fueron suficientemente consistentes. Se decía, por ejemplo que existen escenarios para los encuentros entre la droga y el niño consumidor, “Allí niño y droga se encuentran y dan cuenta de sus propias dinámicas. Ambos aparecen como efectos de una red de relaciones sociales, económicas, familiares e ideológicas”⁷⁴¹.

El texto es importante pues revela la idea de conferir a las drogas una presencia casi humana, sustancia dueña de un poderoso discurso opuesto al discurso social de las prohibiciones, de los procesos edu-

cativos denominados de prevención y que acrecienta y fortalece el discurso del deseo del otro externo llamado consumidor, primero, y luego adicto.

En la actualidad, las preguntas no pueden dirigirse a esas sustancias que carecen de discurso, que son cosas externas y que forman parte de una naturaleza que está ahí para ser interpretada por los sujetos. La droga es una interpretación particular que sobre ciertas sustancias realizan los sujetos y que, mediante esa interpretación, las usan para conseguir ciertos efectos particulares que tienen que ver con formas especiales de producción de saberes y de afectos.

Así se busca colocar en el sujeto y no en la sustancia la producción de nuevas significaciones y de experiencias afectivas. Es decir, existe un compromiso fundante, no de la droga sino del sujeto que es el único que actúa sobre esa realidad para transportarla a nuevos registros del saber.

Cuando Don Juan enseña a su discípulo Carlos a cuidar, atender, proteger el peyote no lo hace porque el peyote lo necesite en sí mismo sino porque lo introduce en una suerte de ritos iniciáticos que le permitirán más tarde construir una relación con el alucinógeno con el que tendrá las experiencias y sensaciones que desee. Cuando el brujo y el discípulo ingieren el peyote, las experiencias no son las mismas porque no dependen de la droga sino de la subjetividad del usuario, de sus deseos y fantasías.

Existe, pues, una química, si vale la expresión, paralela e inclusive opuesta a la química de las sustancias. El ácido acetilsalicílico no es tranquilizante sino analgésico, no está para enfrentar las angustias, las desesperaciones, los vacíos encontrados en las rutinas de lo cotidiano y que amenazan con tragar al sujeto. Sin embargo, alguien puede hacer de la aspirina un dador de paz y seguridad. Pero aún hay algo importante, para el sujeto no se trata del ácido acetilsalicílico sino de una de sus presentaciones comerciales denominada aspirina y, más aún, de una casa comercial específica, la Bayer. Aún cuando conocía la persona que en el mercado se vendía aspirina con otros nombres, para él eso carecía de importancia, puesto que su relación estaba claramente codificada con la aspirina Bayer y no con otra.

Este sentido de droga tiene que ver con esa nueva interpretación que se hace de una realidad, de tal manera que intervenga en la pro-

ducción de saberes y afectos La droga es, pues, una interpretación, una construcción metafórica proveedora de sentidos con los cuales los usuarios se relacionan con el mundo y consigo mismos.

El término consumidor se refiere a la persona que ingiere la droga. El de usador al que crea una relación eminentemente interpretativa, lexical e imaginaria en la medida en que construye significaciones que no están en las cosas sino en los códigos de su universo simbólico e imaginario.

Esas frases pequeñas, casi simples, de los informantes conducen precisamente a este universo que ya no puede reducirse a ciertas sustancias que la sociedad persigue. *Bueno, actualmente, hay un montón de drogas*, señala Marisol. Y, dependiendo de las posibilidades económicas, las pueden conseguir todas. El testimonio del profesor Ángel es claro y se repite en todas partes:

En el medio las más conocidas son la solución o cemento de contacto, la marihuana, la cocaína, la base, y también algunas pastillas algunas de las cuales son antidepresivas o que tienen un alto contenido psicotrópico, A veces hacen unas sustancias, no, perdón, a veces hacen unas mezclas entre estas drogas, Entonces obtienen unos "injer-tos", si se quiere entre comillas, de otros tipos de drogas,

El lapsus del maestro es importante. Niños y adolescentes terminan construyendo, fabricando en sus laboratorios imaginarios, sustancias bizarras destinadas a producir efectos que tan solo ellos conocen o imaginan. También ellos, en la más genial de las alquimias contemporáneas, tratan de construir una nueva piedra filosofal no que convierta todo en oro sino que conduzca a sus usuarios a los encuentros con los placeres máximos, con el poder requerido para tener presencia en el grupo, con la libertad que anule los sometimientos, también para que señale las rutas que conducen a los saberes sobre mundos inéditos. María, la profesora, añade: *Para ellos sería fabuloso cualquier droga, por más cara que sea, con tal que les dé poder,*

El uso es el que determina la importancia de una u otra sustancia o de una mezcla. Si quieres, además de otras sensaciones, tener hambre, entonces usas marihuana. Si quieres *secarte* entonces eliges base o cocaína. Pero si quieres entrar en un combate sexual, la mejor elección es una pepa⁴² porque así lograrás los máximos placeres. Las pistolas son buenas aunque más caras, y las inyecciones no son reco-

mendables porque te puedes morir de sobredosis.

Las pastillas se utilizan para un combate sexual, Es decir, para satisfacer tus necesidades sexuales, De este modo excitas a la mujer o ambos se excitan, Algo parecido al viagra, pero callejero, ilegal, Hay que tener receta médica, pero no es necesaria la receta para conseguirla, simplemente es diplomacia, tú con influencias, en la calle tú puedes comprar en donde sea y tomar lo que tú quieras,

Carlos sueña con un estado vital de tal orden que el bienestar, el placer y las contemplaciones espirituales pertenezcan a todos. Este sería el mundo ideal por excelencia.

El estar drogado debería ser un estado natural comparable a un estado espiritual más elevado que, por una extraña razón, las drogas te permiten alcanzar, Tal vez algún día lleguemos todos a estar en ese mismo estado natural,

Para los más pequeños, el uso de medicamentos es mucho más errático que para los adolescentes. Cualquier cosa es buena para experimentar y esperar se produzca el milagro de estar-bien-en-el-mundo, sin restricciones. El relato de Marco es muy rico en sentidos:

Bueno, creo que también las pastillas son importantes, Cuando uno dice me duele la cabeza, pero no es verdad, Lo que quiere es tomar pastillas, le pide no más a la mamá o va a una farmacia pide tal pastilla, y entonces machacan y comienzan a inhalar por la nariz, O también en las casas tienen su respectivo botiquín, cogen y se van a su cuarto y dicen yo me tomo tal pastilla porque soy macho, no me pasa nada,

O, como dice Isabel, estuviste en verdad enferma, pero te das cuenta de que el jarabe que tomas para la tos hace algo y que ese algo puede ser conducido a otros espacios en tu interior y allí darle nuevos sentidos, nombrarlos de otra manera para que se registren con otros códigos en la semiología de tus sensaciones.

Entonces, yo me tomaba el jarabe y mi mami me compraba más porque yo decía que no me pasaba la tos, Después ya tú mismo compras, Eso es plenazo,

Cosas que pierden su realidad concreta y que ingresan en el mundo de la fantasía y que terminan retornando a la realidad subjetiva a través de las sensaciones que, a su vez, permiten que una droga sea calificada de *chiquita* y otra de *dura o pesada*. Allí se construyen las

verdades sobre lo que son las drogas, rutas que se exploran en los tiempos de las subjetividades y que marcan los cambios, los retornos, las mezclas y, como se verá más adelante, incluso los abandonos.

Se comienza con una droga chiquita que te va llevando a una droga más grande, Y así se va haciendo una cadena, una bola, Yo creo que con cualquier droga que se empiece, la siguiente que uno va a necesitar va a ser con mayor efecto,

Las nominaciones mágicas

A la semiología corresponde el tema de los sentidos que, hoy más que nunca, ya no son ni tan estables ni tan obvios como se creía. La pregunta es ¿hay diferencia entre decir marihuana, cilantro o cochoncha? ¿Se trata solamente de una sinonimia especial que nace en la coba y que carece de valor lingüístico porque ya se sabe que, le pongan el nombre que le pongan siempre significará marihuana y no otra cosa? ¿Por qué ciertas personas utilizan las mayúsculas para ciertas palabras en medio de un discurso determinado como, por ejemplo, escribir Verdad o VERDAD y no simplemente verdad? ¿Se trata solo de obtener un efecto psicológico por el énfasis o se busca una nueva significación a un significante que no cambia por la escritura sea esta con o sin mayúscula?

Para simplificar el problema, se podría optar por la noción económica de lo *contractual* que estaría presente en los hechos de lenguaje. Lo que los botánicos dicen de la marihuana, ¿forma parte de los saberes que a los usuarios les hace elegir esa hierba para usos específicos? Parecería que del significado botánico de marihuana no se puede hablar entre los usuarios porque ese significado sería una entidad que no está ahí ni en ningún otro lenguaje que no sea el de los botánicos. Los significados propios de las cosas utilizadas desaparecen a cambio de otros sentidos negociados entre los usuarios y que les permiten entenderse entre sí, además, relacionarse de distinta manera con esa droga de conformidad a las demandas realizadas a la cosa a través de su nombre.

Ni las palabras ni los lenguajes se agotan en los mensajes que transmiten o en las cosas o realidades que designan. Como escribe Bataille, al comentar a Renan, palabras y lenguajes sobreviven a sus

mensajes y nominaciones y dicen cosas que salen del sujeto y que no se las escucha ni entiende si no es merced a la presencia de otros oídos y otros ojos, la lengua puede “hacer que en él (el mensaje) se oiga con una resonancia a veces terrible, algo diferente a lo que dice, sobreimprimiendo a la voz consciente y razonable del sujeto la voz dominadora, testadura de la estructura, es decir, de la especie en tanto que habla”⁴³.

Las palabras y los lenguajes se encuentran íntimamente ligados al sujeto, como si formasen parte de sus miembros. Cuando escribes, comenta Eco⁴⁴, si desplazas una consonante e ignoras su poder y la relación con tu cuerpo, podría acontecer que cambie de posición alguna de tus extremidades, y quedarías brutalmente contrahecho por fuera, de por vida, y por dentro por toda la eternidad

Los léxicos están destinados a la producción de sentidos. En muchos sectores ya no se conoce el término base sino *perica*. Este término se relaciona con las formas del uso de la base de cocaína. Cuando se dice perro, todos entienden de lo que se trata como cuando entre los usuarios dicen *perica* que, en el diccionario de los usos, puede leer así: *Es el polvito que se meten por la nariz*. A la pregunta del porqué de este nombre se podría responder, con Eco, acudiendo a las negociaciones. Pero alguien dice saber por qué, relacionando con la forma que toma la boca del usador con el pico del perico.

Eso proviene de Colombia, Se supone, tú sabes, que el perico tiene el pico y cuando tú inhalas haces la trompita del perico, Y como tú inhalas, se le dice la perica, es la palabra de la droga,

Con el polvo hay que tener cuidado, si lo mezclas con marihuana, se convierte en una pistola. Entonces la pistola es un arma con la que puedes dispararte, herirte o incluso morir en una fatal sobredosis. El mal viaje y el blancazo no provienen de la marihuana sino de un exceso de pistola. Es la ruleta rusa pero con el tambor lleno de balas.

En algunos casos, las mezclas ya no representan una bala calibre U sino un bazucazo que, o bien puede conducirte, en cohete, a los lugares de las grandes sensaciones placenteras, o bien a la muerte blanca o, por lo menos, a los malos viajes.

La muerte no tiene color porque es la nada incolora, sumatoria total de las cegueras, tal como la describe José Saramago⁴⁵. Se trata de un blanco lechoso que es la nada. Así en el blancazo el sujeto se ha-

lla con los ojos perdidos, con el cuerpo perdido, con las ideas perdidas, con la angustia igualmente perdida que inunda la totalidad de su desorientación.

No estás muerto, pero parece como si estuvieras muerto, el man puede morir si no se le atiende,

El color del polvo conduce también a la producción de los nuevos signos: *navidad blanca*. Y por los malos viajes que puede ocasionar, se llama también *la puerca, el chanco, la cochoncha o los mariscos*.

De todas maneras, estos nombres de los derivados de la coca están ligados a lo conflictivo que implica su uso. Por una parte puede responder a los llamados del placer, la fortaleza y hasta el saber, pero al mismo tiempo, conducir a las experiencias de dolor, sufrimiento y angustia. Estas nominaciones poseen sentido. Probablemente no sean obligatorios estos sentidos para todos, pero permiten comunicaciones entre los usadores.

Desde hace algún tiempo, introducen la marihuana en la preparación de ciertas comidas, incluyendo postres. De esta práctica nace una nueva nominación para la hierba, *cilantro o culantro* que se une a otras como *grifa, monte hierba*.

Los adultos, por su parte, están bastante enterados de la mayoría de los nombres. Para ellos los usadores ponen estos nombres a las drogas únicamente para evitar que los sistemas de control y represión les identifiquen como usadores y para relacionarse mejor con los brujos o vendedores.

ENTRE EL PLACER Y EL SUFRIMIENTO

No se podrían trabajar las relaciones construidas entre los usuarios y sus drogas sin tomar en cuenta el tema de la identidad entendida como lo que representan los sujetos en sus procesos cognitivos y referenciales. Es de la identidad de la que se habla cuando se califica a los usuarios de adictos, por ejemplo, o de viciosos. Una identidad en perenne movimiento, de mujeres y varones haciéndose mediante juegos de lenguaje.

Las identidades representan procesos que suponen conquistas, adquisiciones y abandonos. Nunca un acto único y definitivo que perfecciona la presencia del sujeto en el mundo de una vez por todas. También se las entiende como apropiación intrasubjetiva de elementos y características que van conformando al sujeto como similar y diferente a los otros, dentro de una misma cultura. Se habla de identidades, en plural, para señalar que ningún sujeto es siempre el mismo ni el único a lo largo de sus días y de su historia. Si se realizase un corte sincrónico en esa historia, se encontraría un sujeto siendo diferente ante distintos acontecimientos, realidades o afectos.

La noción de semejanza resulta vaga y circular, lo que-se-asemeja-a. Ningún sujeto es uno e indivisible, cada uno es muchos. Sumatoria inconsciente de innumerables identificaciones ligadas entre sí por los movimientos de los deseos. La similitud conlleva la diferencia. No existen ni sujetos ni identidades universales. La identidad es diferencia y no copia y peor aún esa clonación especular, en tanto conciencia de sí propuesta por el idealismo hegeliano.

Ya se señaló que existe un horror a formar parte de un proceso de repetición hasta el infinito de imágenes construidas al otro lado del espejo en donde, por cierto, no se encuentra el yo de nadie. La identidad es referencia a otros, ya sea en esas partículas apropiadas de lo que los vídeos ofrecen a los adolescentes, ya sea en lo que de cierta

materialidad poseen las presencias de la mamá, el papá y otras personas domésticas y que hijas e hijos codifican e integran a sus vidas.

Por otra parte, es la cultura la que se impone al crear en los sujetos conjuntos de significaciones, de mandatos, normas y prohibiciones. De esta manera se organiza la sexualidad y las condiciones para señalar las diferencias entre los grupos sexuales (Tenorio, 1999). Dadas las especiales características de las drogas en el mundo contemporáneo, parece legítimo asumirlas como uno de los innumerables elementos con los que aporta la cultura para la tarea de construir identidades. Se podría argüir que las drogas no son parte de la cultura sino más bien elementos que atentan en su contra, una de las formas más perniciosas de atacar las raíces de las culturas en el mundo. Sin embargo, entre los sujetos y las drogas se construyen discursos que, por lo menos para los usuarios habitúes, no se trata de algo accidental, ¿acaso la sociedad no los identifica como drogadictos?

Por lo menos en esos casos de consumo más o menos permanente y en grupo, la droga ya no puede ser dejada de lado pues, en cierta medida, ya forma parte del *habitus* propuesto por Bourdieu⁴⁶ porque se dan construcciones eminentemente sexuales en esas relaciones. La identidad debería también ser leída como un conjunto de códigos, representaciones y usos del lenguaje puesto que crea espacios más o menos diferenciables entre los géneros y en los grupos.

Por otra parte, se ha ligado la droga al placer y a lo prohibido del placer o del placer prohibido posiblemente en tanto fuente de saberes. No es posible un placer que, en una u otra dimensión, no tenga que ver con lo sexual. No solamente desde el concepto psicoanalítico de libido y de goce, sino desde el hecho de que en la sexualidad se encuentra lo paradigmático del placer y de todo goce. Y sin ser lo único que se busca en el uso, el placer constituye la gran demanda realizada a cualquier sustancia. Por lo mismo, la droga aportaría nuevos paradigmas en esa formación del sujeto.

Finalmente, no hay que olvidar que la droga es un signo de los más privilegiados con los que cuenta en la actualidad el poder de la sociedad de los adultos para desvalorar a las nuevas generaciones. Para los usuarios es signo que marca la pertenencia a grupos amalgamados por su entidad mágica y volátil, por su presencia ubicua que crea otro tipo de malestar en la cultura.

Bienaventuranzas indispensables

Desde los imaginarios, las drogas ofrecen lo que el sujeto demanda y busca porque se trata de un icono dispuesto a ensamblar en su ser realidades múltiples, convergentes y contradictorias. Su valor depende del lugar desde el que las mira y se convoca, de los puntos de encuentro que se dan, quizás sin previo aviso, de manera casi espontánea.

Probablemente este sea el punto más álgido para entender la relación del sujeto con *su droga*, porque no se trata de los actos mecánicos producidos entre las “ganas” de droga que siente alguien y el consumo, sino de una relación intensamente personalizada producida desde la metaforización de la cosa que deja de ser tal para convertirse en algo mucho más significativo que la varita mágica de los cuentos de hadas. Parecería que en el sujeto usador se da un déficit metafórico previo que lo conduce a suplirlo mediante la droga cuyo cuerpo contaría, por el contrario, con un exceso de metaforización en la medida en que en ella se busca y se encuentra todo.

En efecto, como señalan los testimonios, cualquier droga te dará lo que tú quieras. No se trata de la sustitución del poder de las Hadas Madrinas que representa la visión más mecanicista de lo mágico. Con las drogas, tú construyes los efectos, es decir, existe una especie de compromiso personal que transforma el deseo volátil en algo eminentemente agenciado, como dice Lyotard (1989). Por lo mismo, si tú no haces nada, nada cambia.

En el cuento de hadas se te da y recibes los dones como acto de exclusiva benevolencia de otro (el Hada) que te elige por supuestos méritos que bien podrían no existir. Con las drogas acontece todo lo contrario: el usador elige y trabaja con esa elección hasta producir un producto no necesariamente previsto.

Es, cómo le digo, es otra nota, porque todas las cosas que uno quiere hacer se las hace, facilito, Si usted tal vez quiere tener una cosa o tener otra, bacán, usted lo consigue porque usted está con el efecto de la droga,

Este discurso se diferencia inmensamente del oficial que tan solo ve ingestas de sustancias que actúan, por su propia naturaleza química y siempre de espaldas al sujeto y que le conducen, de todas ma-

neras, al mundo falso de las alucinaciones, en unos casos, o de un bienestar hueco, en otros. Pero si se da una intervención directa del sujeto para conseguir un efecto determinado, es válido pensar que, desde una teoría del deseo, se podrá llegar mejor a los sujetos, por ejemplo, cuando se intenta realizar procesos educativos de prevención que poco tendrá que ver con lo acontecido hasta ahora.

Olievenstein⁴⁷, por ejemplo, únicamente ve drogadependientes, consumidores, drogas y toxicomanías. No puede descubrir niños y niñas muy pequeños que crean con las sustancias mundos mágicos pero reales para ellos. Le angustia constatar que los chicos que conoció consumiendo marihuana en jorgas de adolescentes ahora se encuentren en los barrios de París, Sainte-Anne o Saint-Germain-des-Prés, bajo los efectos de la heroína. No se preocupa más que por el cambio que se ha producido en el consumo de una sustancia poco conflictiva a otra sumamente adictiva. Pero no se pregunta qué buscan estos muchachos y chicas en cada una de ellas, cuáles son las dimensiones intrasubjetivas que han provocado ese cambio que le asusta. La idea de la toxicomanía le absorbe y le encandila.

Porque nadie se acerca de la misma manera que otro, cada droga se convierte también en escenario de alianzas que se construyen en la subjetividad lo cual, de alguna manera, explica por qué alguien usa una droga de manera más o menos exclusiva, como el que únicamente bebe un solo tipo de alcohol y no otro.

Esto permite que los usadores realicen distingos entre una y otra sustancia en esos momentos de la lógica de los deseos que es, en definitiva, la que ordena este mundo nuevo. No todos, por ejemplo, admiten que la marihuana sea una droga frente a la cocaína, las pastillas o el cemento de contacto que sí lo son en todas partes.

No existen escalas de efectos que correspondan a la semiología psiquiátrica clásica especializada en clasificar sin explicar. Desde la lógica de los deseos, lo primero que se busca es despejar la mente para contemplar las dimensiones de un mundo nuevo, ese estado de gracia original que permite al sujeto introducirse en algún lugar de una parábola de las bienaventuranzas hecha a la medida de sus identidades y con la materia prima de sus deseos.

Es chévere, si a usted le gusta, vacila, La droga te cambia la mente rapidito, La marihuana te cambia más la mente, La droga te asusta,

*Bueno, la marihuana también es droga, pero más bacán que el pol-
vo,*

*La coca sí te asusta, te hace imaginar o ver huevadas, yo vi la ga-
llina con los pollitos que me seguían,*

*La marihuana te deja grifote ⁴⁸ unas tres horas al menos, con ron-
cha, pasas todo voladote hasta el medio día,*

Estar *grifote* consiste en recorrer el mundo creado, sostener la experiencia de bienestar, porque *nosotros estamos acostumbrados a consumir la droga para sentirnos bien* que consiste en saberse siendo y viviendo de otra manera en el mundo de la cotidianidad quizás demasiado agujereada por las contradicciones del amor odio, importancia abandono, cercanía distancia, posesión carencia. *Si uno está triste, para sentirse bien y tener fuerzas, Para eso usamos.*

Grifote remite igualmente al abandono del sujeto a los excesos de lo imaginario que no es otra cosa que ese exceso de poder sobre la propia fantasía en la que se confunden los límites por un déficit o una decadencia de lo simbólico. Grifa es la marihuana, la hierba mitad sagrada y mitad profana, una semi-divinidad y el lugar de las posibles desvalorizaciones humanas, pero también grifos son los duendes de los bosques que señalan las rutas de la luz húmeda, pueden conducir al corazón de la vida a las obscuridades de la perdición.

Imagen pura de realidades a ser construidas para el uso, la droga es manejada como entidad mágica siempre dispuesta a apoyar la creación de sensaciones, experiencias, afectos únicos e irrepetibles. A través de los usos, la sustancia física se convierte, por obra y gracia de los lenguajes, en un sistema de signos en constante mutación y que pueden recorrer todos los vericuetos de la vida hasta adentrarse la obscuridad de la muerte. Se trata de un mundo en perenne renovación, como un caleidoscopio cuyo sentido mágico fascina cada vez más hasta, quizás, lograr que se produzca el milagro de que el sujeto se introduzca en ese interior de luces y figuras a formar parte de ellas.

Puesto que versan sobre imágenes, los textos de los testimonios poseen mucha similitud con los relatos oníricos. Estos relatos revelan las infinitas posibilidades de los juegos de lenguaje que se podrían realizar incluso desde quien los escucha. En otras palabras son ficciones narrativas, tal como Wittgenstein⁴⁹ entiende el relato.

“Lo que cuenta no es lo que dicen don Juan o don Genaro, sino lo que hacen. ¿Y qué hacen? Prodigios. Y esos prodigios ¿son reales o

ilusorios? Todo depende, dirá con sorna don Juan, de lo que se entiende por real y por ilusorio. Tal vez son términos opuestos y lo que llamamos realidad es también ilusión⁵⁰

Todo esto no sería posible si no se tomase en cuenta la polisemia de las palabras y la ficción etimológica que permite la construcción de nuevos significados para el sujeto tanto en el momento en el que vive la experiencia como en el relato que hace de la misma. En el relato se produce la ficción⁵¹ como cuando se relata un sueño⁵².

Así se pueden entender los siguientes testimonios en los que la marihuana no es una sustancia cualquiera, como dice la definición técnica, sino, por una parte, una compañía con la que puedes o no estar, aceptarla o rechazarla, y la correalizadora imaginológica e incondicional de tus deseos:

Por tus ojos ves lo que ves algo normal, pero cuando estás con la marihuana en el cerebro, te olvidas lo que estás hablando,

Cuando una está drogada, ve todo lo que quiere ver, Por ejemplo, si uno quiere ver un barco o un artista en una pared vacía, lo ve,

Sacando notas, se botan al río y salen corriendo y vuelta vuelven porque piensan que les sigue la policía, y total no es nadie,

Cuando hablan de “ver” no se refieren necesariamente a experiencias alucinatorias sino intensas sensaciones que poseen la virtud de crear esas presencias en ausencia, cercanías en la distancia, y que luego son vertidas en usos lexicales particulares como acontece en los relatos oníricos. Es el afecto que moviliza la memoria y conduce más allá de los recuerdos, a las reminiscencias en las cuales la sensación de la presencia de lo lejano, ausente o perdido bordea la realidad. Al respecto, la informante trata de ser muy clara, por eso realiza los distinguos necesarios de tal manera que no se confundan las experiencias.

Para Octavio Paz en esta imagología se da una clara relación con el humor que “se desliza insidiosamente” como si todos estos relatos de los usuarios no fuesen otra cosa “que una larga tomadura de pelo”. En los relatos no se puede dejar de descubrir cierto sabor a vacuidad, pero es la misma vacuidad que se encuentra en los más abigarrados discursos científicos o en aquellos que enseñan a hacer nada con palabras, como señala Borch-Jacobsen⁵³.

Cuando una está drogada, aunque la persona no esté aquí, se la ve, se la siente como si estuvieras al lado de ella, Pero no se la puede tocar, pero es como si la estuvieras abrazando,

En esto consistiría *tener o estar en notas*. La más importante de todas las notas, es la buena nota, aquella que conduce a los sujetos a lugares ideales destinados a producir lo que más necesitan para estar en el mundo de manera elementalmente decente, bienestar. Algo sencillo, un casi nada que, sin embargo, les ha sido negado. Lo imaginario es el mundo en el que todo es posible. Bastián Baltazar Bux no alucina, no ha ingerido ninguna droga ni querría hacerlo. Simplemente imagina un mundo organizado mediante un texto que le permite crear la maravilla de léxicos que le facilitan enfrentar nuevas formas de realidad en su mundo conocido. Es decir, ingresa en el reino de Fantasía⁵⁴ para reorganizar su existencia y renombrarla y, al hacerlo, proveerle de una nueva existencia.

En Fantasía reina la imagen, es decir, las percepciones. Sartre se pregunta si con la imagen se producen aprendizajes o saberes. Las aclaraciones que realiza respecto a las formas de presentar las percepciones facilitan su comprensión. “Cuando digo: el objeto que percibo es un cubo, formulo una hipótesis que me puede obligar a abandonar el curso ulterior de mis percepciones. Cuando digo: el objeto cuya imagen tengo en este momento es un cubo, formulo un juicio de evidencia: es absolutamente cierto que el objeto de mi imagen es un cubo. ¿Qué quiere decir esto? En la percepción se forma lentamente un saber; en la imagen, el saber es inmediato”⁵⁵.

Una importante conclusión de este análisis es que no se aprende una imagen porque “la imagen está organizada exactamente como los objetos que se aprenden”. De lo cual se podría deducir que la imagen será siempre más cierta que la proposición que necesitará criterios externos de verdad que será otra proposición.

La experiencia no pertenece al orden del pensamiento sino al de la imagen y de la sensación que es otra forma de imagen en tanto se registra única y exclusivamente en el cuerpo. Lo común es que se mezclen imagen y sensación.

Por eso mismo, uno se siente alegre o se siente así triste, como decaído, Cuando tú estás drogado, no estás pensando con tus cinco sentidos, tú simplemente lo que haces es vivir lo bacano, chévere, No estás pensando que no tienes qué comer más luego, No estás pensando que tienes que ir a la casa a tener problemas con tu padrastro, Estás chévere, estás bacán, estás en un mundo aislado en donde tú solo eres el chévere,

Imágenes y sensaciones se transforman en metáfora cuando se habla de ellas, como en este testimonio que no deja de insistir en el carácter individual de la experiencia. Aunque se esté en grupo y se consuma lo mismo, cada uno se ahondará en imágenes que no surgen de la nada y que tienen como destino remitir a una realidad otra. No se trata, por ende, de las vanas fantasías buenas para nada, como explicaba el profesor con el propósito de restarles toda importancia, además que para cierta psicología fantasear forma parte de los malos síntomas de los adolescentes.

Esta ruta se tiene que recorrer una y otra vez pues conduce a la mina inagotable de los imaginarios. Pero no se regresa al uso por la sola materialidad de las imágenes sino porque, poco a poco, se van construyendo sistemas de códigos que permiten entender los significados y producir nuevas significaciones en cada experiencia. Si siempre se percibiese y sintiese lo mismo, el retorno sería esporádico hasta abandonarlo por inservible.

Aunque los usuarios pretendan hacer distinciones claras en cuanto a los efectos, sin embargo, cuando hacen referencia al organismo de cada quien, están poniendo límites a sus afirmaciones. Nada es seguro pues todo se caracteriza por la equivocidad e incluso por el engaño, no de la droga, sino del sujeto que aparentemente quiso algo determinado y terminó produciendo otra cosa.

El efecto de la marihuana es retardado, se demora, Te puede quedar la boca agria, te da sueño, te irrita, Pero esto ya depende de ti y de tu capacidad económica para sustentar tus vicios,

Otra es que la marihuana te da también la chantona que significa que te quedas callado, tranquilo o todo triste, Depende de cómo sea tu organismo,

Pero si tú estás tomando y quieres doblarle al otro, mostrarle que tú tomas más que todos los demás, jalas un par de pistolas, y te quita toda la borrachera, Tú puedes seguir tomando, y no comes, no te da hambre, Ese tipo de drogas te alteran los sentidos, te ponen alerta,

En cambio, fumando la marihuana y tomando te provoca sueño, pero en el ambiente sexual, ahí sí eres totalmente un fraude con el polvo, eres un fraude total, no sirves para tener un combate sexual, pero con la marihuana o con las pepas es diferente,

Desde afuera se califica el reiterado retorno al uso como la fuerza del vicio que impide realizar otras opciones. El adicto carecería de vo-

luntad pues se ha dejado dominar por el poder de la droga. A partir de las construcciones imaginarias, la repetición tiene que ver con un compromiso que se va instalando entre el usador y la experiencia mas no con la droga que representa únicamente una realidad mediática.

Tú consigues en la droga lo que tú quieres, según tu predisposición, según la compañía, según tu estado de ánimo. Igual puedes terminar triste o alegre, hacer de la fiesta la gran fiesta o bien el espacio del aburrimiento, la soledad y el abandono, igual puedes perder la timidez y conquistar o quedar olvidado de todos si es que dijiste algo o hiciste cosas que los otros no aceptan.

Decir que es posible encontrar en la droga todo lo que se busca debería entenderse como parte de la ficción producida por los juegos del lenguaje destinada a señalar que los usos se realizan desde los deseos y que estos deseos no son absolutamente erráticos ni vacíos sino que actúan en tanto agenciados y, por último, que allí se producen acontecimientos que exigen interpretación. El relato del usador es ya producto de interpretaciones.

En las fiestas se drogan para sentirse más alegres, perder la timidez, Por ejemplo, yo me siento tímido y quiero sacar a esa chica pero me da vergüenza, y uno drogado no está viendo nada, Hacer cosas que en sano juicio, con los cinco sentidos, no lo harías por temor o vergüenza o por respeto,

Los efectos que se logran en los usos no dependen de las drogas sino del sujeto. Este principio cambia las aproximaciones que se efectúan en torno a esta realidad que trae problemas a la sociedad. Si bien es cierto que, desde las libertades individuales, los usos se legitiman, desde las convivencias las cosas no son tan sencillas. Al insistir en las realidades metafóricas que se producen en las experiencias, se trata de ofrecer otra interpretación que rescata la individualidad y los sentidos que se producen.

Los entrevistados no cesan de insistir en este factor subjetivo y, al hacerlo, de manera indirecta ponen en entredicho las campañas de erradicación de que es objeto la droga e, indirectamente, los usuarios. Lo mismo puede decirse de las campañas de prevención del uso organizadas en torno a las drogas y no en torno a las realidades que las subjetividades construyen y viven.

Sí, por supuesto, El estado de ánimo tiene que ver en toda circunstancia, Si uno está medio deprimido, le da sueño, le dan ganas de dor-

mirse, se triquea⁵⁶ y da más miedo de que le cachén⁵⁷, Pero sí estamos frescos, es chévere, Y depende de cuánto nos fumemos, por ejemplo, podemos estar en una fiesta del colegio donde hay gente, pero si es un buen vuelo, qué importa, fresco, igual todo el mundo está tomando alrededor, todo el mundo está en su propia farra,

En última instancia, se trata del gusto de cada cual. Pese a que niños y adolescentes no dejen de hablar de vicio, este término no posee la misma dimensión descalificadora y persecutoria que posee en boca de los adultos y de las instituciones de control. A nadie le gusta tener en casa una mamá o un papá cargosos o profesores rígidos que se preocupan más de la disciplina y del cumplimiento a raja tabla de reglamentos hechos no para los estudiantes sino para un régimen de control.

En cambio, a todos les gustaría vivir en un medio de paz, de ecuanimidad y de respeto. Pero como no siempre es posible este ideal en la casa y en el colegio, van a otro lugar en el cual sí sería posible. *Qué va, loco, no siempre se puede estar chévere, sería bacán,* dicen. Pero pese a este convencimiento, han optado por usos que también por momentos les permiten satisfacciones que faciliten el ejercicio del poder. Mucho más de lo que suele admitirse, existen casas y colegios que, por sus estilos de vida y condiciones existenciales, se han convertido en prisiones para purgar largas condenas por delitos desconocidos.

Nos gusta, y es una forma de escaparnos de todo lo que pasa en el colegio, en la casa, Cuando fumamos, estamos felices, pasamos bien,

Los adultos ya se han pronunciado respecto a estas experiencias y las han calificado de ilusas fantasías que no sirven para nada más que no sea dañarles la vida y conducirles a toda clase de males. Sin embargo, reconocen que en todo esto se da un grado de satisfacción por más irreal que sea aunque se desconozca cómo es posible producir satisfacciones en lo irreal. Son experiencias, dicen, de drogados que no corresponde a la realidad de la vida. Realizan con las drogas lo que no quieren o no pueden vivir en lo cotidiano. Habitan un mundo en el que todos querríamos vivir, dicen las profesoras, pero que es imposible:

Entonces, es una manera de sentirse grande y de realizar cosas que no lo pueden hacer, Claro que las drogas hacen sentir mejor a la persona, Pero ese mundo que imaginan no se puede vivir porque hay problemas, no puede ser, necesitan un gran equilibrio,

Quieren sentirse bien para bailar mejor, para poder hablar más bacán con las amigas, O se sienten sin valor para poder enamorar a alguien y tal vez quieren consumir droga para tener ese valor que no tienen,

Si finalmente el chico tímido y receloso logró conquistar a la muchacha, ¿valía la pena la ayuda de la marihuana?

Un mundo mal organizado

La búsqueda de poder podría ser la puerta de entrada de los niños a los usos que consisten en cambiar de nombre a las cosas sencillas de lo cotidiano como, por ejemplo, al hambre ponerle el nombre de hartura, a la ausencia presencia, al trabajo estudio, a la calle casa, al maltrato buentrato, al no significar nada ser importante para los otros.

Imposible que no sientan que el enojo recorre las venas de su cotidianidad, que se mete irresistible en las miradas y en las palabras y hasta se decide a colorear de negro tinta la sombra que les persigue. Cómo aceptar sin más ni más que se debe estar en la pobreza como pez de lodo, cuando ven que existen otros que, como peces dorados, nadan en ríos de abundancia ¿Quién organizó de esta manera el mundo? La pobreza no es solamente limitación o carencia de bienes, de casa, de comida, educación o salud. Es, ante todo, encerramiento de la vida en la cárcel de la realidad concreta de la sobrevivencia diaria, es existir cada día y nada más, sin futuro. La pobreza destruye el mundo de la fantasía, de la imaginación, de la creatividad, de los pequeños placeres. Por esto y mucho más la pobreza es inhumana.

“Hoy en día, seis de cada diez niños viven en la pobreza. Al finalizar el año 2000, el 63% de los ecuatorianos menos de 18 años vivía en hogares cuyos ingresos monetarios eran menores al valor de la línea o umbral de la pobreza. Es decir, más de 3.000.000 de niños pertenecían a familias que sufrían privaciones o riesgos en la satisfacción de sus necesidades básicas de alimentación, vivienda, educación y salud. La línea de pobreza fue estimada en \$28 por persona por mes”⁵⁸.

¿Qué se querrá decir con “riesgos en la satisfacción”? A lo mejor, la pobreza también señala el riesgo de sentirse bien, de tener satisfacciones. Tal vez se trate de un lapsus del autor que conduce a que la satisfacción conlleva dosis de poder del que hay que despojar a otros.

La pobreza es un monstruo de mil caras y bien puede estar en los palacios, las mansiones, las iglesias, en los ricos, los sanos y los enfermos. La pobreza es la nada que invade la existencia y se come la alegría, los placeres y, de modo muy particular, la capacidad de soñar. El texto inicial de Ende es muy revelador. Fantasía está en peligro porque la Nada la ha invadido, es decir, la carencia de todo lo que permite crear e imaginar. No hay saber ni verdad, alegría ni placeres si se destruye la capacidad de imaginar, pues equivale a caer en la absoluta ceguera.

En la tierra de Podrepantano *había* un lago llamado Cálidocaldo. Pero un día el lago Cálidocaldo no estaba más allí. No se había secado, había desaparecido, en su lugar no había quedado nada

¿Un agujero? –gruñó el comerrocas.

No, tampoco un agujero. Un agujero es algo. Allí no hay nada.

¿Cómo si uno se quedara ciego al mirar ese lugar, no? –se le ocurrió al diminutense.

¡Eso es exactamente!⁵⁹

Los niños carecen de poder suficiente para enfrentarse a la invasión aniquilante que devora los lagos de sus fantasías. La nada es carencia de poder, por más mínimo que sea. Prácticamente todos, niñas y niños, no dejan de mencionar el juego del poder en el que se introducen a través del cemento de contacto. De hecho, son los niños más pobres los que usan el peganol. Pero la Nada en Ende, como señala Paulina Mogollón⁶⁰, no es el fin total e irreversible, sino el punto de partida hacia otras creaciones. ¿Será posible partir de los usos y de las experiencias sensoriales en el cuerpo para crear con los niños y las niñas otras realidades que no huelan a goma pero tampoco al mo- ho de la falsedad de las palabras de los discursos oficiales?

El poder es el producto de paulatinas adquisiciones mediante una especie de aprendizaje que se da en los usos. Recuérdese el largo y complejo proceso en el que ingresa Carlos Castaneda⁶¹ para aprender a relacionarse con el peyote y hacer de ese uso una fuente de poder, de ese poder del que hace gala don Juan.

Los niños ejercitan el poder de dominio sobre los demás mediante juegos de guerras tomando como modelos a los personajes de los dibujos animados con los que recrean la presencia de sus enemigos que se encuentran en casa, en ese papá que castiga con el chicote y en la sociedad a quien no le importa si comen o no pero que sí está muy

preocupada porque usan goma para callar al hambre o soportar el frío.

La función primordial de lo imaginario es proveer del poder que conduce a la creación de todo lo que existe en la vida de cada sujeto. Su destrucción implica el advenimiento de esa cosa horrible que es la muerte. La fantasía es la señora de los deseos y el soplo vital de las existencias. “Y todas las criaturas, buenas o malas, hermosas o feas, divertidas o serias, necias o sabias, todas, estaban allí solo porque ella existía. Sin ella no podía subsistir nada, lo mismo que no puede subsistir un cuerpo humano sin corazón”⁶².

Esto no difiere mucho de lo que dicen los niños. Javier comenta:

Digamos, ellos quieren ser los dueños de la tierra, A veces se ponen a pelear entre ellos, y uno dice yo soy el dueño de esto, y comienzan a comentar, yo te saqué a palmar⁶³ o, digamos, yo te saqué a flor,

“La metáfora es un tropo, una figura del discurso que tiene que ver con la denominación”⁶⁴ El niño pobre y divertido es nominado como dueño y señor de posesiones mágicas. En cada sujeto se da una lucha sin cuartel entre el sometimiento a la dureza de la realidad pura y la construcción de alianzas con los imaginarios. La función mediática de las metáforas facilita nominar de otra manera las realidades que constituyen su cotidianidad. La metáfora es siempre un juego traslaticio de significaciones que, en las interrelaciones humanas, posee la virtud de organizar tanto los contenidos simbólicos como las realidades.

El diablo es una construcción metafórica pero no así el hambre que corroe las habitaciones interiores de los cuerpos. Al hambre se le engaña con cemento de contacto, pero en su lugar puede aparecer el diablo para recordar que esa lucha por la sobrevivencia no termina y, menos aún, la lucha por los pequeños espacios de reconocimiento que todos requieren.

Javier tiene doce años de edad y muchos más de necesidades y privaciones puesto que, como todos los niños y niñas con los que habita las calles de Santo Domingo de los Colorados, su vida es la sumatoria de todas las privaciones soportadas hasta hoy. Hambres y necesidades de las historias de su papá y de su mamá, exactamente como Cayo Blanco, el niño mayor que murió víctima de la pobreza. Es todo esto lo que le convierte en ser metafórico.

Entonces, cuando salen a las calles, la goma les hace pedir comida, O si no, les hace sentirse como locos, Un amigo contaba que a veces ve visiones, él ve visiones a cada ratito, entonces le ve al diablo y comienza a pelear solito,

Sí, él ve visiones, Dice que le ve al Cayo Blanco, y que el Cayo Blanco lo llama y que quiere llevarle a gomear⁶⁵, le dice que venga, que se venga para gomear otra vez, Y él quería salir,

La cultura occidental ubicó siempre esta lucha entre el bien y el mal y ofreció la religión como aliada para derrotar al mal y llegar, por el camino del bien, a la salvación. Esos códigos religiosos, sin embargo, están bajo sospecha y ya no operan en un mundo atravesado por realidades que no pueden ser clasificadas por ningún organizador que se sostenga en referencias de corte maniqueo destinadas a reducir el mundo y a gustar las posibilidades de hallar y de crear.

La pregunta tiene que ver con la ética de la cotidianidad que no se hace con los grandes principios de los discursos sociales ya sean políticos o religiosos sino con las relaciones y las situaciones pequeñas que resolver. No robar, no pelear, no gomear, forman parte del decálogo para la pobreza que podría interpretarse como la prohibición de sentir hambre, la prohibición de exigir atención y la prohibición de defenderse de los maltratos. Muchos adolescentes usuarios de hoy, cuando niños o niñas, pasaron por la goma.

Yo he conversado con chicos que han estado en la calle, Qué se sienten cuando consumen el cemento de contacto, Y ellos me dicen que se sienten fuertes, o sea que no tienen miedo a nadie a nada, Quieren pelear con alguien, No tienen hambre, Y tienen energía de hacer el mal, Es como un mal viaje en la mente,

¿Qué otra cosa podría ser ese mal viaje sino la reproducción del otro viaje en lo real de lo cotidiano en el cual las privaciones pueden tomar la forma de esa nada horrorosa que no se puede mirar de frente porque significaría desaparecer en ella para siempre. Terminaría siendo imposible una existencia cuya experiencia sea la pérdida no compensada por algo más que la misma desaparición “Solo te falta algo y cada día te falta algo más, una vez que has sido atacado. Pronto no existiremos ya. (...) Porque no hay ojos que aguanten el contemplar una nada total”⁶⁶. Cómo no recurrir, entonces, a construcciones imaginarias con la goma para crear espacios, paréntesis que protejan de esa nada hambrienta de pobres e indigentes. Se trata, en última

instancia, de actos eminentemente salvadores de la vida que también la droga amenaza con destruir cuando se convierte en instrumento destructor en la conflictividad del sujeto.

La goma también es la droga de la pobreza. Volviendo a los textos de Sartre sobre lo imaginario, se puede pensar que las imágenes que se producen al gomear responden a las condiciones particulares, al estilo de la cotidianidad, a lo que allí y desde allí se vive, a las metáforas que las condiciones lexicales permiten construir.

Tratándose de niños producidos en la violencia, los imaginarios se verían abocados a resolver esos problemas acudiendo a la violencia. En el niño o niña usador lo gratificante sería tan pobre que las fantasías se verían reducidas a espacios cada más exiguos. El mundo de Fantasía de cada uno de estos niños está siendo devorado por la nada, y la goma no ayuda gran cosa porque las construcciones imaginarias no pasan de armar la lucha.

No sé si es chévere o buenísimo, A ellos les viene a la mente otros pensamientos, Como que se alocan, Se les va la mente, Les viene a la mente un aire fresco, de allí piensan otros pensamientos, Entonces pueden no sentir nada, es como una estatua, Y no sienten los golpes,

¿Hasta qué punto se vive con la insensibilidad de estatua en la intemperie de la pobreza y el abandono? La estatua es monumento al despojo y a la muerte, a la ausencia y al silencio, metáfora de la existencia que ha congelado los deseos. Es la nada bajo la apariencia de ser alguien que la sociedad bien puede tomar como referencia de acciones que no dan ningún resultado porque lo primero que habría que hacer es desencantar a las estatuas y volverlas niños y niñas capaces de apropiarse de todo aquello de que fueron despojados: el cuerpo de las ternuras, las palabras de protesta, los sueños y las querencias.

El ser humano es eminentemente mimético como estrategia para ocultarse de sí mismo y no perecer, para no saber del fantasma de la muerte que acude cuando ha perdido verdades. Mimetismos que terminan en disfraces como los producidos en los juegos de lenguaje. Se puede afirmar que la racionalidad funciona a partir de los lenguajes tomados como realidades paradójicas y contingentes.

Las experiencias vividas con las drogas dan cuenta de un proceso de mediación entre el sujeto y la realidad externa, la familiar y la sociedad, y también entre el sujeto y su estar en el mundo de los otros.

Así se construye la identidad que tiene que ver con las nominaciones que los otros producen para señalarlos ya no con el nombre de pila que no cuenta sino con los otros léxicos que regulan las relaciones entre sí y con los demás: gamines, pandilleros, niños de la calle, niños en la calle, muchacho trabajador, adolescente prostituta. Nominaciones de segregación y de rechazo, pero también de apropiación por parte de personas o de entidades encargadas de las beneficencias, es decir, de las que hacen el bien, pese a que no se tenga claro en qué consisten el bien y el mal para estos niños y niñas.

Los usuarios quedarían atrapados, unas veces, y otras liberados al juego del don. Es decir, a lo que supuestamente la droga da, cuando en realidad la droga no da nada sino que es la vía arbitraria y paradójica al mismo tiempo de lo que el usuario construye mediante un determinado uso.

Los que consumen droga dicen que es bueno para tener su propia vida, vivir como a ellos les da la gana, Bueno, por algunas partes pueden hasta morir, otras seguir haciendo lo que a ellos les interesa,

En consecuencia, se podría decir que la droga está como escenario en el cual se reproducen los dramas o tragedias personales de la producción y entrega de los dones de conformidad a la dinámica subjetiva de los deseos. Existiría, pues, un sentido de arbitrariedad en la droga como una de las condiciones básicas para que se produzcan los usos y se establezcan las relaciones reiterativas y eminentemente paradójicas porque mientras se producen experiencias placenteras, mientras se silencian las voces del hambre, el mal crece de manera incontrolable⁶⁷.

¿Por qué invertir en marihuana todo lo que estuvo destinado para ropa nueva? Por vicioso, dirá el discurso oficial. ¿No será, acaso, para cerrarle el paso a la invasión de la nada mediante un tablado surrealista en el que pueden codearse sin rechazos la posesión y la carencia, lo imaginario y lo real, los amores y la resurrección de las vidas propias transformadas en estatuas o la develación de las vidas que estuvieron deambulando por el barrio en forma de estatua? Desde afuera no se verá más que la contradicción ininteligible y absurda que hay que redimir con un toque de realidad.

Una vez tenía ochenta dólares, Un amigo me dice, vamos a comprar fundas, y le digo, vamos, Era para comprarme ropa por año nue-

vo, En lugar de comprarme ropa, nos fuimos comprar al puerto como media funda y el resto en inyecciones,

Excitaciones ilimitadas

Con el movimiento hippy, las drogas y la sexualidad constituyeron una pareja inseparable. Hacer el amor y no la guerra fue algo más que una consigna ante las circunstancias derivadas de la guerra de Vietnam. Significó la propuesta de una nueva generación que empezaba a construir otra forma de ver, entender y vivir el mundo. Para lograrlo, no hubo otra alternativa que realizar un corte con los códigos de la tradición porque habían caducado por vacíos y contradictorios, porque representaban engaños propositivos destinados a dominar bajo los principios irrefutables de la ética del bien común que tan solo servía para camuflar los turbios designios del poder. Si allí apareció la sexualidad, no fue por accidente sino porque su posesión en la subjetividad se transformaba en un paradigma de autonomía y pertenencia. Había que liberar a la sexualidad encarcelada desde hacía veinte siglos por los códigos religiosos y sociales para devolverla a su único dueño, el sujeto.

Frente a un sistema rígido de control de la sexualidad sostenido por el cristianismo en occidente que marginó sistemáticamente a la mujer de sus derechos, sobre todo, a lo placentero y gozoso, las nuevas propuestas señalaron las rutas de las realizaciones personales, de los goces compartidos en libertad.

Hasta antes de los años sesentas, las drogas no habían sido tratadas como tabú pese a que se les había utilizado copiosamente en Europa por los artistas casi como parte de los signos que constituían la vida bohemia. En cambio, sí la sexualidad cuyo ejercicio, si no estaba destinado a la función reproductiva y buscaba el placer, constituía un pecado para la religión. Por lo mismo, cuando el nuevo movimiento habla de hacer el amor libremente y de separar lo reproductivo de lo placentero, la Iglesia pone el grito en el cielo.

Se trataba únicamente de devolver los usos a sus orígenes. La sexualidad usada como reproductora pasó a la sexualidad ya no como una función del sujeto ni de la genitalidad, sino como lo que permite a los sujetos vivenciar el mundo desde la masculinidad o feminidad.

No se produce un cambio en la orientación del uso, sino en la definición misma de lo que implica la sexualidad. Si se tratase de cambiar los sentidos de su uso, la sexualidad permanecería en su calidad de algo separado del sujeto, colocado por ejemplo en lo material de la genitalidad. La sexualidad, lo placentero y lo gozoso ya no son efectos de algo sino construcciones de la mujer y del varón definidos como sexuados per se. Así, la sexualidad se transforma en lo fundamental en la construcción de las identidades.

Es esta otra sexualidad la que aparece y se devela con la marihuana que una chica usa antes de hacer el amor. El placer, el goce y el amor no son redescubiertos ni hallados, deben ser hechos, es decir creados con su cuerpo y con el cuerpo del otro.

Cuando fuman, las mujeres se ponen más arrechas⁶⁸, se excitan más que los hombres, Sí hay manes que son más que recontra corroncheras, como aquí en el terminal esa putita, Las manes para irse a culear siempre se fuman su grifa, se van grifotas, amarrihuanadas, Así sienten más placer,

Así se condenan las nuevas concepciones de la sexualidad y, de paso, las de las drogas. Porque lo que escandaliza a la sociedad no es la marihuana ni el rock, ni el pelo largo, ni nada de eso sino una sexualidad obligada a dejar de ser propiedad de la Iglesia, de la familia o del Estado para pasar a ser lo constitutivo del sujeto, y a dejar lo oculto de las cuatro paredes domésticas para volverse pública, como es público el sujeto. Por lo mismo, los primeros riesgos no proceden del uso de la marihuana ni de los alucinógenos, el LSD por ejemplo, sino de las consecuencias sociales de otro uso de la sexualidad que ponía patas arriba las estructuras sociales de control. De hecho, las sociedades y sus instituciones habían utilizado por más de veinte siglos a la sexualidad como uno de los más grandes y eficaces mecanismos de control.

En el corazón mismo de la sexualidad se implantó lo que Foucault⁶⁹ denomina la problematización de los placeres que se han evidenciado en un conjunto de códigos de comportamiento sexual y formas específicas de subjetivación tanto para mujeres como varones. Uno de los cambios radicales de la sexualidad contemporánea es el hecho de que se representa a través de lo sensual, lo erótico, el cuerpo casi desnudo que invita al hundimiento en abismos de placeres desconocidos.

En gran medida, la ética universal se sostuvo en la ética de la conducta sexual reglada hasta en los más mínimos detalles con la finalidad de identificar con exactitud los desvíos hacia el mal. En principio, no debería calificarse de moral un acto por su sola referencia a la regla o a los valores. Esto porque para la cultura judeo-cristiana-occidental los actos y conductas sexuales terminaron representando las acciones y conductas que más claramente podían revelar los posicionamientos subjetivos e incluso colectivos en torno al bien y al mal, a la salvación o a la condena eternas. Lo sexual para el cristianismo romano representa no solamente el riesgo del mal sino el camino más concreto y permanente para ir hacia el mal porque considera que el pecado original fue un pecado sexual.

En esta historia de lo prohibido, la mujer es, al mismo tiempo, causa y objeto. Por su sexualidad y sensualidad entran el mal y la muerte en el mundo. Para sacarlo, para purificar la existencia de todos, la mujer debe ladearse, de una vez por todas, del placer y contentarse con ser objeto del placer del otro, ser madre, virgen y mártir en un solo acto y al mismo tiempo, como María, la madre de Jesús.

El destino de la sexualidad es la subjetivación en el campo de lo placentero. Desde estos nuevos saberes y posicionamientos, las mujeres ya no quieren ser unas convidadas de piedra al banquete de los gozos. Para hacerlo de otra manera, algunas han introducido en su estética del placer la droga como un elemento importante para la invocación y la experiencia de los goces. Por lo mismo, para sentir más y mejor, para estar en igualdad de condiciones que sus compañeros, arman con la droga los escenarios de placeres alucinantes que repiten una y otra vez bajo el principio de que el límite de un deseo es otro deseo. También un placer se limita por otro placer que llega luego.

Las chicas lo hacen así mismo, el mismo sistema que el hombre, Ellas están ahí dale que darle, Y a veces hay hombres que se buscan las peladas, esas peladas sabrosas, digamos, que le dicen: vamos a mi cuarto, como le gustó, porque así buena y sana no lo pudo decir, se ahuevó, se acholó, Pero ella va bien drogadota, y tal vez entra al baño, se pega sus notas, Y el flaco, el pana, el amigo que quiere le haga el amor, alguna cosa, Como ella está drogada, el man está dale y dale, el man puede terminar dos o tres o cuatro veces que ella sigue co-

mo nuevita,

Todo esto a causa del problema del placer puesto que la dinámica de la sexualidad quedaría definida, en palabras de Foucault, “por el movimiento que une las *aphrodisia*, el placer que se les asocia y el deseo que suscita. La atracción ejercida por el placer y la fuerza del deseo que lleva a él constituye, con el acto mismo de las *aphrodisia*, una unidad sólida”⁷⁰. En esta inmensidad de actos y deseos, para ellos y ellas la sexualidad ha quedado colgada de los cuerpos en tanto gozosos y gozantes. Actos de acercamientos, posesiones a veces anónimas y anonadantes. Se tiene la impresión de que cuanto más evidente se hace lo sensual y lo erótico, más se encierra la sexualidad en sí misma como si se tratase de un misterio que se resiste a dejar que se develen sus significados.

Los cambios no son fáciles cuando competen a la sexualidad, sobre todo, si se trata de las mujeres que debieron ocultarse tras su cuerpo igualmente deseado pero prohibido para sí mismas. Los nuevos paradigmas han hecho que se produzca otro <cultivo> (Foucault) de sí mismas a través de una nueva estética en la cual el erotismo, inclusive el desbordante ocupa el núcleo y la superficie. Este es el erotismo que puede salirse de cauce el rato menos pensado.

La chica estaba en una discoteca, supuestamente no estaba tomada, Y en un momento comienza a bajarse los pantalones enfrente de todos, y la gente no hacía nada, Y se desnudaba, y la gente no hacía nada, pero estaba ahí viendo, Supuestamente estaba drogada, estaba como perdida,

¿Qué debían hacer? La sexualidad y sus expresiones pertenecen a los significados producidos por los juegos de lenguaje dados en las intersubjetividades dejando así de lado todo intento de hacer de la subjetividad una realidad tautológica o especular. Los cambios que se han producido en las dimensiones y sentidos de las relaciones amorosas se encuentran en un proceso vertiginoso de modificación. De los lentos y fieles enamoramientos, se pasaba al noviazgo para llegar al matrimonio, meta deseada, soñada e impuesta. La historia se repetía al pie de la letra en torno a un matrimonio que se sustentaba en dos principios fundamentales: la exclusión y la durabilidad. Este modelo ha envejecido y muestras claros signos de decrepitud. Adolescentes y jóvenes han creado nuevas formas de relación amorosa, y para explicarlas, han acuñado un léxico que ni ellos mismos logran dife-

renciar y especificar.

Existen, pues, códigos que legitiman las relaciones y lo que puede esperarse y ofrecerse en cada una de ellas. Juzgadas desde la tradición, estas relaciones parecerán carentes de valores y perniciosas para los sujetos y para la sociedad. Pero analizadas desde las propias representaciones de adolescentes y jóvenes, las cosas son diferentes. Entonces se descubre la lógica y su razón de ser de estas nuevas formas de significar las equidades, los derechos, la feminidad y la sexualidad.

Ahora ya no es que te amarras con una chica, Ahora sales con una chica y estás con una chica, Una chica simplemente tiene el mismo valor social que un hombre, Tiene la misma capacidad de ir y agarrarse⁷¹ en la fiesta o acostarse con el que ella quiere, Y nadie le puede decir nada, Ahora es así,

Además, para las nuevas generaciones de mujeres y varones la vida sexual no se liga de manera necesaria con lo amoroso. Ni lo sexual ni lo amoroso pueden circunscribirse a criterios e instancias cuya formalidad se sostenga en la idea del matrimonio. Por lo mismo, buscan relaciones sostenidas en criterios de verdad, espontaneidad y libertad. Rechazan las ataduras esclavizantes y los controles empobrecedores que impone la sociedad. Para sus compromisos, parten del hecho de que la vida amorosa por sí misma no exige ni exclusión absoluta ni la eternidad como destino.

Consideran que lo amoroso no puede ser una excepción en un mundo caracterizado por la mutabilidad y la transitividad. ¿Cómo pretender perennidad cuando todo cambia a ritmos incontrolables? No se justifica realizar exclusiones radicales desde un inicio cuando los estilos de expresar lo sensual, lo erótico y lo tierno se basan precisamente en el principio de la espontaneidad y de la libertad que se ha vuelto alérgica al dominio. Piensan que la exclusión tradicional se sostenía en un sentido de propiedad que no están dispuestos a repetir. No es posible, pues, una relación que no incluya libertad y autonomía.

Sus nuevos léxicos organizan estas realidades y construyen lenguajes para dar a conocer sus posiciones ante los deseos. Pueden ser amigovios, amigos y novios al mismo tiempo, o pueden tener un vacile, es decir, una experiencia pasajera de intimidad que puede ir de los besos y caricias hasta a hacer el amor. O puede tratarse de un

agarre en el cual hacer el amor es lo fundamental en los encuentros ocasionales. Son formas de pequeñas alianzas que dan cuenta, no de supuestos descarríos de las nuevas generaciones, sino de las construcciones que lo amoroso exige en este mundo⁷².

Estas realidades y organizaciones lingüísticas no pueden dejar de lado los usos de las drogas que, en un momento dado, facilitan los intercambios en las relaciones y la separación más clara entre deseo, lo erótico y lo amoroso. Es lo que pretende explicar Alejandra:

A veces se usan drogas antes de hacer el amor porque hay veces que una tiene el enamorado o no es el enamorado y una quiere tener relaciones, entonces lo hace para sentir placer, Entonces una se sale de ese orden con otra manera de pensar,

Vale la pena volver al texto y retomar la frase *lo hace para sentir placer*. Aquí habría un antes y un después. El antes corresponde a las negaciones del placer que organizaron la historia de la sexualidad: los varones hechos con la legitimidad del placer, las mujeres viviéndolo a hurtadillas para luego tener que arrepentirse a través de una confesión más pública que privada.

Las cosas no han cambiado en la misma dimensión ni de los deseos ni de lo que proclaman los adolescentes y los adultos. Las chicas se reconocen aún en desventaja no precisamente frente a los usos sino frente a los posicionamientos de los varones que las siguen tomando como objeto. No es tan cierto que en los escenarios de las drogas las equidades sean la norma. Para ellas, la droga puede servirles para vivir la sexualidad a solas, para dejarse llevar por lo placentero sin la compañía de quien no da lo que ofrece. El siguiente relato habla de esa incondicionalidad de cercanías y ternuras que se esperan en las relaciones amorosas y que no siempre están pero que podrían construirse con la marihuana, como dice una adolescente.

¿Que por qué se prefiere usar una droga que tener un pelado? Porque la droga te acompaña, no te hace sentir mal, por el contrario, te hace sentir bien, Con el enamorado se sufre, y se está pendiente de con quién estará, La droga siempre está al lado de uno, En cambio a ellos la droga les puede hacer un pele, es decir, uno que abusa de una chica, Todos los hombres que están allí viéndole drogada abusan de la chica, Por eso para drogarse, hay que drogarse con una persona de confianza,

Cuando se materializan las metáforas que destruye el amor, los

usos cosificadores terminan sustituyendo a las relaciones interpersonales. Porque el mundo se achica y queda despoblado, hay muchos que se sienten viviendo en un desierto en el que las únicas compañías posibles son la droga y los otros usadores.

Hay chicos y muchachas que prefieren viajar mediante la droga, que adentrarse en los misterios de los goces cuando se comparten amores, ternuras y cuerpos. También se refieren a las dificultades que les atacan en las conquistas amorosas. Hay quienes, sobre todo chicos, han terminado aislándose del mundo de los otros, del suyo propio, pues tuvieron que abandonar el colegio con lo cual sus espacios existenciales se redujeron a la mínima expresión. En esos casos, los usos se tornan incluso compulsivos porque han terminado convirtiéndose en las rutas que quedan para el hallazgo de las satisfacciones existenciales que han perdido.

Se sabe que se puede obtener mejor viaje con la droga que tener una relación sexual, eso muchas veces es más placentero, Y la misma droga les hace olvidar del pensamiento de estar con una chica e incluso con su misma mujer,

Es la historia de mundos contrapuestos que pretenden vivir juntos y que lo consiguen a costa de debilitar y empobrecer otros sentidos de la sexualidad compartida para los goces.

En pos de gozos infinitos

La virilidad está llena de presuposiciones que se repiten a lo largo de los siglos y a través de las culturas como si se tratase de dogmas sobre los cuales no cabe la menor duda. El falocentrismo terminó transformándose en el punto de convergencia de todas estas verdades. Sobre el poder fálico incuestionable se levanta el edificio de la masculinidad y también de él nacen las armas que han servido para el sometimiento de lo femenino.

Se ha dicho que la feminidad es un misterio o, como decía Freud, un **“dark continent”** al que a nadie le estaría permitido entrar, ni siquiera a la misma mujer que nada sabe de ella. Se ha pretendido así construir la imagen y la realidad de mujer inscrita en lo inaccesible basándose en lo cerrado de su sexualidad y en lo hecho de que no existiría un indicador externo evidente que dé cuenta de su goce co-

mo, supuestamente, sí acontece en el varón en el cual la eyaculación equivaldría a la señal de su goce. En definitiva, la pregunta fundamental es ¿cómo goza la mujer? Y nadie, ni la misma mujer, podría responder de manera cierta.

La mujer no existe, aforismo lacaniano que surge de la posición falocéntrica. No existe porque carece del significante falo, porque para ella no existe el mito de una mujer absolutamente completa. En cambio la virilidad se construye con la leyenda creada por Freud⁷³ del padre de la horda primitiva que se apropió de todas las mujeres y castró o asesinó a sus hijos por el temor a que le arrebaten aunque sea una sola. Los hijos, cansados de la tiranía, se sublevan, lo asesinan y terminan devorándolo para incorporar su poder y manejar la culpa del parricidio. La virilidad se constituiría, en consecuencia, con tres elementos que no estarían en la mujer: la referencia a un único varón no castrado, a la propia castración y al parricidio.

Persistir en el falocentrismo significa, persistir en la razón fundamental que ha justificado la falta de equidad en las relaciones mujer – varón y mujer – sociedad, porque la sociedad, aunque femenina, está constituida, en tanto sistema de dominio, por el poder falocéntrico. Para fortalecer la relación amo-esclavo no hace falta únicamente el poder explicitado en la relación entre dos, es necesario un proceso sostenido de disminución hasta su mínima expresión del poder del segundo término. En este sentido, el falocentrismo es inexorable con lo femenino.

El conflicto dialéctico amo-esclavo se resolverá cuando el esclavo tome conciencia de que el amo no es otra cosa que el reflejo de su imagen. El idealismo hegeliano es envolvente y construye fascinaciones como cuando afirma que el problema del esclavo sometido deja de ser tal cuando descubre que conociendo al amo, al mirarse en él, se descubre a sí mismo pues se identifica con lo que el amo-espejo le revela, es decir, el objeto de su conocimiento. Trasladando esta proceso a la mujer en tanto esclava⁷⁴, la mujer se conoce a sí misma únicamente en el varón, es decir, reconociendo y aceptado el poder originado en el falo del que ha sido despojada y que constituye, en última instancia, su gran falta⁷⁵.

No existen lenguajes particulares, pero el falocentrismo se convirtió en el lenguaje particular de cada sujeto y de cada grupo para disimular sus propias debilidades. El falo es una metonimia del pene

en una posición de erección perpetua y de su poder convertido en égi-
da. Un báculo del poder que no sirve para nada si es que no se de-
muestra como tal a los ojos de la mujer. ¿Qué es lo que termina en es-
tos relatos sino ese poder que luego de un par de minutos ya no sir-
ve para nada porque no está?

*Yo te digo así, la droga no te hace acabar rapidito, No ve, hay ma-
nes que van a pegarse un palo al barrio, y terminan rapidito, en cin-
co minutos, En cambio si usted se ha fumado su grifo, usted como me-
dia hora está culea y culea y no se acaba, hasta que más vale lo que
se acaba es el pito,*

¿Por qué la metonimia fálica se transforma en el signo absoluto de
la virilidad? Por dos razones fundamentales. La primera para escon-
der su debilidad constitucional, ya que la erección es ocasional y se
somete a los juegos orgásmicos en los que se funde hasta desapare-
cer con la indispensable finitud del gozo. Segunda porque debe ser
demostrada y patentizada, algo que no acontece sino mediante la
mujer. La virilidad debe pasar su prueba de fuego con la mujer que
se convierte en el testigo real de lo que pasa en los mundos imagina-
rios. En este juego surge el fantasma de la impotencia que persigue
a los varones, de modo particular a los adolescentes.

Estos son los dos grandes temores que acompañan la virilidad y
que remiten a los misterios negados por la cultura pero que, median-
te desplazamientos ancestrales, han ido a parar en la feminidad.
Los varones hablan de los misterios de las mujeres, de los imposi-
bles de la feminidad porque así se apaciguan los demonios de las du-
das. El yo del varón hecho de omnipotencias fue colocado y desbara-
tado por Freud que prefirió, sin embargo, quedarse a las puertas de
la feminidad.

Estas rutas caminan los usos de las drogas en torno a la masculi-
nidad. Aliadas del sujeto para que sus signos del poder se sostengan,
para que los dadores de placeres que se caracterizan por su debilidad
se conviertan en todopoderosos e incondicionales y no desmayen en
lo que denominan *los combates sexuales*. La impotencia es la nada
que se come la fantasía de la virilidad prepotente y las armas con las
que ha dominado. Para los varones todo es soportable menos su im-
potencia, incluso en los dominios, muchas veces equívocos, de la ho-
mosexualidad. Si se logra construir un artificio que sostenga la po-

tencia, se ha llegado al paraíso de los placeres. Esta es la diferencia entre la virilidad y la feminidad que nada tiene que demostrar, que está, abierta y cerrada, acogiente y rechazante, cuando lo desea.

La Esfinge que se atraviesa en el camino de la virilidad es la de las dudas y adivinanzas sobre esta potencia. El deseo dice sí, pero no siempre tiene a mano el correlato de las erecciones eficaces. Sin embargo, también el deseo puede jugar malas pasadas a causa de los oscuros conflictos que lo atraviesan. El deseo se enfrenta siempre a lo que William calificaba de “cierta ceguera de los seres humanos” y que Freud vino a poner al descubierto con su teoría de la represión y del inconsciente.

Se vive un mundo eminentemente sensual y erótico caracterizado por propuestas de placeres innumerables y goces interminables que publicitan los vídeoclips en la pantalla. Para varones y mujeres se han construido paraísos exóticos a los que se arriba con una facilidad impresionante. Hay léxicos y significados de esta sensualidad que abarcan los continentes imaginarios de las personas y también de los grupos. A cada uno se le ofrece la magia de una canción, de un trago, de un cigarrillo o de una droga cualquiera. Basta decir *She bans*⁷⁶, para que aparezcan sirenas agenciosas de deseos interminables que te trasladan a los océanos de placeres que toman las formas de mujeres incontables que, negando su propia subjetividad, se cosifican para ti, tú eres el amo y señor de ellas que son solo cuerpo y que están a la disposición de tus complacencias.

¿Cómo responder a este llamamiento universal y arrollador? No es cuestión de realidades concretas, tangibles y manipulables. Son juegos de lenguaje, series interminables de metáforas y metonimias que construyen sin cesar escenarios para los sujetos obligados a literalizar esos tropos con el afán de vivir su cotidianidad, de ser contemporáneos de su propia época.

A este proceso Rorty califica de proceso social de literalización de los juegos metafóricos que se reproduce en la vida fantástica de los individuos. Este es el reino de Fantasía de Ende en el que todo es posible y que, sin embargo, se siente amenazado por la Nada si no se sostiene en los referentes simbólicos de los mismos lenguajes. “Llamamos a algo «fantasía», en lugar de «poesía» o «filosofía», cuando gira en torno a metáforas que otras personas no entienden, esto es, en torno a formas de hablar o de actuar para las que los demás no pode-

mos hallar una explicación”⁷⁷.

Relatos como el siguiente se repiten en los imaginarios de todos y en los que es posible distinguir algunos elementos constitutivos del deseo o momentos de la escenificación de lo placentero y lo gozoso: a) provocar y sostener el deseo en el varón, b) provocar y sostener erecciones indefinidas, c) sostener el deseo en la mujer, d) acrecentar hasta los límites inimaginados los placeres en ambos. Se trata de momentos lógicos y, al mismo tiempo, de metas que se deben cumplir para tener éxito en los juegos de la sexualidad.

Bueno, se usan drogas antes de tener relaciones sexuales porque ellos a lo mejor no tienen su deseo o no pueden desfogar o desfogan rápido, Con la droga, demoran para desfogarse, demoran bastante, Y también para que la mujer se sienta complacida, porque tal vez, no sé, en la mente sucede eso que la mujer no se siente complacida,

Como dicen otros amigos, oye, hazle así, hazle este otro, y fúmate tu nota, fúmate un maduro, fúmate una pistola, un bate, para que le hagas sentir mujer a tu mujer, para que no acabe rápido, O para hacerla acabar rápido unas dos o tres veces, mientras tú estás fresco como lechuga, Así dicen las malacrieces de los amigos,

Hay una nueva erótica que se reedita de manera permanente y que se produce con un mayor involucramiento de las mujeres y los varones en las relaciones amorosas y en la asunción del cuerpo fuera de las dicotomías y pares antitéticos que caracterizaron a la cultura occidental. Del cuerpo real hecho de anatomías y fisiologías se ha pasado a un cuerpo metaforizado. La estética es parte de este proceso porque construye modelos en los que la erótica, que denominaría la erótica de la finitud, juega un papel de capital importancia. De hecho, la estética hace que el cuerpo devenga casi obra de arte hasta transformarse en “experiencia de verdad”⁷⁸, como dice Vattimo, ya que el sujeto construye allí su verdad de estar en el mundo y porque sabe que los otros lo interpretan en su cuerpo tomando como referencia tácita la estética.

Pero cuando la metáfora se materializa, el cuerpo se vuelve real y puede ser manejado como un instrumento para la consecución de placeres. Hay un déficit de lo imaginario, se concretizan las relaciones hasta el punto de manejar las cosas como realidades casi puras. El afán por el poder se ha desbordado más allá de lo metafórico y ha oca-

sionado el hundimiento del ser. La metonimia fálica cae en lo real hasta el punto de tomar la erección en su materialidad destruyendo sus referentes simbólicos.

Entonces los muchachos han pasado del tener al ser. No solamente buscan la mejor erección que asegure los goces. De pronto, querían ser la erección misma, convertirse en el sentido extra que producen tanto la metáfora como la metonimia. Ya no son la parte que remitía a un todo inexistente, de pronto quieren ser el todo. Algunos sospechan que algo anda mal, pero no poseen las unidades de análisis que les permitan encontrar la causa de esos desvíos operados en sus códigos.

Antes de hacer el amor se usan drogas para tener una mayor erección, para que eso perdure, No es normal, pero se busca que eso se prolongue mucho tiempo, Que la eyaculación no sea rápida, o también que no se dé, que no se consuma,

Al colocar el polvo en el glande, se realiza el giro fatal hacia la concreción y la materialización de las metáforas. Desaparece o se empobrece el sentido de la otredad con la que se organiza y funciona la sexualidad por cuanto el deseo permanece atrapado en lo material queriendo encontrar allí la verdad sobre la sexualidad y el placer. Aunque se mencione a la mujer, ella queda cosificada, convertida en máquina de hacer orgasmos. Se volatiza lo mágico del cuerpo y de la droga y en su lugar aparece una suerte de locura en forma de un deseo feroz de permanecer gozando a lo largo de tiempos ilimitados. Se ha realizado de esta manera un *uso externo*, como dice el informante, modificando los sentidos culturales de la sexualidad, de los goces y de los mismos sujetos.

También hay un uso externo, O sea tú colocas el polvo en el prepucio, adelante, y te lo pones en el glande, o sea te pones debajo, O sea cuando tú pruebas coca, se te duerme la lengua, ese es un efecto, Y el efecto en el pene es así, te queda erecto un buen rato, Unas tres horas, claro, queda erecto, Te la pones así y el glande va creciendo, Entonces te encuentras una mujer que dice yo necesito no hacer ni dos ni tres, sino hasta cinco veces,

Estos usos en los cuales se cosifican el erotismo y el placer, terminan siendo una aventura solitaria. Extremos que se unen provocando la desaparición de los placeres originados en los espacios imaginarios y simbólicos del cuerpo. Parecería que allí el sentido mágico de

pareja que se funde en el abrazo amoroso se borra para que en su lugar se hagan evidentes los actos puros que son precisamente los que desaparecen cuando se hace el amor. La cita es de Octavio Paz: “Nuestra pareja tiene cuerpo, rostro y nombre pero su realidad real, precisamente en el momento más intenso del abrazo, se dispersa en una cascada de sensaciones que, a su vez, se disipan. Hay una pregunta que se hacen todos los enamorados y en ella se condensa el misterio erótico: ¿quién eres? Pregunta sin respuesta. (...) Los sentidos son y no son de este mundo”⁷⁹.

Cabría preguntarse si en estos usos no se da un intento de suprimir aquello en lo que el psicoanálisis ha insistido como uno de los principales pivotes de su teoría, las zonas erógenas que no tienen que ver con el cuerpo físico sino con los cuerpos imaginarios, cuerpos inconscientes que gozan o, por lo menos, que facilitan los goces. Roland Barthes considera que la perversión consiste en un régimen en el que el placer es textual⁸⁰. Este podría ser el *exceso*, al que se refiere Bataille, y en el que el espíritu, los lenguajes y las metáforas se reducen a lo utilitario.

Así tienes relaciones

El falocentrismo es la metonimia de los tiempos pasados que se resiste a desaparecer. Si a la droga se va desde la carencia, del orden que fuese, el poder que se construye con ella se ha ligado íntimamente a la sexualidad, incluso en los niños más pequeños en los cuales no disimula su discurso. Ellos también usan el cemento de contacto para dominar y someter a las niñas.

Hay chicos a los que les gusta estar con sus novias, drogarse y después hacer lo que les da la gana con su novia,

Los discursos se movilizan. A niños y niñas llegan de manera directa los decires y haceres de los más grandes y los imitan, pero las prácticas de los adolescentes les han enseñado que el poder ha de ser hallado más allá del cuerpo para vencer los temores y vergüenzas que interfieren los acercamientos a las niñas ubicadas en el otro extremo de los deseos quizás tempranamente movilizados. Así se fortalecen las representaciones de la debilidad transformada en fortaleza, la carencia convertida en posesión. De esta manera se consolida la

tradición de la posesión de las mujeres, como cuenta Johana:

Porque los compañeros le dicen, ten relaciones con esta chica, Y este chico no quiere, Y los compañeros mejor le dan droga, Y como ese chico también desea hacerlo, pero tiene vergüenza de hacerlo, le dan las drogas, Y cuando le dan las drogas como que les da más valor, y lo hace,

Las chicas se hallan igualmente inmersas en este proceso y, como sus pares adolescentes, carecen de una posición crítica que les facilite colocarse fuera de los procesos de reificación y asumirse como sujetos en libertad. Si bien los patrones de la vida sexual han cambiado de manera radical, para una niña no resulta nada fácil ingresar en la sexualidad fáctica de las relaciones interpersonales. Por su parte, los medios de comunicación, de modo particular la televisión, no cesan de realizar un llamamiento generalizado a amar y hacer el amor, a vivir la sensualidad y lo erótico como parte de estar en el mundo, pero las prescripciones familiares, religiosas, la ética personal y la misma edad ponen barreras a prácticas que no han recibido la legitimación suficiente.

Hay niñas que dicen que de entre los usos, el que conduce a la sexualidad es el más importante y hasta el único. Se habla de costumbre, es decir, de prácticas establecidas y de cotidianidades de las que, por ejemplo, las niñas de la calle no pueden escapar. Si los niños lo hacen, las niñas son sus compañeras indispensables. De esta manera se cierra el rito de la práctica.

El sexo, nada más, Y eso ya forma parte del hábito, una costumbre, Y para ellos es importante, Cuando digo que con las drogas se puede hacer lo que nos da la gana, digo que con las drogas puedes tener relaciones sexuales, a eso me refiero, Porque eso les hace sentir bacán,

Es bonito estar así fumando, con las amistades, Todo es bacán, me siento feliz, me envicio y nos relacionamos, Entonces nos olvidamos de trabajar, o llegamos tardísimo, No nos acordamos que tenemos que ir a la escuela, Eso es lo chévere y plenazo que nosotros decimos.

Como diría Nietzsche, en todo esto no deja de estar presente el sentido irónico de la historia y de la vida. Niñas y niños obligados a ser grandes y a abandonar su niñez en cualquier rincón de la pobreza y a quienes se les presiona con toda clase de amenazas a trabajar

y a traer dinero a casa. El mundo se escandaliza de que hagan el amor, se violen y se agredan, se escandalizan de que construyan verdades y saberes de gente grande, de que asuman actitudes, comportamientos de mayores porque aún se les sigue considerando pequeños, como si todo esto pasase únicamente por la edad y no por las circunstancias sociales que constituyen los estilos de vida.

Se combate a la droga como cosa, pero nada se dice de estas relaciones sostenidas en códigos que transitan con los usos y que no van a desaparecer por el solo hecho de que se prohíba la venta de pegamentos volátiles o porque se destruyan todas las plantas de marihuana del planeta. El problema no es ecológico, como dicen muchos. En todo esto hay un conflicto de dobles morales y de enfrentamientos entre las morales de situación que rigen el mundo de los adultos, y otra que sostiene la cotidianidad de estas niñas y niños aherrojados a las intemperies de las cosas probablemente sin otro sostén que estos usos.

La calle es el lugar de la intemperie psíquica porque la referencialidad del otro se pierde en los límites abiertos, indeterminados esencialmente móviles. Todo alrededor se moviliza, transita, nada queda, todo se deshace, todo da cuenta de su contingencia inevitable. Porque incluso los personajes de su propio domus, son igualmente indeterminados y ausentes. El cemento de contacto puede hacer las veces del dragón de la buena suerte de *La historia interminable*, sobre el que viaja Atreyu para salvar a la Princesa Infantil que está a punto de morir y, con ella, el reino de Fantasía. La goma les traslada a lo poco de mágico que les queda en la vida y a esas relaciones amorosas y sexuales que parecen ser ejercicios repetitivos de los encuentros sin los códigos que supongan los inicios de las pequeñas alianzas como acontece con los chicos y muchachas. El cemento pega relaciones inconclusas, aisladas o inexistentes, adhiere al cuerpo propio el cuerpo del otro porque así se viven las formas iniciáticas del gozo.

En 1989⁸¹ ya expuse lo que acontecía con estas niñas y niños. En ese entonces, ya respondieron las voces de quienes se creen los dueños de los niños del país y de los niños de la calle y que se consideran los únicos autorizados a decir la verdad y solo la verdad sobre estos niños de quienes hablan con unción en los discursos y en las promesas⁸². Ellos se resistieron a escuchar a los niños y niñas porque estaban acostumbrados a escucharse a sí mismos y a decidir, sin embar-

go, por ellos.

Dar más de lo que se puede

Para los adultos, las mujeres y varones que usan drogas sufren la enfermedad de la inseguridad que se manifiesta de manera privilegiada en la conquista amorosa y en el mantenimiento de las relaciones. Ya sea a causa de los conflictos familiares, o bien por sus propias debilidades, se hacen y viven con inmensas fallas que actúan de manera permanente y que intervienen en su sexualidad. Estas consideraciones no están llamadas a proveer de racionalidades suficientes para entender el problema. Por el contrario, evidencian la conflictividad general en la que viven e inclusive esos rasgos de maldad que los acompañan.

En general, la sociedad de los adultos no se detiene a realizar distingos, a echar miradas que permitan observar esa realidad desde diferentes puntos de vista para elaborar verdades diferentes. Por ejemplo, maestras y maestros tienden a ubicarse en la posición oficial del sistema y a repetir los conocimientos gestálticos que caracterizan a los saberes y discursos oficiales basados en la maldad de la droga y de los consumidores. Esta posición, como se verá, legitima las persecuciones y maltratos de que son objeto los usuarios en el colegio. Luis, un profesor, comenta:

Como ya le he dicho, lo que ellos quieren es hacer a la vida más fácil, no tienen por qué luchar, Entonces se ponen a divagar y encuentran en esa salida algo más excitante, Es como que hasta para conseguir una enamorada van pegándose un trago para sentirse más tranquilos, Y el que consume drogas, con la droga se vuelve más lanzado o un poco más atrevido o más arriesgado, como una persona rara, Pero esto en un estrato social más bajo, por lo menos aquí sí, porque otra gente dice que es un dañado,

Se presupone que la vida de los adolescentes del país es fácil, que tienen todo, que la sociedad les ofrece todas las alternativas para ejercer sus derechos, cumplir sus aspiraciones y desarrollar sus iniciativas. En casa poseen lo necesario y viven en la abundancia. Es fácil asistir a la escuela, adquirir los útiles escolares, pagar los gastos ordinarios y extraordinarios que demanda el sistema educativo. La

vida es fácil: el sistema educativo se mantiene en un perenne proceso de adecuación al ritmo de los tiempos, maestras y maestros están bien pagados y no deben realizar dos y hasta tres jornadas diarias de docencia para sobrevivir.

La vida es fácil, casi un jardín de rosas: a chicas y muchachos en nada afecta el hecho de que sobre el ochenta por ciento de la población se encuentre bajo la línea de la pobreza, de que un veintiséis por ciento de niños y niñas sea crónicamente desnutrido, de que más del cincuenta por ciento de escolares menores de diecisiete años denuncie que son maltratados por sus profesoras y profesores. La vida es fácil cuando en el año 2000 migraron del país más de 200 mil personas muchas de ellas son mamás o papás que dejaron a sus hijos en la intemperie social⁸³.

Se vive con facilidad y amplitud de todo orden en un país calificado como el segundo más corrupto en el concierto de naciones de las Américas y que no logra recuperarse del mayor atraco a los fondos nacionales y privados realizado por el sistema bancario a lo largo de la historia republicana.

Dos léxicos diferentes que arman proposiciones contradictorias destinadas a interpretar la misma realidad nacional y a justificar las posiciones asumidas frente a las drogas y los usos. Si la sociedad ofrece a las nuevas generaciones un mundo hermoso y fácil, por supuesto que se justifican las persecuciones a niños y adolescentes que han caído, por maldad, en el vicio de las drogas que, de manera insana, pretenden hacer aún más fácil esta vida de rosas.

No tienen por qué luchar. Menos del ocho por ciento de la población nacional es dueña de más del noventa por ciento de los ingresos nacionales. La riqueza de los pocos es tan grande que encandila la conciencia de la mayoría, como la de estos maestros y profesoras de los estratos populares que, desde la fascinación de las riquezas verdaderas de unos y de los oropeles de otros, ya ni siquiera pueden pensar por sí mismos y elaborar un análisis coherente de la realidad del país.

¿Está el sistema educativo de tal manera concebido como para dotar a las nuevas generaciones de instrumentos conceptuales y de estrategias vitales para luchar por un mundo mejor? ¿Acaso no existen conocidas y desconocidas maestras y profesores que venden a buen precio los pases de año en todos los niveles de la educación?

Para proveer de metas y para luchar por ellas, sobran los anacró-

nicos discursos de las ceremonias inaugurales. Y hace falta revivir a Fantasía, cambiar los signos de la cotidianidad mentirosa para construir nuevos léxicos y nuevas verdades que, de una vez por todas, dejen de lado las metafísicas trascendentales y los mega discursos que ofertaron las igualdades del ser lógico y también las igualdades del ser social y cultural y opten por lo que Alexánder Jiménez⁸⁴ llama el humilde canto del gorrión que ahora prevalece sobre el ya inútil oropel de las meditaciones metafísicas del búho de Minerva. ¿Es violento el pensamiento metafísico? Su violencia no es evidente, dice Vattimo, pero “resulta de la narración-interpretación de la metafísica”⁸⁵.

¿No se construyen estos discursos con reminiscencias del mito original del paraíso en el cual únicamente la maldad pudo mover a la pareja feliz a buscar el fruto prohibido del saber y e la libertad? Acá la salida absurda es la búsqueda de algo más excitante, cansados como se hallan los felices adolescentes de vivir en un paraíso. Y como carecen de suficiente imaginación, acuden a las drogas, al árbol del mal y del mal que es el placer causado por la presencia seductora de la droga. Qué raro que el paraíso en el que viven no les haya provisto de la fuerza y del coraje necesarios para ingresar en las luchas por las conquistas amorosas. No se entiende por qué existen debilidades y temores básicos que vuelve complejo el acercamiento a una mujer.

Los chicos y muchachas se han referido a la búsqueda con las drogas de nuevas y mejores experiencias placenteras en el ejercicio de la sexualidad. Para los adultos, usan droga para tener vida sexual justamente porque parten del principio de una incapacidad fundamental que les impide o dificulta la conquista. Pero también se hacen eco de ese *plus de goce* del que habla Lacan y que la droga provee a sus usuarios a través de los innumerables orgasmos que van más allá de las posibilidades del cuerpo.

Consumen drogas para sentirse fuertes para tener sus relaciones sexuales y, digamos, para dar más de lo que el organismo puede,

En la misma línea de la pobreza afectiva y de los problemas para relacionarse que viven los chicos, otra profesora habla de que la droga les facilita los acercamientos y crea mejores espacios de intimidad y de placer, pero que imposibilita la creación de relaciones duraderas. Estas consideraciones parten de la tradición que exige que la vida sexual se legitime en la estabilidad de la pareja que nace por obra y gracia del matrimonio. Sobre todo para las mujeres, la tradición im-

puso la estabilidad y legalidad de los compromisos como legitimadores de las prácticas sexuales.

Las concepciones sobre la sexualidad pasan por cambios cada vez más radicales entre los que el más importante posiblemente tenga que ver con los nuevos sentidos que se dan al amor y al ejercicio de lo amoroso. Las relaciones entre varones y mujeres adolescentes se llenan de nuevas significaciones del derecho, la libertad, la autonomía, el placer que los regímenes del poder social (escuela, iglesia, familia), rechaza o critica como inadecuados. Desde estos referentes se hace el amor no como resultado de una facultad derivada de los compromisos jurídicos o de las autorizaciones familiares, sino como demostraciones de los deseos compartidos⁸⁶.

Como se desprende del siguiente relato de una profesora, no se quiere aceptar que también las chicas usan drogas como parte del ejercicio de su sexualidad. La droga no solo provocaría un mayor placer sino que daría a la pareja la falsa ilusión de estabilidad y perennidad. Pasados los efectos, se volverá a la inestabilidad afectiva y a la caducidad del amor.

Los chicos usan drogas antes de hacer el amor porque tratarían de hacer sentir a la persona (mujer) de que sí en ese momento quieren que se sienta bien, que esa relación sea duradera, Porque siempre tienen ese problema de que cada relación termina, son muy pocos los que tienen una relación muy duradera,

¿En qué consiste una relación muy duradera? Las proposiciones con las que se analizan las relaciones de los adolescentes son las mismas que las utilizadas para analizar la vida amorosa de los adultos. Además de lo inapropiado del método, para producir esta traslación clonante es indispensable construir y sostener series de negaciones sobre lo que acontece en la vida sexual de los adultos y en sus relaciones de pareja. Cuando los adultos hablan de los modelos que las generaciones jóvenes deberían imitar, parten de ideales que ya no sirven en las construcciones de las identidades. Las parejas se establecen sobre principios que ya no toman en cuenta la perennidad de la pareja como efecto de los actos jurídicos sino la estabilidad y permanencia como productos de relaciones sostenidas en la ternura, las equidades y los compromisos en torno a objetivos compartidos. En consecuencia, las relaciones han colocado en su misma formación los criterios de análisis y de crítica que les permite rectificar procesos e

incluso romper la relación de manera más libre y espontánea aunque no menos conflictiva.

Por otra parte, las instituciones educativas siguen manejando criterios anacrónicos sobre la adolescencia, los valores y la ética. Se insiste en considerar a la adolescencia como una etapa de crisis en la vida de los sujetos, una crisis de la que saldrán más o menos bien librados para ingresar a los modelos de los adultos. Además, la crisis en torno a los valores no será positiva sino en tanto puede fortalecer esos mismos valores criticados o negados. Para que esto acontezca, es indispensable que la familia y las instituciones educativas refuercen la clásica axiología que sostiene la perpetuidad y trascendencia de los valores. Solamente un sistema que persiga de manera frontal lo que atente en contra de esta axiología será válido para formar a las nuevas generaciones. Por eso, las embarazadas son sacadas del colegio porque hacen alarde del ejercicio ilegítimo de la sexualidad, lo mismo que las que consumen drogas.

Como en el siguiente testimonio de una profesora, no pueden darse concesiones ni son pertinentes los términos medios. Vigilar y castigar es la norma si se quiere primero mantener el buen nombre del colegio, que es lo que más importa, y luego la formación de las chicas.

Yo estuve trabajando con una brigada estudiantil de señoritas de quinto curso en un programa de desarrollo infantil, Estaba en uno de los campos de acción, cuando se me perdieron dos alumnas, Cuando alguien me dijo, mire, licenciada, las dos señoritas que se perdieron están en el baño, Me causó curiosidad, y fui a ver, Entonces a unos cuantos metros del baño se percibía un olor que no se soportaba, es un olor bien feo, Bueno les encontramos a las dos chicas que hablaban cualquier cosa, primeramente la cara se les había hecho roja, roja, y los ojos se les notaba como que habían llorado mucho tiempo.

Entonces, primero llamar a las autoridades del colegio y localizar a los padres, Parece que eran reincidentes, Total que las chicas salieron del campo de acción, las expulsaron del colegio y no se graduaron,

Con el término *señorita* se ha agredido sistemáticamente a las mujeres por sus claras relaciones con la sexualidad. Primero divide a las mujeres en casadas y solteras, y luego marca una radical diferencia entre las que deben seguir siendo vírgenes y las mujeres autorizadas para las prácticas sexuales y reproductivas.

Se *perdieron*. La polisemia conduce a las chicas perdidas que

obran el mal y que deben ser castigadas de forma rigurosa de tal manera que ese castigo sirva de ejemplo a las otras para que nadie caiga en la tentación de la escandalosa marihuana. ¿Por qué lloraron tanto las dos muchachas? ¿Qué penas les horadan la vida? Eso no importa cuando hay que vigilar, castigar y denigrar.

Niño, ¿a dónde vas?

Al río,

¿Y al río, a qué?

A llorar,

¿A llorar por qué, ángel mío?

Fuera triste de contar,

A llorar

al río⁸⁷.

La adolescencia es un estilo de vida, una cultura que se construye y reconstruye sin pausas. Supone, pues, principios, creencias, normas, tradiciones y actitudes a través de los cuales varones y mujeres conocen el mundo y viven en él. Es lo mutante y mutable por definición que supone una inestabilidad básica que hace el ser adolescente y que provoca los cambio. En la cultura, los adolescentes son los agentes primordiales de la transformación hasta el punto de que los adultos cambian por su relación directa con ellos. No es una edad, sino una época en la que lo más importante es lo que se aporta a la construcción de psíquica y social de las identidades.

La identidad representa un proceso y no un acto porque es apropiación intrasubjetiva de elementos y características que van conformando al sujeto como similar a y diferente del otro. El sujeto se relaciona con un alter sin perderse en el universo de las relaciones, de las palabras y de los gestos. Es, en toda la extensión del término, entre los otros en tanto diferente pero, al mismo tiempo, en tanto similar. La similitud y la diferencia hacen la identidad.

Se trata de procesos eminentemente referenciales mediante los cuales se da, por una parte, una relación centrada en el otro que sirve de modelo, que marca las trazas de las rutas y que señala la imposibilidad de las igualdades. Pero al mismo tiempo la identidad conlleva una excentricidad en tanto el otro sirve como enunciador básico de la similitud. Es decir, la presencia del otro está llamada a señalar y asegurar la pertenencia a similares ordenamientos y códigos simbólicos e imaginarios. Sujeto contingente en su ser, en su lengua-

je y en su deseo.

La referencialidad nada tiene que ver con la tautología de la que brota la conciencia de sí (Hegel) ni con el estadio del espejo (Lacan) que desconoce la imposibilidad del juicio perceptivo en los infantes. Por el contrario, al enunciar similitudes y diferencias, el otro se ubica en la red de los códigos desde donde asegura la inscripción del nuevo sujeto. Así se construye la relación lingüística y semiológica de la diferencia.

Para reir, llorar y olvidar

La existencia ni es ni puede convertirse en un valle de lágrimas. Pero la tristeza y el sufrimiento se mezclan con la alegría y el alborozo construyendo la condición humana en la que ni se vive para sufrir ni se sufre para morir. Los afectos están ahí enraizados en el cuerpo que los siente porque le afectan y le movilizan.

Si algo da cuenta de la inexistencia de esa conciencia trascendental del idealismo filosófico es precisamente el afecto que, más que ninguna otra realidad del ser, le hace presente en el mundo y en medio de los otros como sujeto porque sintiendo, sabiéndose afectado y movilizado por algo, se comprende como tal.

Lacan⁸⁸ decía que ningún objeto está en relación directa con el placer. Y es cierto porque ningún objeto debe estar ligado de suyo al placer, como si existiese una naturaleza propia de la cosa que le conduzca, per se, al placer. Como se ha tratado de explicar, es el sujeto quien construye relaciones con los objetos, y estas relaciones pueden ser placenteras o displacientes de acuerdo a esas secretas redes de significación que se producen y reproducen en las cotidianidades.

Así se trató a la droga como sustancia donante de efectos placenteros per se. En los usos interviene el sujeto que es sumatoria de identidades, conjunto de deseos, realidad inconsciente y consciente a la vez que, sin embargo, no puede dividirse en partes autónomas según la propuesta deconstructivista de Castoriadis⁸⁹ para quien en el sujeto existen tres órdenes: el psíquico, lugar del registro imaginario radical, el individuo social, el sujeto que se hace en el encuentro con las instituciones, y el sujeto humano capaz de reflexión y de voluntad. La idea lacaniana de construir una ontología con su nudo borro meo fracasó en parte porque los denominados registros de lo real, lo

imaginario y lo simbólico se hallan en oposición y porque pretendió anudar lo que se resiste a toda anudación.

Para que se produzcan las experiencias de placer es necesaria la concurrencia de un compromiso del sujeto sin que en él sea posible diferenciar lo que supuestamente correspondería a alguna parte de su estructura. La cuestión no es anodina porque si la droga puede tener un uso para el placer, también puede tener para el dolor, el sufrimiento y la muerte.

Del refrán, las penas con pan son buenas, se pasó a las penas compartidas son llevaderas, hasta que esos niños y adolescentes afirman que las penas y las tristezas son más llevaderas con la goma o la marihuana. Viendo las experiencias desde otro ángulo, se podría afirmar que, en buena medida, los usos están destinados a ahuyentar la tristeza matizando los días con regocijos. Parecería que hay una tendencia de los usuarios a sentirse acorralados por la soledad y carencias de importancia.

Una tiene tristezas porque quisiera ver tu lado a la persona que tú quieres, pero que no está, Entonces, al comienzo cuando uno está consumiendo se pone más triste y llora, pero después se olvida de eso y empieza a reír, y te sientes más fuerte, Y todo se vuelve alegría, por un rato,

¿Se debe descalificar la experiencia porque solamente por un rato se fue la tristeza? La existencia es un discreto que camina con la pretensión de ser un continuum inquebrantable. Soñamos con la felicidad perpetua, con relaciones amorosas seguras e inquebrantables. La realidad se hace con retazos de todo, entre retazo y retazo asoma la angustia ante la nada.

Para los muchachos de las barriadas pobres, la angustia se expresa a través de enojos incontrolables de desesperación y a actuaciones violentas. Extremos que bien podrían terminar en catástrofe si no hubiese la posibilidad de la droga llamada a poner un freno temporal mediante el artificio de una paz creada y que, probablemente, apenas si roza los bordes originales de esas angustias. ¿Artificio inútil? Quizás no, a lo mejor la sesión de uso se transforma en el diván psicoanalítico de los pobres.

Según los varones, los usos constituyen formas privilegiadas de manejo de los conflictos, domésticos. La psicología conductista habla de la poca capacidad de tolerancia a la frustración, expresión buena

para sostener y justificar las relaciones de poder y de dominio. Cuanto más y de mejor manera toleren la injusticia, los efectos de los discrimenenes sociales, políticos y económicos, las personas demostrarán más madurez psíquica y social y dominio sobre sus reacciones emocionales que no son más que transformaciones corporales que las personas deben aprender a controlar. También el concepto de madurez se encuentra al servicio de la psicología del sometimiento. El consumo de drogas se debe a conductas inapropiadas aprendidas como respuesta a los problemas. Para dejar de usarlas, las personas deben aprender otras formas de reaccionar ante los problemas⁹⁰.

También de cabrero se fuma, Cuanto más cabreado estás, tú más fumas, te metes más, te entra más, Cuando estás cabreado, te entran ganas de hacer todavía más pendejadas, de robar, de matar, de todo, Entonces fumas para no matar,

A niños y niñas se les deja vivir con su pobreza como con su muge o sus piojos, naturalmente. Se les puede llenar la vida con un poco de comida, algo de ropa, un poco de juego. Pero ellos denuncian sus tristezas y la angustia que sienten por las violencias y los abandonos, también por las culpas propias y ajenas. Para los más pobres, el trabajo es una obligación impuesta a golpes. Si llueve, si los grandes no tienen con qué pagar el aseo de los zapatos, si no logran vender su fruta, los exiguos ingresos disminuyen y lo que les espera es más violencia.

Entonces, mejor nos vamos saliendo de la casa y nos ponemos a gomear, y entonces nos sentimos alegres, porque cuando tenemos plata compramos drogas,

Para otros la tristeza es la soledad de los abandonos. O la soledad de la intemperie para los niños y niñas que trabajan en la calle en la que el sentido de la referencialidad del ser se reduce a la mínima expresión pues en el otro no encuentran eco a su estar en el mundo, el otro no le dice nada válido para la construcción de sus anclajes en la existencia. Por eso las razones de sus usos pueden parecer tan elementales y casi sin razón. Sin embargo, la angustia, como la inteligencia, es un medio de conocimiento o reconocimiento de la existencia en tanto posible. Como decía Bataille, “Inútil es decir hasta qué punto es vano (...) imaginar un juego puro de la inteligencia sin angustia. (...). El punto extremo de lo posible supone risa, éxtasis, pro-

ximidad aterrorizada de la muerte; supone error, náusea, agitación incesante de lo posible y de lo imposible²⁹¹.

Para el conductismo, que inspira gran parte de las propuestas antidrogas, bastaría con que a los niños y niñas se les provea de espacios de recreación para que cambien sus conductas y jueguen en lugar de gomear, o los adolescentes estén siempre ocupados y jueguen fútbol para gastar sus energías y dejen de masturbarse. *Usamos para alegrarnos, O para hallar amigos e irnos al lugar que queremos.* Salvo para las chicas y muchachas de usos ocasionales, la tristeza parece ser una acompañante cotidiana de la que no se atreven a hablar mucho, parecería tratarse de un tema censurado.

Para ciertos maestros de provincia, no pasa nada, Dios vigila a las chicas y a los estudiantes, y si algún caso apareciese por ahí, ellos estarían listos para castigar. El sistema de vigilancia y de castigo es tan pertinaz que los estudiantes no se sienten con la más mínima libertad para hablar. La calidad de ciertos establecimientos educativos se sostiene en la negación y el silencio conservados con el celo de las amenazas estatuidas como sistema.

Gracias a Dios, en mi colegio no hay ese problema, porque si lo hubiera, el departamento de psicología ya lo hubiera detectado y las autoridades ya hubiéramos tomado enseguida las medidas oportunas, es decir, ya les hubiéramos sacado a esos señores estudiantes,

Se investigó si se daban usos con el propósito más o menos explícito de sentirse mal, la información fue negativa. *Loco, eso no puede ser, lo que nosotros buscamos es estar chévere.* Hay un más allá del principio de placer que acompaña el día a día de la existencia pues forma parte de los deseos. El masoquismo no es una conducta autopunitiva solamente, sino el efecto de construcciones del deseo desde el sufrimiento y la muerte con el propósito de darle la vuelta a los organizadores simbólicos de la cultura. Sin llegar a los extremos de lo perverso, el sujeto escarba en las heridas para trata de convertir el dolor en placer o invierte lo placentero para convertirlo en doloroso. La negación no dice de no existencia, solamente de silencio o de ceguera. Las drogas es la piedra filosofal de las alquimias de los placeres contemporáneos, en consecuencia, muy difícil que no sea también la máquina detectora de las variadas formas del masoquismo.

Para otros la tristeza es la soledad de los abandonos, por ejemplo para las chicas, o la soledad de la intemperie para los niños y niñas

que trabajan en la calle. *Usamos para alegrarnos, O para hallar amigos e irnos al lugar que queramos.*

Los adultos se refieren a *tristezas que les desbordan con la misma intensidad que las alegrías* que no nacen de los usos puesto que *siempre consumen las drogas para estar felices, por lo menos así dicen*, sino por razones que desconocen. Algunos profesores creen que se trata de la cobardía generalizada para enfrentar la vida. Lo dicen con la misma seguridad con la que afirma que para ellos la vida es fácil.

La tristeza de ellos les viene de no vivir la realidad, por no enfrentarse a lo que tienen, También por un poco de cobardía, aunque ellos son una mezcla de ser cobardes y también de ser fuertes, Cobardes por no querer afrontar la realidad, Fuertes porque, sabiendo que les va a hacer daño, van y siguen consumiendo.

Son los análisis sencillos y lineales que nacen de la forma también lineal de ver y de interpretar el mundo. Por una parte afirman que la vida que tienen es fácil, y por otra se les califica de cobardes por no enfrentar la realidad que no se explicita ni se describe. Los términos cobardía y valentía, como todos los demás, pasan por las polisemias que organizan la vida en los lenguajes. A lo mejor a estos chicos y muchachas les faltan mejores razones para vivir de otra manera. Esas razones, lo saben, no vendrán del colegio ni siquiera de la casa. A lo mejor las buscan en las relaciones que establecen en los usos con sus fantasías.

Para otros es mejor ir a la idiosincrasia para hallar en sus raíces los justificativos para la presencia de las penas. Suponen que esta ruta es menos conflictiva que la que invita a bucear en las relaciones que los chicos y muchachas establecen en casa, en el colegio y en la comunidad, es preferible a tener que ir a los lugares de las heridas causadas por los abandonos y las soledades, a los afectos que se producen al reconocerse víctimas de la pobreza, de la falta o escasez de trabajo, de las separaciones de las parejas.

Creo que esas tristeza forman parte de nuestra idiosincrasia, Nosotros solemos ser así un poco tristes, melancólicos, Aquí en Loja, por ejemplo, son muy poetas, muy músicos, muy vidriosos, Y tendemos a caer muy fácilmente en la depresión, Creo que estamos un poco inclinados a esa situación cultural.

Con estas negaciones de fondo, los usos están para las celebraciones dadoras de placer y bienestar que puede reducirse a la alegría

que produce el de la semana de trabajo y hay que santificar el viernes porque inaugura la diversión y el descanso. Hay quienes lo hacen con el alcohol, con la comida o con el baile. Otros con la droga, un uso que puede rodearse de ciertas características ritualísticas como acontece con el consumo de alcohol. Esas celebraciones que comienzan con el himno a la alegría y suelen terminar en los hundimientos de los excesos. Ese exceso es el que da cuenta del más allá del principio de placer en cuyos bordes se encuentra la muerte, de la que se hablará en el siguiente capítulo. ¿Qué será más grave, una borrachera con inconsciencia total, o andar *grifote* y llegar a sí a casa?

Por ejemplo, festejar el viernes por la noche, sin otro motivo más que el que sea viernes por la noche, Nos reunimos, fumamos marihuana, conversamos, estamos con chicas, Eso es todo.

Las celebraciones poseen una intención nada oculta que consiste en hacer que lo particular se vuelva universal, que la alegría llegue a los otros. Sin este propósito, no existiría celebración alguna. Se trata de un intento de universalizar para que la vivencia singular adquiera solidez en las representaciones y legitimidad en los registros éticos.

Cada grupo posee sus propias normas y ritos para las celebraciones. Los adolescentes dicen que las formas adultas de hacerlo les aburren, *nos abomban*. No es que necesariamente para ser diferentes se tenga que acudir a las drogas, sino que una de las alternativas de hacerlo es con usos que para ellos facilitan la transmisión de las alegrías y de los éxitos. El champagne está bien para las ceremonias de los grandes pero para los chicos y muchachas existen otras alternativas más sencillas entre las que se encuentra la marihuana. Es cuestión de estatus. Para los pobres que no hablan de ricos vinos espumantes, puede resultar más pleno y *chévere* usar marihuana para celebrar la venida del año nuevo.

Dentro del hogar no se podría decir que se festeja con drogas, Pero sí entre compañeros, De una forma para nosotros un poco más agradable, En la casa, qué sé yo, tomar un champagne no es tanto de nuestro agrado, En cambio fuera es un grupo de más confianza, un poco más de libertad para hacer las cosas, Entonces se prefiere celebrar con los amigos fumando,

Para los adultos, esto no es más que un pretexto para cebar el vicio. En el fondo, todos son unos masoquistas que se solazan con el

mal ajeno y propio. Desde los prejuicios, creen que consumen todas las drogas habidas y por haber incluyendo la heroína, una droga a la que prácticamente ningún adolescente tiene acceso no sólo por razones de orden económico sino porque no les interesa mas aún, ni siquiera la conocen sino en la televisión.

¿Es dable ridiculizar la alegría o la tristeza, la pena o la satisfacción de los otros? ¿Por qué la droga ilegítima el afecto cuando el alcohol lo certifica solo por ser un uso avalado y hasta fomentado por la sociedad? Esta descalificación surge del hecho de haber tomado a la marihuana, por ejemplo, en su materialidad y en ella la fuente del mal. La droga es mala per se, en consecuencia nada de lo que produzca será ni legítimo ni bueno. En esas apreciaciones, los afectos y las representaciones del sujeto han sido excluidos y borradas de la experiencia.

Parecería que unos pueden decidir sobre la verdad o falsedad de los afectos. Se pretende establecer un sistema de códigos que interpreten los sentimientos y determinen las formas de vivirlos para no caer en el ridículo del idiota. Qué importa que no existan los espíritus y que la muerte sea la desaparición de los seres de una vez por todas, cuando alguien puede sentir la cercanía de los espíritus de los muertos, aunque solo sea en la fantasía de los sueños. “No es una fábula, los manes existen; el fantasma de los muertos se escapa de la pira y vuelve entre nosotros” (Propecio). O san Agustín que dijo como un gran elogio a los afectos: “lloré por Dios cuando debería haber llorado por mis pecados”.

Todo es un pretexto, Ni cuando están tristes ni cuando están alegres, Todo es prácticamente lo mismo porque el chico ya pasó a ser un miembro más de los drogadictos, Él está normal pero quiere estar más alegre, se droga, inhala o fuma o, qué sé yo, se inyecta heroína y otras cosas y comienza a reírse como idiota y a lo mejor tenga suficientes garras para cometer un delito,

Un Bataille, ubicado en los límites en los que ya no es dable reconocer el bien y el mal de las propuestas rígidas de la sociedad, decía: “No te engañes: esta moral que escuchas, que enseño, es la más difícil, no deja esperar ni sueño ni satisfacción”⁹².

UN MUNDO EN CONFLICTO

Las relaciones humanas se construyen desde la conflictividad a causa de la libertad, la autonomía y los deseos. Además, los juegos de lenguaje y los modos de conocer y construir verdades, siendo fundamentalmente distintos, hacen que las personas entren en conflicto con los otros y consigo mismo. Si hasta hace algún tiempo el mundo fue planteado como estable y cierto, la captación de una realidad mutante y de un saber haciéndose conflictúa a la sociedad constituida con los principios y creencias de una fuerte tradición que se resiste a los cambios.

La conflictividad hace referencia al saber y la verdad no necesariamente en tanto opuesto al desconocimiento y a lo falso, sino en tanto procesos en construcción pues nunca están dados de suyo. Es el saber a medias frente al saber total, absoluto y universal que caracterizó la cultura. Cada sujeto se enfrenta a un medio decir en conflicto que le enfrenta a sí y que le lleva a deducir que el sujeto de la verdad y del saber es no solamente inseguro sino que se organiza y perdura en discordia, esa discordia de la que hablaba Heráclito cuando afirmaba que el Señor, cuyo oráculo está en Delfos, no dice ni oculta, sino indica por medio de signos, y también que la discordia es la madre de la verdad. El saber es la unidad de separaciones dadas antes y después. El sujeto mismo es una unidad que no cesa en su afán de hacerse porque los términos que lo construyen se contrarían.

La conflictividad no surge de la dialéctica hegeliana del ser, pues de la nada nada se hace, sino de las características que se desprenden de la referencialidad del ser. Pertenece a la conciencia de intercambio. Todo acontece según discordia y necesidad, discordia de las verdades que se construyen sobre un mismo objeto y la necesidad de esa construcción para la producción de saberes. Hay una discordia

que produce el nacimiento del deseo porque para ser y agenciarse se opondrá a otros deseos y, de manera particular, al deseo de otros. Por lo mismo, cuanto pertenece al sujeto y al deseo acontece según este principio de la discordia⁹³. La relación con las cosas nunca es, pues, armónica. ¿Será, acaso, el consumo de una droga la búsqueda de la armonía imposible y la destrucción de la discordia?

La conflictividad pertenece a la existencia porque forma parte de los procesos de conocimiento en la medida en que se enfrenta a lo contradictorio en los actos de construcción de la verdad. Hegel planteó la conflictividad desde la dialéctica y opuso el ser al no-ser, a la existencia con la nada. No desaparece el ser, sino que sustituye a la nada, ocupa su lugar, para producir nuevamente el ser. Respecto al deseo no asegura su permanencia en su negación sino en el agenciamiento de otro deseo. Si hubiese un solo deseo, solo uno, tal vez no existirían razones suficientes para existir, aún si ese deseo solitario fuese el de la muerte.

El existencialismo opuso a la vida la muerte, la razón racional de la existencia a la irracionalidad del sufrimiento y de la destrucción, del sometimiento y de la libertad. El sentido de lo absurdo terminó siendo el producto más paradigmático de esa oposición necesaria e inevitable que exigía un acto propositivo, como decía Camus, para optar por la vida y no por el suicidio.

Freud llevó el sentido de la conflictividad a dos campos fundamentales que podrían relacionarse con los usos de las drogas. El primero se refiere a la compulsión a la repetición, y el segundo al encuentro con la muerte que se presiente en un más allá del placer. La compulsión y la repetición dan cuenta de un proceso inconsciente que obliga al sujeto a reproducir secuencias (actos, ideas, pensamientos o sueños) que fueron el origen de sufrimientos y que aún conservan su carácter doloroso. Para Freud, la idea de la repetición es uno de los sostenes fundamentales de su teoría de lo inconsciente pues este se caracteriza por no cesar de repetir lo reprimido ya sea en el chiste, el lapsus y, sobre todo, en el síntoma. El sujeto de lo inconsciente se caracteriza y se construye en esa repetición en la cual es posible hallar el deseo, su dinámica y su economía. “Esta compulsión, esta fuerza pulsional que produce la repetición del dolor, traduce la imposibilidad de escapar a un movimiento de retorno hacia atrás aunque su contenido sea o no displacentero”⁹⁴.

La conflictividad no se desvincula de esta repetición compulsiva puesto que en la repetición de lo doloroso y lo conflictivo logra uno de sus objetivos que no es otro que colocar en una suerte de inadecuación perenne al sujeto con sus objetos de deseo y al deseo mismo su posibilidad de su realización. Cuanto más que, si se toma en cuenta la enseñanza de Lacan,⁹⁵ lo que se repite no es una reproducción de lo idéntico sino la tendencia a la búsqueda incesante de un objeto siempre lejos del sujeto, más aún, inevitablemente ausente y, por ende, inaccesible.

No se repetiría nada si no estuviese disfrazado con la vestimenta de lo placentero. Pero, puesto que es el dolor el que se esconde, la muerte está esperando detrás. Cuando más extremos los goces, más se hace patente la cercanía de la destrucción.

Usadores y criminales

El ser humano camina, pues, entre los abismos del amor y del odio, de la vida y de la muerte como en un pico de montaña, profesando cada uno de ellos y haciéndolos parte inevitable de su contingencia. Esta realidad consiste en propuestas existenciales que hacen a los sujetos y que forman parte del bagaje con el que persiste en la existencia. Cada sujeto no podrá evitar ser su propia imagen mientras perdure en el mundo cuidándose siempre del horror de ser la repetición ciega e inevitable del otro.

La compulsión a la repetición se refiere a la parte del escenario de una tragedia que empieza a desarrollarse no se sabe en qué momento pero que se evidencia en las desolaciones de los sujetos y que los usos de drogas permiten evidenciar. Hay una tragedia provocada en la lucha por ideales que la sociedad y la cultura imponen y las realidades concretas de vida en las que se desarrollan esos mismos ideales asumidos. Los ideales pretenden imponerse a lo cotidiano para significarlo con otros sentidos. Es la contraposición entre el discurso de los ideales propuestos por la sociedad y la realidad de la existencia, la oposición entre las propuestas de los relatos de los regímenes educativos y religiosos y la praxis social y personal de lo cotidiano.

Cuando se trata de adolescentes y de niños, los discursos dan mucha más importancia a esos ideales que a la vida que llevan. Como

diría Kundera, la tragedia consiste en que, “Te empujan a morir porque al parecer existe algo más valioso que tu vida”⁹⁶ lo cual finalmente lleva a que la existencia sea tomada como una tragedia o como un acto de frivolidad. En los usos hay algo de las dos posiciones: lo trágico y lo frívolo, al mismo tiempo. Lo trágico enfrenta al sujeto a las muertes cuando se descubre que las relaciones carecen de piso. Lo frívolo consiste en llenar de razones de oropel esas mismas relaciones. Así la vida se vuelve llevadera, volátil, sin ideas que defender, sin fanatismos por lo que suicidarse, sin nada detrás de las arquitecturas de fantasía.

Esta frivolidad trágica se inicia en el mundo de los adultos que arman los dispositivos de lo que se llama la prevención de los usos en los que la muerte, la violación, las agresiones destructoras aparecen con la misma liviandad que los vídeoclips en los que lo sensual y erótico realizan incesantes invitaciones a éxtasis, o un partido de fútbol en el que el grito de gol emociona a millones de gargantas que se trascienden en iguales anonadamientos. Muertes extrañas como las de las guerras tribuales que acontecen al otro lado del mundo y que tan solo representan una noticia en cualquier ángulo de la página del periódico y que tiene la virtud de no conmover a ninguno de los de acá pues se parte de una exclusión necesaria.

Maestros, papás y mamás hablan de los otros comprometidos en sus guerras triviales con la muerte y la sexualidad perversa de la que, como defensa mínima, han excluido a su hija y a su hijo que, gracias a Dios, está fuera, porque las maldades siempre pertenecen a los hijos e hijas de los otros.

Yo he conversado de eso también con mi hijo, él está fuera de eso porque en el colegio también le dan charlas, Pero ahí está el blanqueo, pero no solo eso, están los posibles efectos que les pueden llevar a la muerte, Pero es como que se ve algo extremo ya, la gente está dañada, y no solamente en los consumidores habituales, sino en cualquiera,

Para justificar la historia de esta tragedia, asumen la frivolidad como norma de los modos de representarse su vida y la de la sociedad. La droga, porque es mala, conduce, con su omnipotencia, a de-sear, buscar y hallar el descarrío total.

Pese a que el contenido del discurso es sobre lo trágico, su reiteración hace pensar que lo atraviesa cierto sentido de diversión. En efec-

to, se insiste en una atracción que los usadores, sin distingos de ninguna índole, sentirían por la muerte y el mal. Así se han convencido de que el vigor de la adolescencia implica exposición a la muerte y a la violencia.

Claro que ellos saben muy bien esas cosas, pero les gustan, los riesgos les atraen, Por más que uno les ponga delante, ellos sienten más atracción,

Se pretende convencer de que esta diversión está destinada a significar la adolescencia contemporánea que se distingue de la de las otras generaciones porque estas se sostenían en valores honorables y universales mientras que las de hoy se apuntalan en el vacío de las utopías necias e inútiles. A esta clase de discursos, Kundera los compara con las novelas de Agatha Christie que fue capaz de convertir el asesinato en diversión. “Auschwitz ha sido olvidado, pero del crematorio de Agatha el humo sube eternamente hacia el cielo y solo una persona muy ingenua podría afirmar que es el humo de una tragedia”⁹⁷. Los adultos, los jefes de Estado, las instituciones gozan del olor de esta perversa chamusquina.

Luego terminan matando su conciencia, O sea, una persona drogadicta no sabe lo que hace, Puede desvestirse delante de cualquiera, puede andar desnudo, Entonces, elimina así todo el sistema de valores.

La frivolidad es una terapia de adelgazamiento de las razones y del mismo razonamiento. Como ante las historias de Agatha, nadie pestañea al escuchar el mundo sórdido y criminal en el que se mueven estos chicos y muchachas consumidores en el universal que los asesina. Todos son así, *porque todos ellos quieren salir fuera de lo normal, Quieren todos sentirse supermanes, quieren sentirse superhembras*, pues todos han atravesado la frontera de la norma quedando para siempre nominados en tanto excéntricos del eje moral de la sociedad.

Un inmenso grupo de sujetos de todos los estratos sociales condenados irremediabilmente a este dantesco infierno social en el que caen por su adolescencia que es inconsciencia, y por la droga que personifica el mal. En este discurso universalizante, no caben los distingos, las explicaciones que diferencien las drogas, los sujetos, las circunstancias, todas las drogas y todos los usos abren y cierran las

puertas de este Auschwitz irremediable.

Porque esta es la respuesta a lo que ellos no tienen, Es decir, de alguna forma allí ellos encuentran la respuesta a sus necesidades, Ellos saben que les hacen mal, pero ellos no tienen realmente plena conciencia, Porque no hay alternativa, Sí, no hay alternativa, El joven, sabiendo que le hace daño, lo hará, porque es un hábito,

Así se pretende desterrar de la cultura el sentido paradójico de la vida que, tal como la presentan estos discursos, es clara, diáfana y abierta como un mar. Si en este mar aparecen el mal, la tempestad los monstruos del averno es porque fueron colocados por la maldad de la droga y la fatalidad de la adolescencia que se ha convertido en adicta al placer barato y de mala ley.

Se sobreentiende que lo legítimo pertenece a las prácticas y a los ejercicios adultos del placer que no se mencionan. Estos juicios parten, pues, de una petición de principio que, aunque existan proposiciones verdaderas, ponen en entredicho el discurso en su totalidad. El discurso sobre el placer y el goce que se experimentan con las drogas se sostiene, además, en series de sofismas armados para confundir. A veces de manera clara y abierta y otras camuflada, el placer y el goce de los adolescentes están condenados como malos ya sea que provengan de los ejercicios de la sexualidad o de los usos de drogas.

Toda clase de droga es dañina pues les lleva al camino de la perdición y, por ende, a la muerte, a la muerte no tanto física sino a la muerte espiritual, Esa muerte de nuestro cerebro, de nuestra mente,

Claro, los chicos no se dan cuenta del grado de destrucción que contienen estas sustancias, y las consumen solamente por el placer,

Estas representaciones se hallan atravesadas por una idea de lo trágico que abarca casi la totalidad de la vida de esos adictos para quienes el final no puede ser otro que la destrucción igualmente trágica. Esta visión globalizadora de la perdición impide que los adultos se permitan espacios de reflexión, de análisis y de crítica de sus representaciones.

Estas posiciones parten de la idea de una sociedad dominada por la razón, con claras metas teleológicas y con un sistema dominante de valores que se contraponen a lo que el pensamiento contemporáneo dice de la sociedad. Habermas, por ejemplo, ve en la historia el devenir de la especie humana y concede una corporeidad a la acción social, aun cuando disminuya importancia a lo subjetivo porque los procesos

sociales los analiza en tanto trans-subjetivos. Para Habermas, las afirmaciones son valores producidos por las personas a partir de sus circunstancias internas.

Los discursos sobre las drogas producidos por las maestras, las mamás, los profesores no hacen otra cosa que repetir el discurso oficial que deja de lado al sujeto usador que, cuando se lo nombra, aparece como víctima de sí mismo y del sistema drogas, y no como sujeto que construye decires y metáforas y que vive de sus propios deseos.

Estas repeticiones desconocen las relaciones estéticas de los sujetos con los usos y, en su lugar, se colocan las calamidades y maldades a las que les conducirán de manera irremediable los usos. Los testimonios no marcan distingos, no realizan pausas para matizar los temores y las angustias, para hacerles lugar en el sistema de las repeticiones. Ni siquiera se dan el tiempo suficiente para visitar eso que describen, es decir, para llegar a la realidad de los chicos, las niñas, las drogas, contemplarlos antes de pronunciar la sentencia como si tratase de hacer cada vez más cierta la afirmación kunderiana de que la realidad es un continente al que cada vez visitan menos las personas porque ya han dictado, desde hace mucho tiempo, los veredictos inamovibles sobre ella.

¿Qué otra cosa se puede esperar de estas chicas y muchachos sino el mal? Se volverán asesinos, ladrones, criminales, prostitutas, la escoria de la sociedad. ¿Por qué será que algunos deportistas usan drogas para llamar a la agilidad, a la fortaleza, a la constancia? ¿Por qué Freud aconsejaba a Martha, su prometida, que cuando se sienta triste o angustiada consuma un poco de cocaína porque así se sentirá mejor, por qué él mismo lo hacía hasta que uno de sus amigos murió por sobredosis? ¿Por qué él, Freud, uno de los más grandes pensadores del siglo XX, no satanizó el uso sino que incluso descubrió los efectos analgésicos de la cocaína en oftalmología? ¿Qué principios rígidos mueven a los profesores a asegurar que un niño, al año de usar será ya un delincuente hecho y derecho?

Primero se convierten en adictos, Y, por supuesto, el adicto tiende por necesidad a delinquir, a convertirse en criminal y a terminar como un desecho más,

Claro, se meten en líos más grandes, violaciones, suicidios,

Toda droga produce daño a nivel cerebral, especialmente en lo que es la memoria, en lo que es la rapidez para dar respuestas, por ejem-

plo, en los trabajos manuales, Cuando un niño usa la primera vez la droga es un niño, Pero en un año, puede ser un verdadero delincuente, lo mismo puede robar con un arma o con una pistola en mano, lo mismo puede matar, Se desvía totalmente,

Las mujeres incluso por decepciones amorosas han terminado drogándose, Y una vez drogadas, han terminado quitándose la vida, Ya no hay conciencia, uno está totalmente perdido.

Esta ecolalia impide ver la realidad y enfrentarla tal como la viven y la recrean no solamente los usuarios sino las nuevas generaciones. La repetición sistemática de lo universal forma parte importante de la imagología en la que se introdujo occidente cuando hizo fila en la lucha contra las drogas resistiéndose a mirar las cosas de otra manera. Así se ha construido un sentido común en torno a las drogas con el cual se manejan las supuestas evidencias. El sentido común, a través de léxicos repetitivos, describe todas las cosas importantes de manera tal que impermeabiliza las posibilidades de ver el mundo de distinta manera. El sentido común sobre las drogas está seguro de que las afirmaciones que emite no solamente son ciertas sino, además, suficientes.

Como parte de esta posición, los adultos se explican por qué se usan drogas cada vez más fuertes que contradice lo que los usuarios dicen al respecto, como ya se ha señalado antes. En Quito, por ejemplo, se comen hongos esporádicamente, en tiempo de lluvias, pero su uso no solamente que no forma parte de la cotidianidad, sino que es visto desde lejos.

Frente a estos decires, todos están más o menos obligados a guardar silencio porque, de antemano, se ha determinado que este es el discurso de la verdad. Si alguien se opusiese, estaría colocándose en el límite en el que se pierde el honor. En un trabajo sobre el tema de las drogas, Philippe Bordes, del Observatorio Geopolítico de las Drogas, pide que los debates se basen en estudios racionales y no en prejuicios y tabúes. “El fracaso patente de una represión centrada exclusivamente en la oferta (cultivo, producción y tráfico) –según la lógica de un mundo dividido entre «buenos» y «malos», que ha reemplazado a la de la guerra fría– impone la búsqueda de nuevas pistas”⁹⁸. Estas pistas que Bordes no menciona serán proporcionadas por los usuarios.

Se le abrían los huesos

Freud no dejó de identificar cierto carácter demoníaco en la compulsión a la repetición que comparó, como dice Roudinesco, con la tendencia a la agresión descrita por Adler en 1908. Porque no existe una respuesta clara que explique por qué el ser humano, estando profundamente orientado a lo placentero, busca la repetición de lo doloroso y dañino. Entre las repeticiones que, desde sus deseos, ejecuta el sujeto, también están aquellas que le son impuestas desde los léxicos de los otros y que termina integrando a sus propios juegos de lenguaje que, finalmente actúan en sus actitudes y acciones.

Como acaban de señalar los adultos, los usuarios están en los espacios del mal porque al consumir algo malo no pueden sino ser malos. En efecto, resultaría absolutamente contradictorio que algo prohibido pueda producir efectos socialmente buenos. La relación con los otros no es especular de tal manera que, si se repiten los discursos y se obra en consecuencia no es porque, producida la imagen, no queda otra salida que obrar de conformidad a los modelos lingüísticos y fácticos recibidos de los pares de mayor edad que, a su vez pasaron por similar proceso, y así sucesivamente hasta que algo surja en la cadena y produzca un corte en la repetición.

Desde esta compulsión se violentan las normas, los acuerdos y hasta los tabúes para así acceder “embriagados al reino de lo prohibido”, hasta “que tu espíritu se reencuentre en el júbilo de la indecencia”, como proponía Bataille, sabiendo, sin embargo, que justo allí aparecerá el dolor en cualquiera de sus caras. Para lograrlo, solo hay que saber escuchar las voces de los deseos y dejarse arrastrar por ellos, sabiendo que una de las condiciones de ciertos placeres consiste en arruinar las disposiciones recibidas, las normas para ordenar de otra manera el mundo, como dicen los usuarios:

Tú llevas una droga, una simple droga que puede acabar con tu vida, Una sobredosis te puede matar, Hay gente que a veces se pasa, y le da la famosa muerte blanca,

Pero no se llega a estos extremos por azar sino porque se ha ingresado en los caminos tortuosos del deseo que, con frecuencia, no es otra cosa que la búsqueda de lo desconocido fatídico, de lo contingente en grado sumo para ahí deshacer los puñados de verdades o de certezas que ya no sirven, tal como expresan chicas y chicos de un grupo focal:

Aunque así llegues a situaciones extremas, Porque allí estás buscando un desafío contigo mismo,

Yo he intentado con el polvo y la marihuana mezclados para ver en dónde hay más peligro, más situaciones extremas, El deseo de sentir el riesgo, el hecho de superar un riesgo para llegar a otro súper riesgo,

Llegar con las pepas a la sobredosis, rápido un infarto,

Acá no hay crac, pero sería como cianuro, mastican, les sube a la cabeza, Eso comen los militares para ir a la guerra,

Este léxico configura un riesgo que poco o nada tiene que ver con lo que los adultos entienden el riesgo que se ubica en la violentación de las normas y esos efectos delincuenciales que ya mencionaron. Acá se trata de una pasión que no posee otro fin que un estado de mayor pasión. Los principios que gobiernan esta pasión, su ética, se podría decir, no serían sino esa pasión cuya lógica no se halla sino en la dinámica y economía los mismos deseos en la que el desconcierto ocupa un lugar de privilegio

No se trata de una pasión por la muerte, como podría creerse, es decir, una voluntad vigorosa por el suicidio. La pasión es por el gozo que bordea el abismo de la muerte. En la muerte no hay goce alguno puesto que es la nada, la nada absoluta. Como han dicho los testimonios, es el riesgo de llegar a la cima y saber que justo allí comienza el desfiladero de la nada. No juegan con la muerte, sino tientan a los grados supremos de un éxtasis imposible que desdice de la condición humana.

Mireille Idoux y Sylvain Maretti⁹⁹, al comentar el lamento de Cristo en el Huerto de los Olivos, Padre mío, Padre mío, por qué me has abandonado, consideran que se trata del horror que surge del enfrentamiento a la falta de representación de la muerte, de la muerte propia, el horror al abismo. Los testimonios no hablan de esta clase de enfrentamiento, primero porque no buscan la muerte, como Cristo en el Huerto, sino un goce que les sobrepase, y segundo porque es imposible que alguien pueda representarse su muerte.

La muerte es de lo que se habla, como algo ya acontecido, es decir como muerte de otro, mas no como la propia que queda siempre interdicta aún cuando se la mencione como la propia. De esta muerte hablan los adolescentes, como cosa que acaece “en el punto extremo de la singularidad. (...) No es el término, sino lo interminable, no es

la propia muerte, sino una muerte cualquiera, no es la muerte verdadera, sino, como decía Kafka, la risa burlona de su error capital”¹⁰⁰

Ellos tienen buena información de lo que significa la sobredosis y en lo que puede terminar un mal viaje. En todas partes existen noticias recientes de amigos, panas, conocidos que han muerto por efecto de esos excesos del placer a los que hacía alusión Bataille. Cuando se buscan estos excesos, se rompe el reino de Fantasía y se cae en lo

real en el ya no hay gozo alguno. Justamente la muerte acaece cuando han llegado al fin sus posibilidades de hacer juegos de lenguaje, es decir, de metaforizar su existencia. La muerte es la antítesis del lenguaje y del deseo.

La compulsión a la repetición y la búsqueda de ese lugar que está más allá del placer producen saberes sobre los riesgos que se mantienen y que también son violados. Si no hubiese violentación de sus propios saberes, no habría enfrentamiento alguno al fantasma de los goces que se llama, en ciertos casos, muerte. Es cierto que cuando se enfrenta al placer, retrocede el dolor. Pero esa búsqueda puede resultar engañosa, es decir, aparentemente se busca el placer, pero en verdad se quiere encontrar el dolor. Es bueno tener presente que la vida siempre está en otra parte, en un lugar distinto al de la muerte. Cuando se encuentran, es el fin. El encuentro es fortuito, a veces presentado, otras invocado, sugerido, llamado y hasta planificado. Pero en ningún caso el gozo es el camino a la muerte.

Los riesgos en los que se mueven los usuarios dan cuenta de que existe una adicción a la incertidumbre y a la ambigüedad, una adicción no buscada ni construida por ellos sino impuesta por los sistemas sociales, por los engaños de los que han sido y son objeto y que no siempre ha sido posible elaborar de tal manera que exijan el precio de las verdades o la hipoteca de la vida. Así comenta una chica de dieciséis años:

Se corren riesgos cuando se usan cosas que no se conocen, Como los que usan éxtasis y otras cosas, o los que hacen mezclas con todas las drogas, Y eso sí es peligroso, Sabemos que si fumamos y tomamos, por ahí nos puede dar un blanqueo o una cosa así, Siempre hay que tener un poco de cuidado, Pero hay gente que no se preocupa y que no le interesa pase lo que le pase,

Se ha señalado que la incertidumbre caracteriza a los usuarios

porque a través de la droga, sinónimo de lo incierto, buscan cosas ciertas. Lo incierto es el saber que puede producirse pero, sobre todo, los sentimientos que se piden y que quizás nunca lleguen. Los sentimientos nacen en el sujeto pero no dependen de su voluntad. Cuando alguien pretende sentir propositivamente algo, ya no se trata de un sentimiento sino un remedo, una imitación o un engaño de sentimiento.

Si este engaño inunda al sujeto, aparece lo que los usuarios denominan locura que no es otra cosa que la súbita desaparición de los sentidos, es decir, de las significaciones hasta hace un momento vigentes y que son sustituidas por otras que no pertenecen a los juegos de lenguajes mantenidos con los otros.

Curiosamente, los adolescentes poco o nada hablan de la locura. En cambio sí los niños y las niñas. Posiblemente porque en ellos los léxicos son menos seguros y requieren de mayor cuidado por cuanto viven en períodos eminentemente constructivos. A la locura anexan la presencia maléfica del diablo significación del mal interior, de la ruptura con las normas recientemente impuestas, de la culpa derivada de los límites quebrantados.

Entonces se alocan, como que se les mete el diablo, Saben ir a los buces a robar, y saben invitar y no nos sabemos ir, A otros les da la muerte blanca,

Desde los ámbitos de la pobreza, el sufrimiento se convierte en el representante del yo de niños que deambulan por las calles iniciados en labores que exigen el abandono de actividades que les pertenece por derecho propio. Ellos sufren mientras otros, instituciones, Estado, gobiernos, aseguran y fortalecen ese sufrimiento en la medida en que lo convierten en la carta de presentación, en su identidad.

El conflicto surge en el acto de rechazo de un mal que cae sobre alguien. El muchacho que no soporta las llamadas de atención de la mamá porque no estudia, se enoja y se va de la casa todo el día y no realiza las tareas escolares. Ha entrado en conflicto porque pone a los otros en su contra. Los niños son colocados en los lugares elegidos por otros que les niegan esa posibilidad de crítica para que no aparezca el conflicto: creen que si se los retira de la calle y se los mete en centros de protección o en la escuela, la sociedad ya no tendrá conciencia del mal-estar-en-el-mundo de miles de niños. Ellos se quedarán en los lugares impuestos bajo el imperativo de la obediencia neces-

ria porque, de lo contrario, serían más agredidos de lo que ya son.¹⁰¹ El conflicto de los niños y niñas es negocio de otros, inclusive sirve para lavar las conciencias de los Estado y de las personas, por eso se los trata siempre como víctimas. Los adolescentes, varones o mujeres, son malos, ellos sí están en conflicto con la sociedad.

De lo trágico de los niños se apropian las instituciones. Con los adolescentes, lo trágico consiste en ser víctimas de su destino. Cuando las proclamas sociales invocan a los papás y a las mamás, no lo hacen sino como un recurso de los dispositivos del lenguaje en sistemas de conveniencias. Cuando se trata de los niños, hasta puede entrar en escena el negocio de las piedades. Los adolescentes, sobre todo los chicos, son casos, casos perdidos porque, aunque no se lo diga de frente, se les considera corresponsables de su propio mal.

El dueño de los niños de la calle (Tenorio, 1989), se resistió a tomar en serio las palabras de las niñas y los niños porque él y su organización habían creado un cerco para protegerlos con la institución. Cuando se corrió el telón, puso el grito en el cielo. Eso no podían ni vivir y menos decir sus niños. Los niños y niñas son nuestros, ¿de quién? de todos, de casi todos, de quienes han ingresado en la nueva actitud de cuidar a los niños, pero aún hay demasiado discurso, en los tribunales de menores se pelean por unos dólares para unos niños concretos conocidos y reconocidos por papás que no dicen nuestros hijos.

Los adolescentes son de ellos mismos o de nadie. Como el *panita* que se muere tísico o de cáncer o de sida o de hambre o de la enfermedad de los abandonos insoportables pero que aparece muerto por sí mismo, suicidado con el mal vicio de la marihuana. Esas muertes no hacen cosquillas a nadie. A los chicos y chicas les llega el tiempo del castigo, el tiempo de la muerte porque ellos y ellas han labrado su destino.

Yo tenía un panita, El man pasaba en unos lados que teníamos en Machala, En ese barrio había dos o tres panitas que pasaban solo fumando, El man pasaba solo jodiendo y fumando, Se iba por allá, traía sus notas, venía drogadote, Robaba a los transeúntes que cruzaban, todo hacía,

Cuando llegó un tiempo, Por lo demasiado que él mismo fumaba, se le picaron los pulmones, Comenzó primero con una tos, dicen que

le daban escalofríos, y se le abrían los huesos, Después comenzó a andar así tranquilo,

Un día dice que se va a fumar de nuevo, Y, ¡puaf!, dice que le coge y que le picaron los pulmones y comenzó a botar sangre, y ¡puaf!, el fin,

Yo tuve un panita que se murió por efecto de eso,

Los hechos no se entienden por sí solos. No hay hechos, dice la hermenéutica de Vattimo, sino solamente interpretaciones que exigen ir mucho más allá de los llamados criterios de realidad o de los enunciados de la ética de las buenas costumbres preestablecidas.

Los criterios prefijados por la sociedad sobre las drogas, los usos y los usuarios ya han sido preestablecidos y no pueden ser observados porque hacerlo implicaría, para la sociedad de las determinaciones, quedarse sin piso. A la sociedad de las determinaciones éticas no le interesa revisar los códigos con los que se juzgan los actos. La falta de decisión en la ética se soluciona con la legislación formal en la que desaparecen las subjetividades en las construcciones de lo bueno, lo malo, lo deseable, lo asequible, lo repudiable, lo amable y lo odiable.

Los conflictos derivados en la sociedad por la droga no han sido vistos desde ninguna ética nueva de los sujetos sino desde la ley. Hasta tal punto es así que, en la nueva Ley de estupefacientes y sustancias psicotrópicas, se condenó el uso y se lo penó, primero con detención de carácter carcelario y, tras una reforma, con detención de tipo terapéutico. Esta clase de leyes desconoce las subjetividades y mide con el mismo rasero a productores, elaboradores, traficantes y usuarios. Las leyes son hechas por los juristas pero no por los antropólogos ni los sociólogos ni los psicoanalistas ni los religiosos cuyas formas de construir verdades difieren del deber ser del derecho. A estos y otros profesionales se los llama para que atiendan los casos identificados por la ley o para que ayuden a salvar el pellejo espiritual de los delincuentes, es decir, de quienes, de una u otra manera, han violentado la ley.

Los usuarios adolescentes no hablan de violentar la ley sino de la transgresión de ciertas normas destinadas a sacar de los usos la materialidad física del consumo para colocar la droga y su uso en los espacios particulares en los que se han ubicado desde los imaginarios culturales y subjetivos. No es que estas normas castren la producción

de nuevas significaciones. Todo lo contrario, los usos shamánicos, por ejemplo, siguen construyendo significaciones en cada caso, pero se mantiene el escenario que exige el rito sin el cual se perdería el contexto cultural.

Es increíble, los shamanes toman la ayahuasca de manera ritual, Si es que un idiota va y se pega sin pensar en nada, terminará muy mal, Esas sí son las cosas peligrosas,

La muerte no es cuestión de chiste, es el final del conflicto, pero nunca un desecharse a sí mismo como cosa inservible. No se trata del otro lado de la vida, es lo absoluto irreparable de la no vida. “Puede que la muerte sea necesaria. ¿Pero no se podía haber inventado de otra manera?”. La muerte es el vacío que queda cuando las significaciones desaparecen o, sencillamente se tornan inservibles. Cada sujeto depende de la significación que de sí ofrece a otro y que bien podría consistir en la seguridad o hasta en la simple sospecha de valer en el sistema representacional de otro, como cuando se ama a alguien.

La muerte no tiene que ver solo con el fin de la vida que vendría ya inscrito en su inicio. Es algo mucho más importante que el horror de dejar el cuerpo metido en la obscuridad solitaria de la tierra. Posiblemente sea caer, de una vez por todas y sin remedio, en cualquier nostalgia insoportable. La muerte no es descanso, es caída abismal en la nada. Solo la ironía nos permite colocar sobre cada tumba un RIP* absurdo y solemne a la vez.

Es el adolescente parado al borde del abismo con la pretensión de realizar la danza final y ritualística de su caída ante la mirada estupefacta y cómplice de sus amigos convertidos en videntes de su propio fin. ¿Teatralidad histérica de un adolescente que provoca compases y amores, o drama existencial de las pérdidas? *Es muy grave morir* dice la informante. Pero también es muy grave vivir sin piso, dirían otros adolescentes. Porque hay muchos que viven muriendo, lo saben pero no lo entienden sino en esas circunstancias en las que es más patético colocar el abismo ya no al otro lado del pie, sino allí mismo, a la vista.

¿Es posible llamar a la droga para que permita ver el lado cómico de la muerte? La muerte es absurda como lo es la preocupación de te-

* RIP: requiescat in pace: que descanse en paz.

nerla al frente. “Morir nunca se localiza en el espesor de algún momento, sino que su punta móvil divide infinitamente el más breve instante; morir es mucho más pequeño que el momento de pensarlo; y, de parte de esta hendidura sin espesor, morir se repite indefinidamente”

Fue chistoso, a pesar de que era una cosa tan seria, Porque estábamos drogados cuatro, cinco amigos y una amiga, Ese tipo tenía problemas por diferentes razones, Y estábamos al borde de un puente tomando cervezas, drogados, Y él se paró en el filo del puente y se iba a lanzar, Seguro que se mataba si se lanzaba,

Y mi amiga estaba cerca de allí, y avanzó a cogerle y le jaló, El tipo se puso a llorar, seguramente estaba despedazado,

Mi amiga le dijo mira, imbécil, si quieres suicidarte, puedes hacerlo, a mí no me importa, Pero tienes que pensar en esto, yo tengo clases el lunes, tengo deberes, Si tú te suicidas, nos van a investigar y nos van a cagar el fin de semana, Así que, si quieres suicidarte, hazlo otro día,

El man se puso a llorar, y nosotros nos reíamos, Mi amiga estaba súper cabriada,*

Al final, dice Vattimo (1995), la hermenéutica se topa con la caridad, esa caridad de la religión de Occidente que puede producir efectos de pertenencia.

El otro lado del mundo

Unos hablan de vuelo y otros de viaje para expresar la gran experiencia que se produce cuando los efectos del uso han llegado a un clímax en el que el placer se detiene para crear una realidad otra en la cual los imaginarios logran su realización esplendorosa. Un tiempo mágico que permite la flotación de los sentidos que arrastran al sujeto que se va porque siempre ha estado yéndose de sus carencias a continentes mágicos. Se van juntos, ensamblados por el reino de Fantasía, como Atreyu¹⁰² cabalgando su dragón de la buena suerte.

Usando la droga, una sale, o sea, sale a otro mundo, a experimen-

* La escena se desarrolla en el llamado puente roto de Cuenca.

tar cosas que nunca han pasado,

Estas experiencias no son necesariamente alucinatorias pues representan cúmulos de sensaciones vividas tan intensamente que colocan al sujeto al borde de realmente “ver” la sensación, de transformarla en imagen tal como acontece en el sueño en el que el deseo deviene imagen. En el sueño se da una producción imagógica construida por las representaciones inconscientes a través de procesos metonímicos. En esa producción son los objetos de los deseos reprimidos los que se actúan en imágenes porque allí no hay palabras.

¿Qué cosas son esas que nunca han acontecido y a las que se refiere la informante? Una experiencia placentera de carácter inundante capaz de trasladar a la persona a otro mundo sin haber abandonado su cotidianidad. La realidad a la que consigue arribar es la que describen los relatos y no otra, como el único sueño verdadero es el del relato aunque no responda ni remotamente a la realidad onírica. Así podrían interpretarse los testimonios en los que, como en el siguiente, la comparación con la realidad onírica es muy clara.

En el tiro que vos te fumes una pistola, te vuelves volado, tu mente no está aquí, así te tengamos hablando, tú no estás escuchándonos, Tu mente está en otro tiro ya, Estás pensando, Nosotros te vemos, la causa es que no estás escuchando, Nosotros te damos palmadas, y ahí te despiertas, te sacudes, La droga te vuela, te manda por las nubes, por el aire, te manda a otro mundo, tu cuerpo está aquí pero tu mente no,

Nadie sueña lo que quiere soñar, pero todos sueñan lo que algún día desearon, es decir, sueñan sus deseos en tanto fueron reprimidos porque, de alguna manera, se enfrentaron al mal. El deseo y el saber son tortuosos y catastróficos. Se sueña, pues, a sí mismo, una mismidad encargada de la construcción onírica que se disimula y se metaforiza en personajes y aconteceres aparentemente extraños al soñante. También hay buenos y malos sueños, placenteros y angustiantes. Así son también los viajes que emprenden los usadores dirigidos por la brújula de los deseos.

Es un buen viaje cuando salen unas notas buenas, digamos que se me aparece mi casa, cuando estoy en mi cuarto, ese cuarto en las paredes se me dibujan unos muñequitos, se me parece una cocina así, Vuelta otro día se me aparecen otras cosas, Digamos ya, no es siempre lo mismo sino otras cosas, Y eso es un viaje,

Aparece un nuevo elemento del buen viaje: cada vez debe encontrarse el sujeto con nuevas experiencias y sensaciones diferentes porque si hallase siempre lo mismo, ya no se trataría de un buen viaje sino de una pesadilla que, de manera compulsiva, repite el displacer. La dinámica del placer y del gozo se sostiene en el cambio. En los viajes ni lo que lo provoca ni lo que se encuentra es siempre lo mismo. La compulsión a la repetición no radica solamente en la búsqueda de la reedición constante de las experiencias dolorosas. También consiste en repetir lo placentero que se oculta en la experiencia dolorosa.

Quizá nunca se conozca qué es lo que en verdad se busca, y saberlo probablemente no sea nada importante para la economía y estética del deseo. El deseo consiste en buscar en un dédalo sabiendo que en algún lugar más mítico que real se encuentra la salida que permite el encuentro con los verdaderos objetos deseados. Es lo que dice Lyotard: “El deseo es el operador efectivo que en cada caso se confunde con las variables de un agenciamiento”¹⁰³. Si se tratase de un puro deseo de deseo, abordar el tema del deseo equivaldría a hablar de psicología de las masas en el Sahara.

Los usos, en consecuencia no se relacionan con la economía libidinal del vicio ni con la estética contemporánea de la maldad. Primero está el deseo entendido como la fuerza que moviliza la existencia que determina la búsqueda incesante y el hallazgo de objetos gratificantes. Si alguna adicción existe es a lo placentero pues el ser humano es hedonista por excelencia. Solamente una cultura del sufrimiento y del malestar hizo que la búsqueda de lo placentero sea mal vista o menospreciada.

Se realizan vuelos y viajes ya sea para hallar o bien para repetir, como en los sueños, las alegrías ya vividas o las que no se vivieron pese a los deseos. Tal vez con las alegrías aconteció lo mismo que con los dones rechazados por los principios de la buena educación de la cultura mojigata. “Siempre me habían enseñado que cuando te ofrecen algo que te gusta tienes que decir enseguida no gracias, y no una sola vez, no decir gracias y después tender la mano, sino esperar que el otro insista, que te diga por favor. Solo entonces el niño educado puede ceder”¹⁰⁴. Pero un niño dice:

Ah, cuando usted fuma, lo que siente es una tan grande alegría que, si se le acaba la droga, entonces hasta va a robar, y así sigue fumando, Y si no le dan, se pone a pelear porque no le dan grifa,

¿Valdrá pensar que tan solo un sistema de compensaciones psíquicas explica estos usos y estos efectos? La idea de las compensaciones es muy relativa porque toma en cuenta el campo de las privaciones y deja de lado el de las búsquedas originales. Es decir, no todo es frustración, pese a que el sujeto se haga desde la frustración. Precisamente una teoría del deseo que no parte de la frustración permite entender mejor tanto la repetición, la compulsión a la repetición y la búsqueda de lo gratificante.

Se ejecuta el vuelo en pos de saberes que no necesariamente deben encontrarse en el círculo del mundo que comienza y se agota en los entornos denominados sociales, religiosos o políticos. De hecho, hay filósofos que sostienen que no se puede decir nada de lo que está fuera del mundo o lejos del círculo del yo o que es ajeno al tiempo propio y al orden establecido. Hay que acudir a la lógica del fantasma, de lo incorpóral y lo impalpable para hallar las otras rutas. Al fantasma ya no le interesan los acontecimientos, ni los tiempos reales ni siquiera el mismo sujeto como yo social o político, sino como el que desea y agencia su deseo, el que vive el placer o es actor de sus sufrimientos y víctima de los impuestos por los otros.

El fantasma está en el acontecimiento, no como un suplemento imaginario que se engancha a la realidad concreta. El fantasma está ahí como repetición necesaria para la producción de los sentidos nuevos, contradiciendo esas filosofías sostenidas en los conceptos puros de las cosas.

Para Foucault, por ejemplo, cuando comenta a Deleuze, al pensamiento le corresponde la repetición teatral del fantasma, la repetición del acontecimiento en tanto es “fantasmática repetición del acontecimiento ausente”¹⁰⁵ Lo que para el criterio de los adultos no pasa de ser una necia e innecesaria actividad, para los usuarios se trata de un viaje en y con el fantasma para repetir acontecimientos y para producir otros nuevos. Por eso he calificado de tratado sobre lo imaginario y lo fantasmal la novela de Ende. Allí acontecen los viajes y los vuelos posibles destinados a producir otros saberes, y estos otros acontecimientos que acontecen en un mundo que se encuentra más allá de la esfera del mundo y fuera del tiempo y de los acontecimientos regidos por lo social y por Dios.

Como dice el último testimonio, si se acaba la grifa, hay que buscarla del modo que sea para sostener el vuelo y para mantener la re-

petición que, como se ve, no es de un acontecimiento, sino del acontecimiento más su fantasma. “Repetir, dice Deleuze, es una forma de comportarse, aunque en relación con algo único o singular, que no tiene semejante o equivalente”¹⁰⁶. Y en esto consiste un viaje, tal como lo describen los usadores, en la repetición como “eco o vibración más secreta, de una repetición más interior y más profunda”, continúa Deleuze.

En el buen viaje, todo me ha salido como yo he querido, bacanísimo, Puta, me he sentido la persona más bacán de la tierra, Me han salido bien todas las cosas,

En estos viajes no se dan, pues, generalidades que se repiten sino diferencias que se construyen en la repetición. Los usos se transforman en una ley que únicamente sirve para crear semejanzas entre los sujetos usadores, mas no para que desde esa ley se dé la repetición.

A causa de la compulsión a la repetición y del principio de que más allá del goce se oculta el fantasma de la muerte, los usadores se triquean, es decir, llegan al malestar como la experiencia opuesta a lo placentero. Bienestar y malestar caminan como paralelas que se cruzan y se intercalan en la existencia. Lo absoluto es imposible ya sea desde el bien o desde el mal. Igualmente imposibles el paraíso y el infierno en tanto formas vacías de indiferenciación total en los que no hay cabida para las subjetividades.

Al malestar se lo busca, pero también se lo encuentra en el camino porque forma parte de la condición humana. Imposible, en consecuencia, que los usos no lleguen a ese punto en el que la metáfora de lo bacán mute hacia la metáfora del triqueo o del blancao.

No existen conceptos sobre los afectos sino explicaciones aproximativas. Como sucede con los mitos, tal vez la sumatoria de todos los relatos sobre los efectos terminen construyendo la verdadera definición de un afecto. Hasta que eso suceda, quedan los relatos, como el siguiente de un chico de diecisiete años:

Triquearse consiste en que uno se queda así como loco, así como asustado, así como medio mal, O están viendo así como que se te quieren meter por el techo y entonces te quedas como asustado, Pero esto no es asustado sino que te triqueas, Es que no tienes miedo de nada sino que estás triqueado, Uno hasta se podría morir ahí mismo,

En otros casos, ya no se trata de susto sino de miedo, tal vez a la

caída fatal, o a ese exceso de goce que lleva a la perdición de lo perverso. Por eso triquearse puede conectarse con la culpa. Se trata de un miedo que no se cura con más droga, sencillamente está ahí de manera inevitable, con la fatalidad de la ironía.

Una tiene miedo, y se toma una droga, pero igual, sigues teniendo miedo, Es como cortarse, cortarse el vuelo, ya no da más, después te puedes arrepentir.

Esta es otra sensación, la del corte del vuelo. No se habla de una interrupción sino de corte, es decir, hasta aquí llegó y aunque sigas tomando más droga, ya no hay nada que hacer porque el viaje se cortó porque en donde debía existir un puente o una continuidad ahora está el abismo. La experiencia extrema es el enfrentamiento a la nada, la muerte. Es lo que se denomina blanqueo, sobredosis, intoxicación extrema que coloca al usador en la experiencia de la caída fatal.

Termina en la muerte, sí, la muerte, entonces en el tiro del mal vuelo ya estás metido en la droga, mejor dicho te pones en la perdición,

De esta *perdición* no se sale porque cada usador, en especial cuando ha hecho del uso una práctica regular, construye una suerte de promesa de volver sobre los pasos como parte de la fidelidad al placer.

Ética del control

Todo acontece según discordia, dice Heráclito. La discordia está, en primer lugar, en el nacimiento mismo del deseo y en su objeto, luego en los caminos que sigue y en las estrategias que utiliza para lograr su objetivo irrenunciable. Es este el tema de la moralidad al cual no se puede quitarle el bulto.

También para el análisis ético de los usos son necesarias otras formas de acercamiento puesto que de antemano han sido ya colocados en el campo del mal. Tan absoluta es esta ubicación, que si alguien se atreviese a decir lo contrario, sería víctima de cualquiera de las nuevas inquisiciones de las que está lleno el mundo de las certezas. Para la moral censuradora es preciso desechar el mal porque allí anda lo demoníaco, como dice Deleuze, de una la experiencia ya maldicienda que no tiene más salida que la desesperación.

¿Se podrían entender los usos y los usos conflictivos como impug-

naciones a los regímenes de la tradición repetida en los ordenamientos sociales, políticos, económicos y religiosos? Si fuese así, no cabría otra alternativa que la revisión de esos regímenes más que de los usos mismos para encontrar otras formas de expresión de la contrariedad. Si los criterios morales cambian, no lo hacen porque alguien lo decreta sino porque es necesario interpretar de manera diferentes actitudes y actos realizados en un mundo también distinto. Ninguna ética que reclame para sí la virtud de la perennidad vale para un mundo en el que el cambio es la norma inapelable.

En la contemporaneidad, la ética ya no se refiere al bien y al mal solamente sino también, y quizás de manera fundamental, a la verdad y a los saberes. En efecto, por una parte cuestiona la verdad de las transmisiones impuestas y, por otra, vigila la producción de las verdades que nacen de las interpretaciones. Según Foucault, se trata de la pertinencia de un referente que organice y configure la vida de los sujetos en un mundo caracterizado por el cambio y la constante traslación de significados. De una instancia que permita que la vida se convierta en una obra de arte, lo cual se obtendrá transformando a la ética en una estética.

“Esto significa, dice E. Delgado, la construcción de una imagen coherente de sí, una relación consigo mismo de conocimiento y reconocimiento que posibilite un saber práctico, moral, como arte de vivir, como arte del gesto, arte del reír, arte del callar, arte de lo erótico, arte de la amistad”¹⁰⁷. Como se ha visto, los usos forman parte de esta estética en la cual se hallan involucradas las subjetividades.

De manera permanente los usuarios hacen referencia a la idea del bien y del mal. No juzgan como antiético el consumo, pero sí lo que califican de drogadicción que algunos incluso incluyen en el campo de los vicios. Aún en estos casos, no son los criterios de orden moral los que prevalecen sino más bien los lexicales, es decir, quien consume de manera permanente y llega a excesos es un drogadicto.

Las representaciones sociales estereotipadas no encuentran sino consumidores y materias consumidas sin control ni medida. Como dicen los profesores, *el control de ellos está dado sobre todo por el dinero. Tienen plata, consumen todo lo que pueden*. Si así fuese, se habría vuelto caótica la vida de una inmensa población de toda la tierra.

Sin embargo, los usuarios sí se protegen de los excesos o de los usos que podría acarrear algún tipo de riesgo. El hecho de preferir y

recomendar que se use en grupo es una forma de protección y la protección es control. Inclusive cuando se han producido los malos viajes o el blanqueo por exceso, los amigos están ahí para cuidar del compañero, porque *si no hay protección, ahí lo que te puede llevar es directo a la muerte*, El uso en grupos crea alianzas de solidaridad que no se dan en casa pese a las demandas. *Aunque a veces nos aconsejan mal, dan el cariño que no hay en un padre*. En esas alianzas, están presentes los criterios de lo conveniente o inconveniente, formas de bien y de mal en una distribución no maniquea de las cosas, de los sujetos y sus actos.

Los usuarios están totalmente lejos de todo nihilismo que auspice la gran farra en la que todo está permitido y en la que los límites tan solo servirían para crear obstáculos a las reproducciones de lo placentero o lo gozoso. Aunque unos, como Vattimo, no vean relación alguna entre nihilismo y violencia, sin embargo, si se toma al nihilismo como la teoría de la destrucción de todo, entonces sí se lo estaría colocando en el camino de la violencia destructiva.

Con las nuevas filosofías, el tema de la ética es cada vez más complejo. Habermas pone menos énfasis en los usos del lenguaje y orienta sus posiciones éticas a la “reivindicación del mundo de la vida como ambiente que rige y hace posible las diversas formas de la acción”¹⁰⁸. Para M. Foucault, la ética es la de las subjetividades, del derecho a las diferencias y a las variaciones que se darían, según Rorty, en los juegos de lenguaje.

¿Será que *Ellos quieren mismo buscar el mal*, como dice un muchacho de catorce años al referirse a los usuarios extremos? Si todos los usuarios buscasen el mal u obrasen el mal, ¿por qué crean relaciones de protección? Se alaban los usos, pero hasta en los grupos aparentemente extremos, la protección termina siendo una especie de código de sobrevivencia siempre presente.

Nosotros mismos nos protegemos, viéndonos, cuidándonos, Todos, uno tras otro, se cuidan, En el grupo de nosotros, cada quien cuida, Pongamos, ahorita él está fumando, y yo estoy ahí, Yo le puedo decir, anda, fuma que yo te vigilo todo, no pasa nada, fuma tranquilo, Ese es el tiro de uno, de la gente de aquí.

Esta es una ética sencilla de lo cotidiano dirigida a la protección en las relaciones interpersonales y que regulan en cierta medida los usos. No es correcto, dicen, que alguien fume polvo con cigarrillo si

no ha comido. *Eso es prohibición porque por eso les da la blanca, Se tiene que estar con el estómago lleno para poder vacilar,*

Para las niñas y los niños las cosas son más difíciles porque están solos y sin estrategias de protección o si alguna vez aparecen, son mínimas. Cada uno se enfrenta a su uso y los otros no son custodios o algo por el estilo, cada uno realiza su viaje, bueno o malo, y vive los conflictos del enfrentamiento a ese espacio de sus imaginarios en un cuerpo que queda en total desprotección. Son ellos los que dicen *cada cual busca su propio mal.*

Como dice una de las niñas, hay casos de niños que han muerto por usar demasiado cemento porque *no hay ninguna forma que se protejan.* Quizás quienes trabajan con los niños de la calle jamás les han hablado de la protección en el uso, probablemente porque se cree que hacerlo implicaría justificar y avalar los usos.

Para los adultos, los usuarios se lanzan a ese mundo de perdición desde el mal. Los usos representan la anticultura y la antiética y están motivados por fuerzas internas incontrolables que desdican de toda idea de protección. Se ha indicado que la ética social se sostiene en la generalidad que impide ver las repeticiones que se dan en las subjetividades. Esta ética ve y juzga sobre conductas generales y leyes universales. Juzga que en los usos se hacen evidentes el mal del deseo y el deseo del mal que caracteriza a la antiética.

Esa ética ha elaborado ya un juicio previo y nadie que use una droga puede escapar del mal puesto que todos sus razonamientos no son más que perversos justificativos que no hacen otra cosa que ocultar el mal, es una careta del mal, de esa fatal cobardía de quienes se proponen vivir en el mal y el engaño a expensas de las buenas costumbres. Como diría Bataille, para el ángel todo lo que sepa a placeres y gozos terrenales sabe a maldad puesto que comprometen al sujeto en su corporeidad erótica y deseante.

Desde la óptica de la ética del mal, lo que más desea un herido es recibir otra herida, el usador usar más hasta consumirse en las caricaturas de ciertos filmes en los que se ve a los traficantes caminando hasta la muerte total sobre inmensas montañas de base de coca o de cocaína.

Todo lo que hacen lo hacen en total inconsciencia, nada sienten, Por lo mismo, nunca se protegen con nada,

Los que usan drogas no tienen un sistema preventivo, De hecho

drogarse puede ser un hecho paradójico pues uno no puede decir me drogo pero con cuidado o no me voy a drogar mucho o no voy a consumir demasiado, O sea en gran cantidad o en menor cantidad, eso no se puede

El texto de Bataille en torno al culpable, tal como lo ve la ética de las tradiciones, sería una buena respuesta: “Por un lado, la búsqueda del placer es cobarde. Pretende el apaciguamiento: el deseo, por el contrario, está ávido de no saciarse jamás. El fantasma del deseo es necesariamente mentiroso. Lo que se da como deseable está enmascarado. La máscara cae un día u otro, y en ese momento se desenmascaran la angustia, la muerte y el aniquilamiento del ser perecedero”¹⁰⁹.

La ruptura del tabú

La ética, como disciplina que versa sobre el bien hacer, ha creado conceptos generales sostenidos en la existencia de una esencia común a todos los seres humanos: la idea de la racionalidad o de que todos son hijos de Dios. Ante la complejidad de lo subjetivo y de lo social, la salida ha sido construir generales destinados a entender, aprehender y juzgar.

Los sujetos se hacen con estos criterios que les llegan a través de la familia y las instituciones sociales. En este sentido, se podría afirmar que no existe sujeto sin ética. Incluso los perversos que reniegan de la ética social, para sobrevivir deben construir otra ética que se oponga a la social, la ética del imperativo incondicional de su deseo que entra en contradicción con la existencia de otros sujetos organizados mediante la cultura.

Los usuarios de drogas forman parte de una sociedad conformada con sujetos clasificables desde lo económico, lo político, lo religioso, lo psicopatológico o lo ético. Por lo mismo, allí están y estarán los neuróticos, los psicóticos y también los perversos y, como dicen, cada uno tendrá sus propias notas que le lleven a los usos y producirán sus notas con la marihuana, la base o el cemento de contacto. Por otra parte, es posible que un determinado uso incentive o acelere esas formas de estar en el mundo que caracteriza a cada cual. Corresponde, por ejemplo, al psicoanálisis la cuestión de la articulación que se daría

entre las drogas y la producción de síntomas en el sujeto.

¿Son las drogas las responsables de las conductas y de los problemas de sus usuarios, según opina Pandolfo¹¹⁰? Sin duda, las drogas forman parte de la conflictividad de la sociedad contemporánea. Como dice el autor, ¿constituye la causa de una parte importante de los males personales y sociales? Sí, pero mucho menos que otras realidades que han deteriorado de manera alarmante la moral y los códigos simbólicos de las sociedades. La corrupción ha producido males incomparablemente mayores que los originados por los consumos. Pero los tratos no son los mismos, los criterios morales para juzgar a unos y otros provienen de fuentes y racionalidades diferentes. Si bien la corrupción está condenada en la misma dimensión imaginaria que el uso de drogas, a los corruptos se les entablan juicios interminables, al usador se le detiene y se le obliga a tratamientos forzados.

Existen usuarios que, en el escenario de los usos, sacan a relucir lo que demuestran y también lo que esconden en la cotidianidad, más o menos igual a lo que acontece en los excesos alcohólicos. En algunos casos, el usuario puede quedar de tal manera atrapado por el poder del deseo que llega a perder el control sobre sus límites. Entonces la mismidad se descarría hasta perderse en sus propios abismos. Son los *fondos*, los abismos en los que ha caído.

El sentido del *fondo* es subjetivo porque toma en cuenta los sistemas personales de control, las normas que se mantienen o se quebrantan, la clase y la calidad de las relaciones que cada persona mantiene con los otros y con las normas de la ética que sostiene las relaciones y la misma subjetividad. Para unos, el *fondo* consistió en maltratar verbalmente a los de casa pues de esta manera se puso en entredicho momentáneo los regímenes del respeto y de las ternuras de los cuales forma parte el usuario. En otros casos, se refieren a las indelicadezas con lo doméstico: el dinero que se sustrae de la cartera de mamá, las cosas que se venden para comprar droga.

Mis fondos han sido insultar a mi mami, tratarles mal a mis hermanas, les cogía la plata solo para irme a fumar,

Estos extremos avergüenzan y culpabilizan. Por lo tanto, no son menos graves que otros que, vistos desde otra óptica, parecen más complejos o más graves. En consecuencia, cada *fondo* remite a la subjetividad que mide y valora sus actos y sus modos de estar en relación con los otros.

Yo te voy a decir la verdad, Yo drogado le entré a puñetes a mi veterano, Ese es el fondo que llevo y que por primera vez me metieron a clínica, Uno va con ese sentimiento y, mejor dicho, yo lo desfogue con él, Lloré, llegó él, le pedí disculpas, le di un abrazo, Y hasta aquí no le he faltado al respeto, Y ahorita sí me he calmado, sí fumo mi tiro, pero ya no como antes arrebatadamente,

La paternidad y la filiación no son asuntos biológicos sino algo mucho más complejo. Amores y ternuras, construcción e imposición de límites con la posibilidad de crear imaginarios para el sostenimiento de las identidades. Una relación que se significa en los imposibles de transgredir las distancias que marca la cultura.

Freud enseñó a mirar más allá de las apariencias para encontrar otras realidades, quizás las más importantes de la vida. Con esos nuevos ojos del psicoanálisis, descubrió que luego de serias sospechas sobre la relación de la pareja parental, el niño y la niña ingresaban a formar parte de uno de los dramas más trascendentales de la existencia. Con la tragedia de Edipo Rey de trasfondo, se dio cuenta de que algo similar acontecía en ese triángulo amoroso: un niño que quiere para sí a la mamá, un hombre que defiende su objeto de amor y una mamá-mujer que decide seguir siendo compañera sexual de su esposo y mamá amorosa y tierna a la vez. No es que el hijo o la hija se enamora de su mamá como lo hace el adulto, tampoco que desea mantener una vida sexual como la de su papá. Nada de eso. Su deseo tan solo se refiere a la exclusividad de la posesión.

¿Qué hacer con este rival? Destruirlo, usar alguna de las fórmulas de los imaginarios para que desaparezca de una vez por todas. En la práctica, el niño o la niña empieza a desarrollar ciertas actitudes claramente agresivas en contra del rival, si lo ve junto a la mamá, se coloca en la mitad, le empuja y le saca de la cama, no soporta las expresiones de ternura que se brinda la pareja. Pero en esta lucha gana el rival porque es grande y poderoso. Las fantasías de destrucción no solamente que han sido inútiles sino que, además, se han volcado contra él mismo. En efecto, presiente que el rival puede atacarle e incluso destruirle.

Los niños son sabios. Para resolver este grave problema acuden a la más humana de todas las soluciones: toma al rival como modelo, ya no le rechaza ni le odia, empieza a amarlo porque descubre que si

se hace igual a él, poseerá lo que ama. Con su lógica del deseo, deduce que únicamente siendo igual al rival poseerá las cualidades y los poderes de papá. Resuelve el primer drama de la existencia y así se habilita para crecer y construir la legitimidad de sus deseos e incluso la libertad de su vida. Todo esto ha acontecido en el lugar de los lenguajes y de los imaginarios. Pero cuando fracasan las palabras y los sistemas simbólicos, los actos ocupan su lugar y atentan contra los signos de las pertenencias.

Yô no la respetaba, la puteaba, Le decía vieja e mierda, Y también a mis hermanas, Ahora en año nuevo, yo estaba así chupando, jodiendo con unos panas, Cuando llegué a ver que mi veterana estaba con otro hombre en la casa, Y como mi veterano ya está muerto, tiene que respetar, sí o no, la conciencia de sus hijos, Entonces cogí y entré a pegar a ese otro man, y mi veterana se puso asustada y mis hermanas llorando, y yo tiraba piedras y todo por efecto de las drogas,

Cuando se habla del mal y de la maldad no nos referimos a nosotros sino a los otros mediante un proceso de desplazamiento que intenta eliminar la culpa personal para mirarla mejor desde fuera porque ya ha sido depositada en otro. En este instante escóptico, el mal es lo que se enuncia de los otros. Esta negación no impide que el mal siga habitando esos fondos de las subjetividades en los que Freud colocó lo reprimido, las pulsiones de vida y de muerte. Pozo ciego en el que bullen las pasiones concebidas como libido en estado puro. Algunos de los viajes de estos muchachos y chicas probablemente, en vez de encaminarse hacia el lugar de las maravillas, pierden su rumbo y se precipitan al fondo del caos. Allí se encuentran con el Mal que emerge cuando las palabras han perdido su valor de significar.

Y todo por efecto de las drogas. Fórmula de alquimista que busca que el bien y el mal se expliquen por la magia de las cosas y no por las relaciones de los sujetos con sus propias verdades y deseos. Cuando la sociedad acusa a la droga de producir estos efectos, pretende lavar los trapos sucios de su conciencia manchada por todo lo que ha dejado de hacer sistemáticamente por los niños, las niñas y los adolescentes. Las drogas terminan siendo el aguamanil de los Estados y de los gobiernos.

Los monstruos de las tinieblas se encuentran a la espera de estas oportunidades para emerger con la fuerza de maldad y convertirse en actos puros. El sentido más claro de la maldad no consiste en la

violencia o la agresión sino en cosificar los lenguajes, en despojarlos de su consistencia simbólica. Barthes nos recuerda que “Nietzsche ha hecho notar que la «verdad» no era más que la solidificación de antiguas metáforas”¹¹¹. Hay que recordar que la expresión solidificar es también una metáfora que no lleva a la cosificación sino que la rechaza.

Comencé a robar a los transeúntes poniéndoles las manos, Pero no me gustaba hacer eso, Entonces quise cambiar, Y fui a Cuenca y me rehabilité por nueve meses, Y de ahí me vine a mi casa, Y encontré a mi veterano muerto, Y mi veterana metida en la prostitución, y todavía más, le había metido a mi hermana, Y no me gustó eso, y no pude ser más fuerte y me descarrié de nuevo,

¿Qué son la mamá, el papá, las hermanas sino metáforas que configuran de otra manera a esas mujeres y varones? El cuerpo también lo es porque para ser objeto y sujeto de placer, para existir en la vida y proveerla de sentidos ha debido ser atravesado por los códigos de la cultura. Cuerpo lenguajeado o palabreado lo suficiente como para transformarse en la identidad de cada sujeto.

Cuando las personas deterioran sus lenguajes o cuando no son ni entendidas ni tratadas desde los lenguajes, se cosifican. Es decir, se convierten en objetos destinados a usos extraños en los cuales el sentido de la abyección es lo más importante. Objetos para ser tomados y desechados como cosas inservibles. El cuerpo, por ejemplo, deviene objeto, realidad pura con la que el otro pretende construir placeres perversos.

Algunos de los *fondos* a los que llegan ciertos usuarios tienen que ver con esta desconfiguración simbólica e imaginaria de los cuerpos que van desde el incesto en su forma más grave hasta lo indiscriminado de la sexualidad erradicada de la cultura que se ha convertido en cosa inservible, en objeto de mofa.

Yo he escuchado que se hacen tortilla, es decir que se han regalado, se culean los unos a los otros, se hacen vira y cambia, Eso es ser tortillero,

Que se han comido a su mamá, Si, vea, yo he escuchado un fondo que un man se ha culeado a la mamá mismo, Yo he escuchado cosas pesadas, mejor dicho cosas que ni se pueden decir porque son mucha huevada, Esas cosas quedan para uno y para la clínica,

Igualmente que han violado a sus hermanas,

Pese a su profundidad, estás caídas aún reclaman miradas y otras palabras. Solo me reconozco si presencio acompañado la soledad de mis semejantes, dice Umberto Eco.

Enemigas del estudio

Para la sociedad, los estudios constituyen el área en la que con mayor claridad se evidencian los efectos nocivos de los usos. La pérdida de interés por lo académico incide en el deterioro de los principios morales y de los valores. Así se cierra el círculo del mal.

Del sistema educativo se ha escrito mucho en los últimos tiempos, sin embargo, la educación no se somete a cambios que tengan que ver con las concepciones del ser humano y del mundo contemporáneo.

La educación académica transita a través de centros educativos hechos y funcionando desde la profunda pobreza hasta la extrema riqueza. De igual manera, los usuarios de drogas están a lo largo y ancho de este rondador social, entonando cada cual su propia música: desde los niños de la calle con el humilde y fatal cemento de contacto, hasta los que poseen dinero suficiente para construir un éxtasis sin mística logrado merced a una pastilla de su nombre.

En los estratos populares, los maestros piensan que los usuarios, enviciados en la droga, se desprecupan de los estudios o abandona el colegio. ¿Por qué los usos deterioran los procesos de aprendizaje? Para maestras y profesores existen dos fundamentales razones: los daños físicos y la pérdida de interés. En su criterio, las drogas disminuyen la capacidad intelectual y el poder de concentración. Estos son posicionamientos sostenidos en el principio de fatalidad que se utiliza para juzgar a los inferiores en las relaciones de poder.

Es que pierden la capacidad para el estudio, Las drogas les dañan el cerebro y entonces ya no pueden ni estudiar ni concentrarse,

Ya dañada la capacidad de estudiar y de aprender, es lógico que todos abandonen el colegio o permanezcan en él arrastrando un proceso que no sirve para nada. Las sentencias de los profesores y de los de casa son tajantes: *De los que yo conozco que consumen, la mayor parte de ellos no estudia,*

Una sentencia atroz. En el país y en el mundo, cada vez aumenta el número de chicos y chicas que usan drogas. ¿Podrá ser que la mayoría haya abandonado los estudios? Con esta clase de afirmaciones se arman discursos con los que de una vez por todas se ataca a los adolescentes y a las familias para no tener que pensar en complejas explicaciones que vayan más allá de las apariencias. El saber construido sobre las apariencias no sirve para explicar nada y menos aún las complejidades sociales.

A las limitaciones intelectuales se añade la falta total de motivación. El cuadro que pintan es casi dantesco: adolescentes perdidos en vicios que les envuelven cada vez más y que, como si se tratase de un ser maléfico, les ha extraído la buena voluntad, el optimismo y las ganas de saber. En ellos no queda nada que no sean las ganas imperativas de más droga, como dice un profesor:

El estudio para ellos es algo sin importancia, Para qué forzar su mente, para qué forzar su inteligencia, si a ellos ya no les interesa, Ellos ya entraron en ese mundo de la drogadicción, allí para ellos la meta más importante es tener los medios asequibles para poder obtener la droga y sentirse bien,

¿Es el aprendizaje un acto de forzamiento de la mente o de la libertad y la autonomía? ¿Es cierto que ya no les interesa estudiar, es cierto que únicamente viven para la droga y para nada más? No existe la verdad sino solo interpretaciones de las cosas sin embargo, para estos maestros sus percepciones y afirmaciones no son interpretaciones sino verdades irrefutables.

Nunca, pero nunca, puede haber una buena estudiante que consume drogas, Es que por algo se han de refugiar en eso, No deben estar bien esas muchachas, por eso van a las drogas,

Finalmente, ya no son solamente las drogas y su total desinterés. Ahora es una especie de conciencia de sí hegeliana la que determina que los usuarios abandonen el estudio: ellas y ellos han descubierto que no sirven para nada que valga la pena. Son basura, objetos abyectados no por la sociedad sino por ellos mismos que han preferido el vicio a la virtud y la ignorancia al conocimiento.

Además, ellos piensan que prácticamente no sirven para nada, Entonces lo único que ellos quieren es sentir el placer o sentirse complacidos por medio de esta droga ya que se sienten basuras humanas,

Las palabras tienen sentido cuando conducen a la significación y

también cuando se encaminan a alguien y no a algo, cuando forman parte de las redes de la comunicación entre sujetos. Si se dice de las chicas y, sobre todo, de los muchachos que usan drogas, que no sirven para nada, que ellos mismos se perciben como basuras humanas, ¿cómo estos decires y estos léxicos afectarán su existencia, cómo se introducirán en sus imaginarios y, desde allí, en la construcción de sus identidades? Yo, Juan, soy basura porque soy dicho: Juan, eres una basura. Proposición que resume series de proposiciones previas enunciadas en discursos sobre Juan, la droga, los usos y abusos y muchas otras realidades, acciones, actitudes o posicionamientos de Juan y de las interpretaciones realizadas por el enunciador

Mientras Juan permanece más o menos fijo, como sujeto de lo enunciado (eres una basura humana), el sujeto de la enunciación se esfuma, desaparece entre los múltiples decires de la sociedad destinados a descalificar, per se, todo uso. No hay un yo que se haga cargo de ese decir pues es un “todos dicen que eres”. Ese colectivo universal “todos” pretende construir el criterio de verdad sobre lo dicho.

Porque si ya me siento bien con la droga, me quedo con la droga, Y el estudio es otra cosa, lo dejan porque es mejor la droga, Mejor estar con los amigos que con los estudios,

Con los estudios se comparte incluso la adicción, Las drogas y los amigos te hacen dejar los estudios,

Mientras tú estudias, tienes que presentar un deber, entonces estudias, porque tienes que dar una lección, Porque tienes un compromiso con los estudios y no tienen compromiso con nadie, Así con la droga te sientes bacán, no tienes la preocupación que mañana tengo que presentar la lección,

En los ambientes en los que estas proposiciones construyen las relaciones entre los sujetos porque enuncian y califican a la vez, los usuarios terminan actuando el enunciado. Se convierten en el objeto de lo dicho: basura, vagancia, inutilidad total. Las proposiciones sencillas, entrecortadas, del siguiente testimonio dan cuenta con suficiente claridad del efecto que sobre estos chicos y estas muchachas ejerce lo dicho por la sociedad de los adultos, distribuidores exclusivos de la verdad:

Así se siente ser vago, se hace vago, Ya no quiere ir al colegio, para qué va a ir, solo quiere andar fumando, vagando,

El lenguaje no hace al ser de la nada, pero en cada relación los de-

cires van modificando la forma del ser, lo configura, como señala el testimonio. No lo hace, comenta Eco, “lo interroga encontrando siempre y de alguna manera algo *ya dado* (aunque estar ya dado no significa ser ya finito y completo)”¹¹². Porque no es ni finito ni completo, y menos aún los niños y adolescentes, esos lenguajes les afectan en su ser y responden con esa afección (ser vagos) a los enunciados en los cuales están los deseos de los sujetos de la enunciación, es decir, deseos de las personas que hacen esas afirmaciones construidas desde los prejuicios.

¿Por qué los adultos, los gobiernos, las autoridades se afanan tanto en descalificar a los adolescentes cuando tienen problemas? No es difícil percibir en estas actitudes los reprimidos deseos filicidas que han tenido siempre las generaciones mayores frente a las nuevas porque saben que ellas serán sus inevitables sepultureras.

Por su parte, desde la no fatalidad de sus discursos, chicas y chicos estudian de manera más o menos adecuada, rinden bien. Como decía la muchacha que salva del suicidio al amigo al borde del puente: *suicídate otro día, porque ahora tengo que estudiar, tengo que hacer deberes*, Y otra dice:

Fresco, nosotros fumamos una nota y estudiamos fresco, Por su puesto que a veces es chévere estudiar y sacar buenas notas, y esa nota, Pero a veces no nos interesa, pero eso no depende de que fumes o no, Simplemente es así con todos, Ahora, si eres zanahoria, entonces te metes solo a estudiar, bueno, bacán para ella,

Hay chicos y chicas que usan drogas que son buenos estudiantes y que disfrutan de la escolaridad, no solamente cuando se trata de usos esporádicos sino también en los casos de usos frecuentes que ellos están lejos de considerarlos inhabilitantes. Esa es precisamente la sospecha: el origen de la inhabilitación no se ubicaría en los usos sino en los discursos y también en las demandas que realizan los usuarios a través de los usos. Si se desea remplazar los saberes académicos por otros que no se dan en el aula sino en los escenarios de la droga, entonces el usador produce algún nivel de renunciamiento y esa parte sustraída al aula va a los usos para esas nuevas construcciones.

O sea, son buenos o malos alumnos, pero que sean necesariamente malos, no creo, Porque yo tengo amigos que sí consumen cierto tipo de droga, pero son buenos alumnos,

No es cierto para todos, Porque a mí me gusta estudiar, hasta aquí

estoy bien, Si otros muchachos se despreocupan de los estudios, no sé por qué, a lo mejor les domina la droga, o no sé qué pensamiento tengan ellos,

La posición de los adultos pretende negarles toda intencionalidad pues parten del principio de que las drogas les atrapan y les dejan sin libertad. Pero chicos y muchachas piensan todo lo contrario. No acusan a la droga ni al uso por el problema escolar sino a otros factores como por ejemplo, los niveles de nutrición que los profesores de los sectores populares y marginales no tomaron en cuenta en sus opiniones.

Hay algunas que ponemos de nuestra parte, somos las que queremos estudiar, Digamos, yo estudio por la mañana, por la tarde consumo, Pero eso es cuando se quiere salir adelante, Pero otros dicen eso a mi no me importa, yo no quiero estudiar, y se van por otros caminos, Vuelta una puede consumir y a la vez estudiar,

Con el tiempo afectan, Por ejemplo, a un adolescente, qué sé yo, que se alimenta bien y está usando droga le afectará un 20%, Pero si ya hablamos de otro que no se alimenta bien, entonces ya hablamos de otra cosa, Y si nos ponemos a ver después, seguramente le va afectar más,

También los niños dicen que a sus pares les llegan a interesar más las drogas que los estudios y que se quedan en la calle y no van a la escuela. Sin embargo, para algunos, sobre todo para los que trabajan en la calle, el cemento de contacto hasta sirve para estudiar mejor. Así comenta Cristina que tiene diez años:

Saben decir que es bueno para estudiar, Porque dijo mi amigo que es bueno para la cabeza, para estudiar todo eso, Pero ahora ya le mandó sacando el Director porque fundea,

Las vías al poder y la libertad

La historia de la humanidad se sustenta en la seducción. En buena medida, no es más que la seducción hecha historia con las mil y una variaciones creadas por los fantasmas. Pese a que la seducción no conduce necesariamente al mal, en la práctica, con la hermosura del engaño lleva a sus víctimas a los mundos de los placeres prohibidos. Con los mitos judeocristianos, el mal se introduce en los dos pa-

raísos mediante la seducción. Luzbel, la hermosura de la luz, seduce a legiones de ángeles a quienes ofrece otro reino de poder y de placer. Adán y Eva son tentados a comer el mejor de los frutos del Edén como condición indispensable para arribar al mundo del saber y el de los goces. En el primer caso, se crea el infierno, y en el segundo la libertad y la muerte.

En el fondo se trata de una posición contestataria que incluye un acto de heroísmo porque el oferente debe colocarse por encima de la ley y del legislador con un discurso que, en gran medida, pretende hacer evidentes los engaños que se encuentran en lo estatuido.

Si Luzbel y La Serpiente apareciesen como criaturas sometidas al Creador e inferiores a él, no tendrían el poder de seducción. Para crear dudas y para provocar el rompimiento de la norma, deben aparecer como quienes poseen poderes ocultos superiores, y lo que ofertan también debe parecer claramente mejor que lo que se tiene entre manos. De lo contrario no se daría seducción alguna.

Para la ética del pecado, la teoría de la seducción resultó ser la mejor alternativa porque emparentó el mal y el bien y, al mismo tiempo, colocó a los sujetos en el libre albedrío, es decir, en la libertad entendida como la capacidad de elegir entre el bien y el mal, sin ninguna otra alternativa. Para la mística, la libertad consiste en elegir lo mejor entre lo bueno. Cuando la libertad se corrompe, puede elegir entre el bien y el mal, lo que da cuenta del pecado. Así se constituye la condición humana hecha con una libertad que no es más que la conciencia del mal y la elección del mal. La culpa se instala en la mitad de la vida como verdugo perenne con la misión de atormentar al sujeto, gusanillo de la conciencia que carcome los placeres, pájaro carpintero que fabrica el ataúd para el cadáver de la subjetividad en el corazón del hombre, como diría Heine.

Aunque Freud, hace cien, años develó parte de los misterios que constituyen la vida de los niños, la moral de las verdades trascendentales todavía sostiene la angelicalidad de los niños o la bondad natural del hombre, como decía Rousseau. Por lo mismo, si en uno de ellos aparece el mal es por obra y gracia del seductor que de manera subrepticia y maléfica se ha introducido para ofrecer la perdición en vuelta en luces de fantasía. ¿De qué otra manera podrían los profesores y maestras explicar la presencia del mal en el Jardín de los

Edenes de sus establecimientos?

Ah, por supuesto, muchos chicos y también chicas llevan droga al colegio para incentivar, para tentar a sus amigos a que usen las drogas, ¿No ha visto usted? Había una campaña importante de televisión en la cual se presentaba el caso de un chico que llevaba drogas al colegio e incentivaba a sus amigos a drogarse,

Qué importa que un colegio no sea más que una cárcel en pésimas condiciones físicas y humanas, qué importa que en él las niñas y las adolescentes sean abusadas por sus maestras y maestros, no importa que allí se trafique con las calificaciones y las promociones a cambio del duro dinero de los favores sexuales. No importa si carece de lo mínimo que legitime la presencia de adolescentes y niños. No importa pues creará que es el mejor de los paraísos perdidos, habitáculo del bien. Si allí aparece el mal cuyo nombre es Droga, es que La Serpiente se ha enroscado en el Árbol del Bien para tentar y corromper la inocencia.

Cuando los chicos están prácticamente iniciándose en sus drogas, la llevan para consumo de ellos, Pero cuando ven que también es rentable el negocio de las drogas, también lo hacen para que consuman los otros,

El colegio no es una institución buena per se, hay colegios buenos y malos y regulares y pésimos. Y todo porque son producidos por la condición humana. “Después de leer a Freud no concebiremos ya como paradigmático ni al poeta vigoroso de Bloom ni al obediente cumplidor de las obligaciones universales de Kant. Porque Freud huyó de la idea misma de un ser humano paradigmático”¹¹³.

Una nueva ética que se sustente en los artes de la cotidianidad no puede contentarse con el pensamiento reduccionista del bien y del mal y, menos aún, con la propositiva ceguera moral seductora de quienes siguen predicando la bondad natural de la educación y de los centros educativos. Para esa ética, el mal se disfraza de adolescentes drogadictos para tomarse por asalto la moralidad de los establecimientos educativos.

Claro que sí, Ellos quieren contradecir el sistema educativo, Es una manera de rechazar lo que ellos piensan que está mal, lo que ellos creen que les impide su crecimiento, lo que ellos creen que les quita su libertad, Para dar un ejemplo, al meter la droga en el colegio, están rechazando las paredes que no son muy altas y también las rejas,

Ellos tienen derecho a hacer su vida, ellos exigen su libertad, pero se meten acá, Y eso está mal,

Ninguna seducción tiene sentido si no oferta placer, libertad y saber. Tres realidades entrelazadas entre sí y que unidas han conducido al ser humano a la perdición. La autenticidad y el poder son sus derivados. Quien seduce con la libertad promete placer, poder y autenticidad porque esas son las caretas con las que se presenta el Gran Seductor de la moral occidental. ¿Podrá un muchacho resistirse a semejantes ofertas?

Claro, ellos ofrecen la droga como una forma de decir que ellos son auténticos, que son machos, que ellos pueden todo, Y que las drogas les dan fuerza, les dan valor y, de alguna forma, algún tipo de estatus,

Porque dicen que así se van a sentir más poderosos, más ágiles, más valientes,

Para resolver el gran problema de la histeria, que en suma no es otra cosa que la historia del deseo en la intrasubjetividad y cuyo infierno es la angustia ante los gozos ilegítimados, Freud también recurrió a la teoría de la seducción que fracasó cuando la relacionó con lo tangible de los hechos reales, y que tuvo éxito cuando la trasladó al reino de Fantasía. Chicos y muchachas dicen otras verdades que no tienen que ver con las seducciones al mal sino con el placer que se obtiene con otros saberes algunos de los cuales se producen con el humito, como enseñaba don Juan a Carlos¹¹⁴. Ellos no buscan adictos a ninguna clase de enseñanzas trascendentales ni tampoco adictos a sus usos.

El estudiantado no es ciego ni sordo: se sabe con la lengua castrada porque hablar se ha convertido en delito cuando la palabra denuncia o reclama. El hecho de fumar en el colegio pasa por lo contestatario frente a los regímenes de poder y a los paradigmas de bondad y de honradez con el que se engaña. Recuérdese al rector del colegio que da gracias a Dios porque en su colegio nadie usa droga porque, si hubiese un caso, los psicólogos lo habrían detectado y las autoridades lo habrían reprimido de inmediato.

La actitud contestataria o bien pasa por los lenguajes o se transforma en acto que, dadas las características de los colegios, se convertiría en la alternativa más viable. Esta es una forma de entender por

qué llevan droga al colegio.

Claro, eso me sucedió a mí, yo buscaba que me descubran de una vez, Cuando recién comencé, fumaba delante de todo el mundo para que me vean, de adrede, En la requisita del colegio me encontraron marihuana, y me expulsaron, Eso ya no me importó y me di al abandono,

Se ha indicado que existen usos cada uno de los cuales remite a significaciones diferentes, como en este caso que está destinado a expresar las inconformidades frente al régimen del colegio. Si se sostiene que la droga es unívoca, resulta casi imposible pasar por la hermenéutica también estas actuaciones.

El sentido de lo chévere y de lo bacán es lo fundamental, dicen los usuarios. Vivir la sensación del bienestar que inunda la existencia, que da poder, superioridad, que se transforma en ruta para nuevos saberes, en esto consiste lo chévere y bacán.

Llevan al colegio para quedar como chéveres ante los demás, como bacanes, Porque la gran mayoría de los adolescentes usa por eso por querer ser el más bacán,

También para que le teman los otros, para que digan ese man las sabe todas,

También lo pueden hacer para que ellos también lo hagan por curiosidad, todo depende,

Mientras se dan casos de chicos y muchachas que buscan ser expulsados del colegio con el pretexto de los usos, están los otros que, como dice una chica, no tienen ningún interés en entrar en esa clase de conflictos con su colegio.

¿Para qué nos va a interesar que nos cojan en el colegio? ¿Para qué vamos a tener esos problemas? A la mayoría que fuma marihuana no le interesa estar con problemas, Es mejor no llevar, Tener cuidado, Que nadie se dé cuenta, Además en el colegio nos advierten que si nos encuentran, nos botan,

Los elogios de la ceguera

Entre los posibles males que pueden acontecer a una familia están las drogas. Con los cambios radicales que se han producido en el mundo de la sexualidad, incluso los embarazos de las chicas no causan tan grande terremoto como la presencia de la droga que es la se-

ñal de la perdición. Ante lo insoportable de su presencia, la mejor manera de enfrentar al mal es negarlo, expulsarlo de las representaciones, cerrar los ojos.

Padre y madre se niegan a creer que su hijo está en este problema, Entonces rehusan el consejo de otras personas, porque ellos niegan que su hijo consume,

Noticia desgarradora y desestructuradora del edificio de las certezas de la bondad de la educación, de las seguridades construidas en los hijos, de los amores dados como vacuna contra todo mal. Puesto que todo mal exige culpables, en algún lugar debe aparecer La Serpiente infame de las seducciones. Primero se va por el camino fácil y trillado de los malos amigos que sembraron la maldad. Luego las acusaciones se orientan hacia el hijo que ha caído en el mal. Como dicen los hijos, en la casa se vuelven trágicos con los típicos lloros y acusaciones

En qué te fallé, me defraudaste, todo el dinero que te he dado para tal o cual cosa has estado gastando en esas cosas, en las drogas,

Algunos pueden reaccionar con la violencia del castigo físico, inclusive impartido en público, en la escuela y hasta en el aula, como acontece en los sectores populares.

La primera reacción es de darle su paliza, A mí me han dicho en el colegio, profesor deme permiso para pegarlo, Y claro que le han dado su paliza aquí mismo delante de los compañeros,

Entonces el Director le pegó y le ahorcaba, y luego le mandó preso con la policía,

Hay padres que, verdaderamente como hombres, los cogen y los castigan severamente,

Pero son malcriados y no escuchan claramente los consejos de los padres, ya no les importa si siguen por el mismo camino que llevan,

Las acusaciones se dirigen luego al colegio que no sirve para nada, que nunca enseña nada bueno y que se ha transformado en el antro de los antivalores. Le llega después el turno al mundo actual perverso por definición que, a través de la televisión, no hace sino invitar a los chicos y muchachas al sexo y a las drogas. Quienes aún están fuera del conflicto, consideran que desgraciadamente nadie ha enseñado al papá y a la mamá a enfrentar esta clase de problemas. Como si existiese una pedagogía válida para manejar los fantasmas

de los propios desamores, de los abandonos y de las pérdidas.

Quizás es el momento en el que la contingencia de la verdad y el sentido irónico de los saberes aparecen en todo su esplendor. No solamente nada es cierto sino que, además, se ha vivido en el engaño, creyendo que los sueños son realidades tangibles.

Entonces los padres, el papá y la mamá, se sienten destrozados y comienzan a culparse de que de pronto fue por la falta de orientación, por falta de un mayor control o de un diálogo con su hijo,

Las reacciones del colegio son las salomónicas y de carácter quirúrgico. La moral ha hecho de la cirugía una de sus mejores armas para afrontar la presencia del mal. La pena de muerte, la inquisición, las excomuniones en la religión y las expulsiones en los colegios. Los usadores son frutas podridas que, si se las deja en el cesto, dañarán la pureza de los otros. La ética de los valores inamovibles padece de eternas alergias a las subjetividades.

La propuesta es otra ética que devenga estética y que permita observar no solamente el bien y el mal sino las artes de las subjetividades introducida en los artes de la cultura que es capaz de construir redescripciones de las normas porque conoce “el poder que tiene el lenguaje de hacer posibles e importantes cosas nuevas y diferentes; una apreciación que solo resulta posible cuando lo que se convierte en meta es un repertorio abierto de descripciones alternativas y no La Única Descripción Correcta”¹¹⁵.

Si un colegio *se hace de la vista gorda*, no es para apoyar al estudiante, sino para cuidar el buen nombre del colegio, para que las cosas no salgan de los muros y no corra la mala fama de que en ese colegio se usan drogas.

Lo primero que hicieron fue averiguar a sus padres, preguntarles cómo es posible que su hija consuma, Porque es un colegio un poco prestigioso, Entonces es más reservado, Sus padres se quedaron sorprendidos, porque nunca se imaginaron eso de su hija, No llegaron al extremo de botarla, sino más bien una pequeña sanción, Y hablar con ella para que no lo vuelva a hacer,

Para los pequeños y las niñas de la calle, queda la intemperie de la violencia. Allí no hay términos medios, ni siquiera las posibilidades de esas pocas palabras que pueden intercambiarse entre hijos e hijas adolescentes y sus papás y mamás. En estos casos, las actuaciones

nes se dan en los adultos que responden con el chicote, el agua fría, la policía y la correccional.

Ellos reaccionan mojándonos en agua fría y pegándonos con un chicote, desnudos, Y de paso ya nos sacan de la casa,

Sencillo y eficaz. Sin embargo, son los mismos niños cuya pertenencia exclusiva reclaman algunos programas o ciertas instituciones. Posiblemente se crea que eso es mejor que dañar la salud con el cemento de contacto. Con el chicote en cuerpo desnudo se matan las esperanzas, los respetos, las intimidaciones. Se mata la niñez como si se tratase de una inmunda garrapata.

Uno llega con los ojos rojos y le dicen ya estás fumando, te me vas de la casa, A mí no me gusta la casa porque me pasa eso, te vas de la casa, A veces lo botan, a veces le pegan,

O si no, llaman a la policía, Y nos llevan y nos dejan en la correccional, Pero como estamos chiquitos, después ya nos sueltan, y solo hacen quedar a los más grandes,

Entre las pulsiones de vida y las de muerte se encuentra la transgresión que sirve a las dos no para mediar, pues no hay nada que mediar, sino para indicar la caducidad y la contingencia de todo. En el centro de cada existencia crece el deseo de transgredir las normas, los tabúes eróticos para “acceder embriagados al reino de lo Prohibido”¹¹⁶ en pos de los saberes que hacen falta para existir de otra manera. Pero eso tiene un costo a veces demasiado alto sobre todo para los más pequeños que carecen de las estrategias necesarias para defenderse.

El mito de las adicciones

El trabajo científico ha considerado que uno de sus objetivos consiste en clasificar para distinguir disimilitudes y agrupar semejanzas o igualdades de tal manera que sean posibles los conocimientos claros y distintos. La semiótica contemporánea se pregunta si será posible un concepto claro y distinto sobre un objeto cualquiera. Si la verdad es el producto de un trabajo de interpretación, ¿cómo podrán ser distintos los conceptos y las proposiciones que se armen con esas

interpretaciones?

Esta misma pregunta se debería hacer a las clasificaciones de las denominadas enfermedades mentales realizadas por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Esas clasificaciones incluyeron en los rangos de la enfermedad a la homosexualidad, al alcoholismo y también a las adicciones a drogas. ¿Cómo definir salud y enfermedad cuando, en realidad, son construcciones metafóricas que sirven para explicar, explicitar u ocultar los diferentes estados con los que un sujeto está en el mundo? Las formas utilizadas para demostrar el bienestar o el malestar pertenecen a códigos imaginarios y simbólicos construidos, en buena parte, por la subjetividad. El dolor, por ejemplo, se resiste a pasar por medidas ofrecidas por un tercero que pretenda aparecer como un observador imparcial.

¿Qué es la adicción? Es difícil que las clásicas taxonomías sirvan para producir una respuesta clara y distinta. Probablemente, hasta el más estricto de los científicos se verá obligado a recurrir a una metáfora para hablar de las fuerzas internas que movilizan al sujeto a consumir alguna sustancia porque, de lo contrario, se siente mal y tan mal que, en casos extremos, podría fenecer. ¿Cómo explicar con un mínimo de cordura intelectual las diferencias entre las supuestas adicciones físicas y psíquicas? En la primera es el cuerpo el que necesita para vivir. En la segunda, es ¿quién continúa la frase?

Es un lugar común proclamar el renunciamiento a las pobres dicotomías y la adopción de las perspectivas holísticas que permiten ver todo el ser. ¿Cómo, entonces, hablar de dependencias físicas y psíquicas? ¿Es posible conocer todo el ser en su unidad? Han fracasado las visiones dicotómicas y las holísticas porque carecen de una teoría del sujeto, porque se han resistido a hablar del cuerpo como el representante representativo del ser y del deseo.

Porque ellos no pueden vivir sin esa droga, ellos son adictos, La droga es como su vida, como parte de su vida, Es como la sangre que le falta, es como la sangre que le riega el cuerpo, Asimismo es, Ellos están metidos en ese mundo, Y para ellos la droga es toda su vida,

Estas son afirmaciones tajantes de un profesor con las cuales explica a sus alumnos el problema de la adicción. *Asimismo es*, dice, sin reparar en que todo lo que ha dicho no son más que juegos de lenguaje con lo que pretende dar a entender que existen ciertos sujetos para quienes los usos de drogas pueden llegar a ser casi indispensables

en su cotidianidad.

Ellos son adictos porque no pueden dejar de consumir porque se sienten mal, Si no están con la droga, andan con nervios, andan mal, Ese es el problema,

Por otra parte, estas explicaciones tratan de señalar que existen un discurso social y otro político para abordar el tema de las drogas y de los usos. La droga es mala y los usos son actividades insanas ubicables en el contexto de las enfermedades. Todo uso, sin tomar en cuenta las frecuencias, cantidades, tiempos u ocasiones debe ser calificado de adicción y, por lo tanto, de enfermedad. Si no fuese así, la ley de sustancias psicotrópicas no obligaría a que el consumidor atrapado in flagranti sea traslado a un servicio de salud para su rehabilitación.

Se habla de enfermedad para suavizar los compromisos de la subjetividad en los usos. El usador es, pues, víctima de una enfermedad de la que fue responsable al inicio, de la que ahora no puede escapar porque le ha tomado por completo. Como un cáncer que se produjo porque usted que trabaja en un laboratorio de imagen no se protegió (responsabilidad inicial), pero ahora está el cáncer y usted debe someterse a un tratamiento determinado. Además, la drogadicción se ha convertido en una enfermedad altamente contagiosa.

Ellos son drogadictos, unos dañados, Pero no nos damos cuenta de que esto es una enfermedad, Una enfermedad que está atacando a la sociedad, no solamente a la sociedad lojana, sino a la sociedad mundial,

Parecería que un sector de la población no se come el cuento de la enfermedad y prefiere llamar a las cosas por su nombre: es un vicio. De esta manera los usos llegan al campo de la ética kantiana según la cual los seres morales deben colocar todas y cada una de sus acciones bajo los principios de una moral general.

El calificativo de adictos marca y persigue. El de enfermos pretende mover a la compasión. El de viciosos les denigra de una vez por todas. Marcas de los lenguajes y exigencia de posicionamientos de quienes tienen algo que decir y que no pueden quedarse al margen o haciéndose eco del discurso oficial cuya compasión nada dice de compartir la pasión, es decir, las fuerzas pulsionales, los meandros de los deseos y sus avatares.

Desde la denigración del apelativo, vicioso conduce en línea recta

a lo delincencial que se liga a la pobreza y sus marcas en el cuerpo, el vestido, en las cadencias de un erotismo salido de madre, en los lenguajes cuyos léxicos cierran espacios para que los extraños, moralistas, saneadores, ricos y sanos, no ingresen si no son invitados.

Cómo decimos, ese man es pistolerísimo, otros dicen es marihuane-ro, solo le gusta fumar grifos, marihuanerísimos les dicen esos manes a ellos, Así mismo cuando les gusta cachuflines u otras cosas, dicen ese man es cachuflinero, ni lo llames, a ese man no le gusta el madu-ro, esos manes son puro cachuflines,

Sean clasificados y tratados como adicción, vicio o enfermedad, los usos sirven para que estos chicos, las muchachas e incluso niñas y niños se aislen de un mundo del que no quieren saber nada más. La adicción, en tanto significa el extremo de los usos, no remite sino a los puntos ciegos de los aislamientos voluntariamente elegidos y construidos.

Entonces, consumiendo más y más cantidad de substancias, más cantidad de droga, ellos quieren aislarse por completo de los proble-mas que hay en la sociedad o hay en la familia, en el hogar,

Se ha señalado que la situación de niños y niñas es sumamente precaria porque también lo son sus referentes familiares. ¿Qué es familia en la contemporaneidad? Ha terminado por caducar, con el estructuralismo, la concepción rígida levistraussiana. La necesidad del papá en los órdenes de la cultura tan sobrevalorada casi no aparece en el caso de estos niños. Cuando se propone que el padre sea una metáfora, se intenta ubicar la relación desde otras producciones metafóricas a través de las cuales llegan las prescripciones de la ley al niño para así inscribirlo en el orden de la cultura. Pero la metáfora no puede agotarse en esa significación. El oficio de la paternidad se refiere a acciones y construcciones imaginarias y simbólica más amplias y más enriquecedoras que la sola imposición de la ley.

¿Qué alternativas poseen estos niños agredidos y despreciados y para quienes el mejor recurso para que dejen de usar es amenazar-les con el despido definitivo del hogar? Estos niños están ya expulsados de la sociedad, de la casa, de la educación y de todo, aún antes de nacer¹¹⁷. Por lo mismo esta es la mejor alternativa para quien no conoce nada más en la vida.

Me dice que nunca lo haga, Y que si lo hago, que nunca debo volver a mi casa. Y digamos, que no sepan que ella es mi madre, Así co-

mienza a hablarme,

Es importante escuchar a los niños tempranamente ubicados en la cadena de las repeticiones porque no han podido aún construir otros léxicos y otros sentidos a la maternidad, la paternidad, los conflictos de los hijos y a los mismos usos.

Si yo fuera la mamá, no le pegara, no le maltratara, Sino que le diría por qué usa, Y le diera consejos, O si no, ponerle en una correccional de menores,

Yo le diría que si lo va a hacer, que nuca más regrese a la casa, que nadie se entere que yo soy su madre,

¿Qué es prevenir? Crear ahora las condiciones necesarias para que mañana no se repitan los fenómenos o acontecimiento de hoy. Ahora bien, los actos preventivos conservan una relación directa con aquello cuya repetición se pretende evitar. Si el consumo de drogas es una enfermedad, habrá que realizar acciones centralizadas en la salud. Si es un vicio, habrá que reorganizar acciones educativas en torno a la moral, si se trata de un delito, educar en la ley.

La prevención pretende cortar la cadena de repeticiones como si se tratase de cerrar el flujo del futuro. Para los adultos y las autoridades, existen consumidores porque hay droga. Por lo mismo, para prevenir los consumos y las adicciones futuras, la mejor alternativa es eliminar la droga de la faz de la tierra y de igual manera a los productores y traficantes. Radical actitud sostenida en la realidad concreta de la droga que desconoce las otras realidades comprendidas en los usos.

Cuando a las muchachas y chicos se les coloca en situaciones futuras, por ejemplo, qué harás cuando seas papá o mamá, las primeras consideraciones no van a la droga. Ellos no hablan de colocar una bomba atómica antivegetal que destruya todas las plantas de marihuana, coca y amapola. No dicen que hay que hacer del planeta una inmensa cárcel para encerrar a todos los brujos que les proveen de la grifa y la perica. Es decir, no son ingenuos. No han estudiado ni sociología, ni política ni psicoanálisis para saber que existen pulsiones y pasiones, carencias y excesos, límites y libertades, compañías y soledades. Conocen que, en el mito, cuando Noé despertó de su primera embriaguez, para no emborracharse nunca más, no eligió la necia decisión de destruir el primer viñedo sobre la faz de la tierra. Seguramente pensó en la conveniencia de los límites y las medidas. Gra-

cias a la tolerancia, en sus ceremonias religiosas los judíos aún rezan con unción: “Bendito, Jahvé, por el vino que alegra el corazón del hombre”.

Prevenir es hablar y dar ternura, crear libertades sostenidas en el respeto. Implica también la posesión de pequeñas verdades pero suficientemente sólidas como para confiar en ellas. Por ejemplo, tener fe en la presencia de seres que dicen querer sin condiciones, que no amenazan con la muerte por cualquier desliz en la vida. No se olvidan de lo económico, pero no hacen de ello la condición sine qua non, prefieren preocuparse por la economía de los deseos.

Lo primero, darle valor a él mismo, Que sepa tomar sus decisiones, Yo le enseñaría que esto es una droga, nada más, y que él decidirá con el tiempo si se junta con los amigos la consuman o no la consuman,

Yo le daría mi experiencia, Haría lo que mis padres no hicieron, Ponerle más atención y no alejarme de él, Porque pienso que ese fue uno de los motivos por lo que yo caí en ese vicio social, Yo siempre estaré con mi hijo en las buenas y en las malas,

Yo consumí por curiosidad, Entonces, si veo en la esquina a unos que están gozando mientras mi hijo estudia, entonces, yo le llevo a mi pibe y le digo, mira esto es droga, esto se lo mete, esto se lo inyecta, Y vamos a llegar a un barrio, con ellos vas a fumar, si tú quieres, pero mira así vas a terminar, Llevarle a otro punto en donde un drogadicto botado en la calle, y enseñarle que si tú sales a la esquina con tus amigos, chévere, pero si entras en la droga, vas a estar así riéndote como idiota, y vas a terminar botado,

Como madre, le daría mucha confianza no solamente de madre sino de amiga, Llevarle a un grupo de personas a que viva la realidad, Le daría todo el apoyo porque en esta vida nadie es perfecto,

Yo le diría que no es menos hombre, no es marica porque no fuma, porque muchas veces es por eso que uno fuma,

Para los educadores, se previene mediante charlas y seminarios a las parejas, a hijas e hijos, pues consideran que la escuela es la conexión entre los individuos y la sociedad. Sin embargo, no pueden librarse de las dudas, sospechas y preguntas que la moral de la tradición ha colocado en los actos educativos: ¿no será que hablando se producen conocimientos que incitan al mal, no convendrá callar para que los niños y las niñas no abran los ojos tempranamente y pretendan probar el fruto del Mal? Cada vez que se tocan temas que invo-

lucran a los sujetos con sus deseos, la moral trata de cerrar el paso a la educación con la fantasía de la apertura ingenua de los ojos a los saberes prohibidos.

Ya en el siglo XXI, escuelas y colegios están llenos de maestros y maestras que todavía creen en la ingenua inocencia de niños y adolescentes que viven en algún paraíso cerrado en el que nadie dice nada sobre sexualidad y drogas porque son temas peligrosos.

En el colegio se habla, se dan muchos seminarios sobre las drogas, Pero no sé si están encaminados en el parámetro que se quiere, Porque también hay dos alternativas que pueden llevarle al chico a incentivarle a buscar, a hacer esta experiencia, como a otros a no hacerlo, Entonces, si no se enfoca muy bien, estamos despertando esta inquietud,

Sobre los tratamientos

Si por una parte los usuarios alaban sus prácticas que les producen sensaciones placenteras importantes para la vida y nuevos saberes, no dejan de reconocer las dificultades que enfrentan en la cotidianidad. ¿Querrán decir que les interesa abandonar los usos? En términos generales sí, precisamente porque son cada vez más conscientes de los conflictos. Sin embargo, no es un sí como un cheque en blanco, incondicional o tan abarcativo que se refiera a todo uso.

Es cierto que depende de cada drogo tanto para entrar como para salir de la droga, Pero ahí, no te puede decir el drogadicto entra o sal, No se puede hacer la pregunta por qué entra ni por qué sale, Todos tienen diferentes razones,

Parece que el sentimiento de aislamiento social es lo primero que mueve a la reflexión. Los usos no pueden crear corazas que les protejan de los discursos sociales agresivos y desconocedores de las libertades. Cuando se encuentran en grupo y mientras usan, no hay tiempo para el enfrentamiento a la verdad de los rechazos. Pero en las soledades de lo cotidiano, el fantasma aparece y de forma cada vez más insistente. Esta experiencia con lo interior y lo exterior provocaría la emergencia de la angustia que no será trabajada sino mediante nuevos usos. Este es el círculo en el cual se arman los maridajes entre el placer y la angustia amordazada por tiempos cada vez más cortos.

Del testimonio se desprende que la aparición del fantasma del

abandono no es un hecho que aparece como rayo en cielo de verano, sino un lento proceso que carcome al sujeto sin que se pueda hacer gran cosa para evitarlo.

El drogo se está dando cuenta que está siendo marginado, Y es eso lo que no quiere, Por eso usa drogas, para sentirse bien, Pero llega un momento en que está tan drogado, que nadie le quiere parar bola, lo aíslan, lo rechazan, Entonces los que todavía sienten algo de respeto hacia su propio yo, no quieren ser rechazados, Entonces tratan de luchar para reincorporarse,

Como se ve, no se trata de una autoreflexión producto de la conciencia de sí, sino del reconocimiento de que el proceso de su referencialidad al otro fracasa y que de este fracaso se desprende la anodación del ser. No es él quien se ha aislado sino son los otros quienes le han dado la espalda para dejarlo solo. Ya no hay miradas que aseguren el reconocimiento y la permanencia como sujeto entre los otros.

“Las personas decentes son más bien obtusas”²¹⁸ dice Rorty al comentar la ética del psicoanálisis de Freud. La virtud siempre ha corrido el riesgo de transformarse en arma en contra de los otros porque todos los santamente virtuosos saben que no hay virtud tan fuerte que no enfrente la tentación de caer en el mal. En consecuencia, se sienten con la imperativa urgencia de luchar hasta eliminar al mal.

Bajo la influencia del examen de conciencia del catecismo cristiano, se propone que los usuarios revisen la vida, los usos y la implicación exclusiva de su voluntad en los mismos. Como el pecado, el uso aparece como una opción individual ante los seductores ofrecimientos del Mal. En el fondo, lo que se propone es que la ética de la culpa y del arrepentimiento fortalezca la voluntad y conduzca al sujeto a una nueva estética para la vida.

Puedes retirarte y dejar la droga, Pero eso es por propia voluntad, Tú entraste, Fueron tus manos, fuiste tú, tú ingeriste, nadie ingirió por ti, Pero ahora puedes dejarla,

Desde los imaginarios, la culpa puede transformarse en la mayor de las fortalezas, sobre todo si se liga con las subjetividades de los otros pues parecería que se reinscriben los códigos de las ternuras. Constatar el sufrimiento de la familia, sentir la presencia acusadora de la culpa por la muerte de alguien puede obrar finalmente el milagro de la redención.

Dejan por las personas que más quieran, Esa es la razón principal

para dejar,

O por la pérdida de algún ser querido, Entonces se da cuenta que esta persona ha hecho harto para que yo deje y no lo hice, Ahora yo le puedo demostrar, aunque no esté en vida, que puedo dejar la droga, Yo conocí a alguien que fumaba delante de su propia madre, Después ella murió, y él dejó,

La experiencia les enseña alternativas que no están en los manuales. Sus testimonios transitan una inmensa casuística en la que nada es imposible. Ya sean los *drogos* de todos los días, o los ocasionales, todos pueden dejar utilizando cualquier método con tal de que se adapte a su subjetividad. Para los usadores no existe el sentido de fatalidad, de lo irreversible e incurable. Por el contrario todo es posible, basta tener buena voluntad, fuerza de carácter, fe en Dios.

Nadie piensa igual, nadie puede decir que porque es drogadicto, aunque se muera su mamá, no va a dejar la droga,

En este arco iris de posibilidades, no pueden faltar Dios y su poder. La religión ha promovido la culpa y ha ofertado el poder divino para solucionar los problemas. También con la palabra de Dios, se pueden construir otros léxicos y otros juegos de lenguaje capaces de sostener nuevas intencionalidades y, finalmente, agenciar renunciamientos que no son sino otras formas existenciales del deseo. Como todo otro discurso, el religioso hace ofertas avaladas por Dios y confirmadas por los decires de miles de fieles.

El man empezó a hablar de la palabra de Dios, Entonces el man cogió el camino de Dios, Algunos pueden dejar por medio de la religión,

En todas partes se menciona la necesidad del apoyo psicológico porque se reconoce que los usos de drogas se deben a conflictos actuales o vividos en la niñez. Pero este reconocimiento no lleva implícita ninguna clase de demanda. Más aún, hasta rechazarían el apoyo psicológico si es insinuado u ofertado desde fuera.

Se ha regado en el discurso popular la idea del autoestima como un nuevo paradigma llamado a explicar los males cuando es baja, a producir cambios cuando se acrecienta, y a sostener una nueva vida cuando invade al sujeto. Palabra fácil y vacía pero que posee el poder de llamar la atención justamente a causa de su inconsistencia.

Como dijo el pana, el mejor tratamiento es el psicológico, Hacer que el individuo que ha perdido el respeto hacia sí, comience primero

a valorar a papá y a mamá, comience a valorarse, que primero se quiera a sí mismo,

En consecuencia, ningún acercamiento al problema de las drogas podrá realizarse de espaldas a sus usuarios. Son ellas y ellos, niños o adolescentes, los que saben de su mundo interior y exterior, de sus lenguajes y de las verdades que construyen con ellos.

BIBLIOGRAFIA

- ART, C. BUI, **La drogue: fausses certitudes ou vraie ignorance**, Cahiers de L'I.R.S, Reims, 1989.
- BARTHES, ROLAND, **El placer del texto**, Siglo XXI, México, 1982
- BATAILLE, GEORGE, **El aleluya**, Alianza Editorial, Madrid, 1981
- BLOOM, HAROLD, **The Anxiety of influence**, Oxford University Press, 1973
- BORCH-JACOBSEN, MKKEL, **Lacan, el amo absoluto**, Amorrortu Editores, Buenos Aires,
- BOURDIEU, PIERRE, **La dominación masculina**, Abya-Yala, Quito, 1998.
- CASTANEDA, CARLOS, **Las enseñanzas de don Juan**, EFE, México, 1976
- CHBABNI, et al., **Lo cotidiano y lo inconsciente**, Paidós, Barcelona, 1998
- CASTORIADIS, C, **L'état du sujet aujourd'hui**, Topique, EPI, 36, Paris, 1986
- DELELUZE, GILLES, **Repetición y diferencia**, Anagrama, Barcelona, 1995
- DELGADO, EDGAR, **La ética como estética en el pensamiento de Foucault**, WWW.foucault.com. 03.2002.
- DIAS, MIGUEL, **Role et/ou sujet**, Cahiers de L'I.T.S, Reims, 1989
- ECO, UMBERTO, **Kant y el ornitorrinco**, Lumen, Barcelona, 1999
- ECO, UMBERTO, **El péndulo de foucault**, Lumen, Barcelona 1989
- ENDE, MICHEL, **La historia interminable**, RBA Editores, Barcelona, 1993
- FOUCAULT, MICHEL, **Historia de la sexualidad**, Siglo XXI, Madrid, 1993
- FOUCAULT, MICHEL, **Theatrum Philosophicum**, Anagrama, Barcelona, 1995
- FOUCAULT, MICHEL, **Tecnologías del yo**, Paidós, Buenos Aires, 1996.
- FREUD, SIGMUND, **La Interpretación de los sueños**, O.C. T. 5, Amorrortu Editores, México, 1979
- FREUD, SIGMUND, **Más allá del principio de placer**, T. 18
- FREUD, SIGMUND, **Tótem y tabú**, O.C. T. 13

- KUNDERA, MILAN, **La inmortalidad**, RBA Editores, Madrid, 1994
- GORI, ROLAND, **Eloge du pluralisme dans la connaissance**, Transhumances, Construction de savoirs en situations cliniques, Presses Universitaires de Namur, Namur, 1999.
- HILGARD, ERNEST, **Introduction to Psychology**, Harcourt Brace & World, N.Y., 1962.
- IDOUX, MARETTI, **Eli, Eli Lama Sabbactani**, Cahiers de L'IR.S., Reims, 1989
- IVOREL, JEAN-PIERRE, **Une histoire a dormir debout**, Cahiers de L'IRS, Reims, 1990.
- JEAN-PERRE, PETER, **Silence et cris, La médecine devant la douleur, dans Le Genne humain**, Polliques de l'oubli, Paris, 1988
- JIMÉNEZ, ALEXANDER, **Del búho a los gorriones**, Ediciones Guayacán, San José, 1993
- LACAN, JACQUES, **Kant y Sade**, Escritos II, Siglo XXI, México, 1981.
- LACAN, JACQUES, **Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis**, Paidós, Buenos Aires, 1998.
- LYOTARD, J-F, **La diferencia**, Gedisa, Barcelona 1991
- LYOTARD, J-F, **Por qué filosofar**, Paidós, Barcelona 1989
- MANTIOLI, GUILLERMO, **Psicoterapia del toxicómano, un enfoque psicoanalítico**, Logos, Barcelona, 1989
- MOGOLLON, PAULINA, **Lo imaginario en La historia interminable**, PUCE, Quito, 2000
- MOREY, MIGUEL, **La cuestión del método, Introducción a la Tecnologías del yo**, M. Foucault
- MUÑOZ, JACOBO, **Introducción a Por qué filosofar de Lyotard**, NIETZSCHE, F, **Sobre la verdad y mentira en sentido extramoral**, Paidós, Buenos Aires, 1980
- OLIEVENSTEIN, CLAUDE, **La drogue ou la vie**, Robert Laffont, Paris, 1979
- PANDOLFO, ALAIN, **Synthome, et toxicomanie**, Cahiers de L'IR.S., Reims, 1989
- PAZ, OCTAVIO, **La mirada anterior**, Introducción a Las enseñanzas de don Juan, Carlos Castaneda.
- PAZ, OCTAVIO, **La llama doble**, Seix Barral, Barcelona, 1994
- ROUDINESCO, ELISABETH, **Dictionaire de la Psychanalisse**, Fayard, Paris, 1999
- RICOEUR, PAUL, **Teoría de la interpretación, discurso y excedente de sentido**.

- RORTY, RICHARD, **Contingencia, ironía y solidaridad**, Paidós, Barcelona, 1991
- SARAMAGO JOSE, **Ensayo sobre la ceguera**, Alfaguara, 2001
- TENORIO RODRIGO, **Los niños de la calle y el uso de drogas**, FNJ, Quito, 1989
- TENORIO RODRIGO, **La intimidad desnuda: sexualidad y cultura indígena**, Abya-Yala, Quito, 1999
- TENORIO RODRIGO, **El gran libro de la sexualidad**, Edimpres, Quito, 1998
- TENORIO RODRIGO, **Vida y esperanza: entre la orfandad y el abandono**, AH/Editorial, Quito, 2000
- TENORIO RODRIGO, et al. **La cultura sexual de los adolescentes**, Abya-Yala, Quito, 1995
- VATTIMO, GIANNI, **La aventura de la diferencia: pensar después de Nietzsche y Heidegger**, Península. Barcelona, 1980.
- VATTIMO, GIANNI, **Repetición y diferencia**, Anagrama, Barcelona, 1995.
- VATTIMO, GIANNI, **Más allá de la interpretación**, Paidós, Barcelona, 1995
- WITTGENSTEIN, L, **Leçon et conversion**, Paris, Gallimard, 1992

NOTAS

- 1 Eco, Umberto, **Kant y el ornitorrinco**, pág. 52
- 2 Kundera, Milan, **The Art of the Novel**
- 3 Olievenstein, Claude, **La drogue ou la vie**, pág. 142
- 4 Rorty, Richard, **Contingencia, ironía y solidaridad**, pág.18
- 5 Vuelta: por el contrario.
- 6 Rorty, R, ibidem, pág. 25.
- 7 Ivorel, J-J, **Une histoire a dormir debout... A propos de la douleur, anesthésie et éther au XIXém siècle.**
- 8 Jean-Pierre, Peter, **Silence et cris, La médecine devant la douleur, dans Le Genne Humain, Polliques de l'oubli**, pág. 180.
- 9 Castaneda, Carlos, **Las enseñanzas de don Juan.**
- 10 Eco, Umberto, ibidem, pág. 54.
- 11 Nietzsche, F, **Sobre verdad y mentira en sentido extramoral**, pág.25.
- 12 Bullough, Edward, **Aesthetics**, Stanford University Press, Stanford, 1957, citado por Miguel Días, **Role et/ou sujet**, en Cahiers de L'I.R.S., 1999.
- 13 Manttioli, Guillermo, **Psicoterapia del toxicómano, Un enfoque psicoanalítico.**
- 14 Rorty, R, ibidem, pág. 59.
- 15 Bloom, Harold, *The Anxiety of Influence*, pág. 44.
- 16 Tenorio, Rodrigo, *Vida y esperanza.*
- 17 Rorty, R, ibidem, pág. 41.
- 18 Vattimo, Gianni, **La aventura de la diferencia: pensar después de Nietzsche y Heidegger**, pág.9
- 19 Deleuze, Gilles, **Repetición y diferencia, Theatrum Philosophicum.**
- 20 Eco, U, op. cit. pág. 58.
- 21 Art, C.Bui, **La drogue: fausses certitudes ou vraie ignorance.**
- 22 Ibidem, pág. 59.
- 23 Vattimo, Gianni. **Más allá de la interpretación**
- 24 Salud, César, los que van a morir te saludan.

- 25 Kundera, Milan, **La inmortalidad**, pág. 18
- 26 Freud, Sigmund, **Más allá del principio de placer**.
- 27 Así se explica la presencia de la corrupción en los espacios del poder político, militar, religioso que, sin embargo, no deja de criticar a los adolescentes por sus prácticas.
- 28 Muñoz, Jacobo, **Introducción a Por qué filosofar** de Lyotard, pág. 44.
- 29 Freud, S., **La interpretación de los sueños**.
- 30 Ibidem, pág. 47.
- 31 Refiriéndose a su libro *Economie libidinale*, dice Lyotard: “En el fondo es un libro de desesperanza. Esa especie de grito imposible que esconde una vasta melancolía vestida de alegría, de histrionismo, refleja también una cierta lectura de Nietzsche. Es ciertamente un libro de decepción e insatisfacción profunda. Lo que quiero decir podría resumirse así: <todo está bien porque todo está mal” Tere Oñate, *Entrevista con J.F Lyotard, Meta, vol.1, n.2, mayo, 1987, pág. 112*).
- 32 Rorty, Richard, op. cit., pág. 48.
- 33 Ibidem.
- 34 Cabrero: enojado.
Caleta: casa.
Me hace pito: me molesta, insiste.
Veterana: mamá.
Me la quiero sacar a otro lado: quiero ir a vivir en otra parte.
Los repelan: piden que se vayan de casa.
- 35 Para Lacan, como para Hegel, el sujeto es objeto del deseo del deseo del Otro. De hecho no hay objeto de deseo que no sea el reconocimiento del deseo.
- 36 Ibidem, pág. 49.
- 37 Chbani, H, et al. **Lo cotidiano y el inconsciente**, pág. 179.
- 38 Vuelta: por su parte, en cambio.
- 39 Morey, Miguel, **La cuestión del método**, Introducción a Tecnologías del yo, de Michel Foucault, pág. 31.
- 40 Fresco solo: polvo para elaborar jugos artificiales de distintos sabores.
- 41 Tenorio, Rodrigo, **Los niños de la calle y el uso de drogas**, pág. 91.
- 42 Pepa: pastilla.
- 43 Bataille, G., **Lección inaugural**, en **El Placer del Texto**, pág. 119.
- 44 Eco, U., **El péndulo de foucault**,
- 45 Saramago, José, **Ensayo sobre la ceguera**.
- 46 Bourdieu, P. **La dominación masculina**.
- 47 Op. cit.
- 48 Grifote: que ha fumado varios grifos de marihuana
- 49 Wittgenstein, L, **Leçons et conversations**.

- 50 Paz, Octavio, **La mirada anterior**, en Carlos Castaneda, *Las enseñanzas de don Juan*, pág. 21.
- 51 Ficción, del latín *fingere* que significa fingir, construir parecidos, inventar.
- 52 Gori, Roland, **Éloge du pluralisme dans la connaissance**, en *Transhumances, Construction de savoirs en situations cliniques: dialogues sur le langage en acte*, 1999.
- 53 Borch-Jacobsen, Mikkel, **Lacan, El amo absoluto**.
- 54 Ende, Michel, **La historia interminable**.
- 55 Sartre, J-P, **Lo imaginario**, pág. 19.
- 56 Triquearse: el término es muy polisémico y su sentido depende de la ciudad, región de los mismos grupos. Aquí se refiere a sentir miedo. En el tercer capítulo se hablará de manera más extensa de este tema.
- 57 Cachar: del inglés to catch: atrapar, ser atrapado, que se den cuenta los otros que ha usado.
- 58 **Los niños y niñas, ahora**, Emedinho 2000.
- 59 Ende, M., op. cit, cita adaptada, pág. 25.
- 60 Mogollón, Paulina, **Lo imaginario en la historia interminable**.
- 61 Castaneda, Carlos, **Las enseñanzas de Don Juan**.
- 62 Ibidem, pág. 36.
- 63 Palmar: morir, desaparecer.
- 64 Ricoeur, Paul, **Teoría de la interpretación, discurso y excedente de sentido**. pág. 61.
- 65 Gomear: inhalar el cemento de contacto que en la Costa y en algunas partes de la Sierra, como en Loja, se le conoce con el nombre de goma.
- 66 Ende, M., op. cit., pág. 54-55.
- 67 Sobre la impropiedad y lo paradójico de la lengua, puede consultarse a Hubert Guyard y Clément de Guibert: **Le langage: une réalité tétramorphe et paradoxale**, *Transhumances: Construction de savoirs en situations cliniques: dialogues sur le langage en acte*, Presses universitaires de Namur, 1999.
- 68 Arrecha: excitada sexualmente
- 69 Foucault, Michel, **Historia de la sexualidad**.
- 70 Foucault, M. ibidem, T 2, pág. 41.
- 71 Agarre: forma de relación de pareja momentánea, muy ocasional, que suele incluir como objetivo único hacer el amor
- 72 Tenorio, R., HOY, 17, 05, 2001.
- 73 Freud, S., **Tótem y tabú**. También **Moisés y el monoteísmo**.
- 74 Los textos de los apóstoles y de los padres de la Iglesia están llenos de la doctrina del sometimiento de la mujer al varón como su esclava. La primera mujer es hecha de la costilla de Adán. La segunda sólo puede pronunciar la antigua sentencia de toda mujer: He aquí la esclava del

Señor, que se haga en mí según su voluntad. El cristianismo impuso como modelo a María como el modelo de todas las mujeres, una mujer madre, virgen, y mártir al mismo tiempo.

- 75 Cf. Tenorio, R., **La intimidad desnuda**.
- 76 Video musical de Ricky Martin.
- 77 Rorty, R., op. cit. Pág. 57.
- 78 Vattimo, G, **Más allá de la interpretación**, pág.105.
- 79 Paz, Octavio, **La llama doble, amor y erotismo**, pág. 9.
- 80 Barthes, R., **El placer del texto**.
- 81 Tenorio, R, **Los niños de la calle y el uso de drogas**.
- 82 Hubo un director de un programa para niños de la calle que desconoció la investigación con el argumento de que los niños de la calle son de por sí mentirosos y andan drogados y que, por lo tanto no podían haber dicho la verdad a los investigadores de campo. La metodología utilizada para la investigación fue la participación semipresencial.
- 83 Los niños y niñas ahora.
- 84 Jiménez, A., **Del Búho a los gorriones: ensayos sobre la postmodernidad**.
- 85 Vattimo, G., op. cit. pág. 72
- 86 Tenorio, R., et al. **La cultura sexual de los adolescentes**.
- 87 Calcaño, José, **A llorar al río**
- 88 Lacan, J., **Kant y Sade**.
- 89 Castoriadis, C, **L'état du sujet auojourd'hui**, Topique, EPI, 36. 1986.
- 90 Hilgard, Ernest, **Introduction to Psychology**.
- 91 Bataille, G., op. cit. pág, 21.
- 92 Bataille, G. op. cit. pág. 107.
- 93 En los mitos la discordia del deseo está presente desde los orígenes. En las Tablas de la ley que Moisés ofrece al pueblo, el deseo es presentado como discordia: No desearás a la mujer de tu prójimo.
- 94 Roudinesco, Elisabeth, et. al. **Dictionaire de la Psychanalise**, pág. 895.
- 95 Lacan, J., **Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis**.
- 96 Kundera, M., **La inmortalidad**, 144.
- 97 Kundera, ibidem, pág. 143
- 98 Bordes, Philippe, **Vigilar o castigar**, El correo de la Unesco.
- 99 Idoux, M, et al. Eli, Eli Lama Sabbactani, Cahiers de L'I.R.S, 1989, pág.19.
- 100 Foucault, M, **Theatrum Philosophicum**, pág.
- 101 Tenorio, R., **Vida y esperanza: entre la orfandad y el abandono**.
- 102 Ende, M., op. cit.
- 103 Lyotard, J-F, op. cit. Pág. 47
- 104 Eco, Umberto, **El péndulo de foucault**, pág.57.